

Las fantasías del millonario

Jan Colley

Las fantasías del millonario

Jan Colley

Las fantasías del millonario (2008)
Título Original: Billionaire's favorite fantasy (2008)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1605
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Lewis Goode y Madeline Holland

Argumento:

Acostarse con el jefe podía tener graves consecuencias… pero sólo para su corazón.

Habían compartido una noche de increíble pasión y, desde entonces, el magnate Lewis Goode no había conseguido quitarse de la cabeza a Madeline Holland. Por suerte para él, una reciente adquisición de su empresa lo había convertido en su nuevo jefe.

Pero Lewis sabía que Madeline preferiría dimitir antes de que nadie creyera que había llegado hasta donde estaba acostándose con sus superiores. Así pues iba a tener que utilizar todas sus dotes de negociador para no perderla como empleada… ni como amante.

Capítulo Uno

—Es un gran placer presentar a Madeline Holland, nuestra nueva directora de operaciones, con sede en Sydney —a medida que se apagaban los aplausos, el presidente en funciones miró por encima de sus gafas hacia el sitio que ella ocupaba a la mesa—. Por favor, háblenos un poco de usted, querida. Sé que ha pasado muchos años con Global Hospitality…

Madeline le devolvió la sonrisa, se alisó la falda de color borgoña y comenzó a levantarse.

De pronto la puerta se abrió y chocó contra su tope con un sonido fuerte. Todos los ojos giraron para observar la fuente de la intrusión.

A su lado, Madeline sintió a su mejor amiga, Kay, ponerse tensa y prepararse para incorporarse.

Kay era directora regional de los tres Hoteles Premier en Queenstown, Nueva Zelanda, de modo que la seguridad entraba en sus competencias.

Un hombre alto, delgado, vestido impecablemente, se hallaba en el umbral sosteniendo unas cuantas carpetas. Madeline lo miró a la cara y sintió un nudo en la garganta. ¡Santo cielo, era él! Su amante de ensueño de la noche anterior.

La descarga de adrenalina la sacudió hasta los pies. Se le congeló la sonrisa al verle el pelo rubio oscuro y levemente largo, la sombra de barba de un día estilo modelo, la nariz aguileña y el marcado labio superior. Cerró los ojos, recordando unos hipnóticos ojos verdes, nublados por la pasión pero en ese momento ocultos detrás de unas gafas de sol.

«No, no, no…».

Volvió a sentarse y rezó para que la tragara la tierra. Se preguntó si él habría sabido quién era ella. Mientras se retorcía en sus brazos fuertes durante la noche, ¿habría estado pensando, incluso entonces, en estropear esa reunión privada?

Se encogió en su asiento.

El hombre miró brevemente alrededor de la mesa de juntas y avanzó.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Me llamo Lewis Goode —comenzó a repartir carpetas.

Madeline mantuvo la cabeza gacha y se preguntó si la reconocería. ¿Sonreiría, satisfecho en el conocimiento de que la había visto sin ropa, inhibiciones y coherencia? El corazón le martilleó.

Con las manos ya vacías, fue hacia la cabecera y le ofreció la mano al presidente en funciones, quien esbozó una amplia sonrisa y

ocupó un sillón al costado de la mesa.

Lewis Goode se quitó las gafas de sol, las guardó en un bolsillo interior, alzó la cabeza y estudió la mesa.

—Algunos de los presentes me conocen.

Dedicó una sonrisa fugaz a los seis primeros sitios a ambos lados y más próximos a él. Luego alzó la cabeza para abarcar al resto del Comité Ejecutivo.

Madeline se encorvó aún más. Ni siquiera debería estar allí, ya que no formaba parte de dicho comité.

Tampoco Kay, pero como era quien organizaba la conferencia anual en Queenstown, había solicitado permiso para asistir y llevar a Madeline para ser presentada como la miembro más reciente del equipo.

—Para los que no me conocen —continuó—, ahora soy el accionista mayoritario y nuevo presidente ejecutivo del Grupo Hoteles Premier.

Una exclamación de sorpresa se elevó desde la mitad de la mesa en la que se hallaba Madeline, aunque la mayoría de los directores que ocupaba la parte de delante no se mostró sorprendida. Sin embargo, ella tuvo que luchar consigo misma para no soltar un gemido en voz alta.

Se había acostado con su nuevo jefe.

—Ayer por la mañana —continuó Lewis—, la Comisión de Garantías e Inversiones de Australia aprobó la absorción corporativa que inicié hace un año. A todos los del consejo que me apoyaron, les doy las gracias. A los que no lo hicieron… —calló ominosamente mientras los invitados miraban de reojo hacia la parte frontal de la mesa —no hay nada que admire más que la lealtad… hacia mí. Si no pueden comprometerse a eso, entonces sólo tienen que dejar clara su posición y me encargaré de que reciban una indemnización justa.

Todos los ojos escrutaron las caras implacables de los ejecutivos del consejo.

—Como con cualquier absorción, nos lanzamos a un período de asentamiento —prosiguió—. Habrá exámenes y a todos los ejecutivos se les requerirá que vuelvan a solicitar sus puestos.

Su amiga Kay se volvió hacia ella con una expresión de consternación y disculpa en la cara por haberla convencido de dejar un trabajo muy bueno por el puesto en los Hoteles Premier.

—Salvo —explicó Lewis— para el hombre al que he sustituido, Jacques de Vries, cuyo contrato queda finalizado con efecto inmediato —otro jadeo colectivo, puesto que de Vries era una figura icónica, el fundador de esa enorme empresa hotelera multinacional—. Y… —hizo una pausa y miró a Madeline—. Madeline Holland, que asumirá su

puesto de directora de operaciones, en la división de Australia y Nueva Zelanda, según lo planeado.

Madeline soltó el aliento contenido y desvió la vista de la cara de él. La expresión sombría de Kay se animó, aliviada después de haber convencido a su amiga de regresar al hemisferio sur después de doce años fuera.

Madeline envidió la ignorancia de Kay. Próxima a las lágrimas, se preguntó cómo iba a poder borrar lo sucedido.

Sintió un puño en el estómago al darse cuenta de que Lewis Goode aún la taladraba con la mirada. «Sácame de aquí», rezó.

Él esbozó una leve sonrisa, como si pudiera ver la ruta que seguían sus pensamientos.

—Su reputación en operaciones y administración la precede, señorita Holland. Su primera tarea será trasladar el cuartel general de Premier de Singapur a Sydney. Espero con ganas trabajar en estrecha relación con usted en eso.

Kay sonrió, pero Madeline aún estaba mareada por la fuerza de su mirada y su sonrisa; por la inflexión que había puesto en «estrecha relación»… y por el hecho de que él acababa de delatarse. «Su reputación la precede»… De modo que la noche anterior había sabido exactamente quién era ella.

Como pudo, pegó una sonrisa en su boca y la mantuvo, pero la confusión y una furia lenta se asomaron entre su pánico.

Finalmente, Lewis dejó de mirarla.

—Espero con ganas la oportunidad de llegar a conocerlos a todos durante los próximos días mientras disfrutamos de la conferencia anual de Premier en esta hermosa parte de la Isla Sur de Nueva Zelanda. Pero ahora desearía hablar con el consejo de administración, de modo que, si los demás son tan amables de disculparnos…

Se oyó el sonido de sillas mientras todos los que no se hallaban a la cabecera de la mesa se levantaban y recogían papeles y maletines. Madeline mantuvo la cabeza gacha y se obligó a no correr al dirigirse hacia la puerta. Por fortuna, una vez fuera, Kay se vio distraída por varios compañeros, brindándole la oportunidad de reponerse.

Se apoyó en la pared y dejó que las conversaciones resbalaran por ella. Todo el mundo quería saber cómo había podido suceder eso o, lo que era más importante, cómo el poderoso Jacques de Vries podría haberlo permitido.

A Madeline le importaba poco el antiguo presidente ejecutivo. Lo que quería era saber en qué había estado pensando el nuevo presidente cuando la noche anterior la llevó a la cama. De forma espontánea, su mente la bombardeó con una miríada de imágenes de músculos tonificados y fibrosos, de una piel bronceada, de la

sensación de él en lo más profundo de su cuerpo, de los labios mostrando una mueca de éxtasis.

Se pegó a la pared y los pezones le hormiguearon con el recuerdo. A pesar de que tenía veintiocho años, se sentía pequeña e insignificante. Se vio transportada doce años atrás a otro episodio creado por ella, el que la instigó a tomar la decisión de dejar a su madre, sus amigos y su ciudad natal. Se había afanado en desterrar a la joven insegura e inhibida que había sido. Y creía haber tenido éxito.

¿Por qué había dejado que Lewis Goode la sedujera la noche anterior?

Kay se separó del grupo y fue con ella.

—No me vendría mal una copa —musitó—. ¿Mi despacho o el bar?

—Despacho.

Cualquier sitio lejos de la gente.

—Lo siento, cariño. No sabía nada de esto —Kay se detuvo ante la mesa de su secretaria y miró a Madeline—. ¿Te parece bien un Chardonnay?

Asintió y Kay solicitó que les subieran una botella y dos copas desde el bar.

Siguieron hacia el despacho privado.

—Debería haberte advertido de que ésta era una posibilidad.

Madeline se encogió de hombros. No podía estarle más que agradecida a su vieja amiga del colegio. Mientras ella no había dejado de ascender en la escalera corporativa, era Kay quien había mantenido un ojo sobre su madre, quien le notificaba del lento descenso hacia el Alzheimer, quien la había convencido de que solicitara ese puesto para estar más cerca de casa. Incluso había organizado el traslado de su madre a la residencia.

Kay se sentó ante su escritorio y le indicó el sillón a Madeline.

—De verdad pensé… todos pensamos… que Jacques era demasiado fuerte como para dejar que pasara algo así. Fue el fundador de la empresa —abrió el teléfono móvil y comenzó a teclear con destreza—. Es obvio que el consejo de administración pensaba lo contrario.

Madeline jamás había conocido al antiguo presidente, cuyo nombre era legendario en la industria hotelera. El Grupo Hoteles Premier funcionaba prácticamente en Australia, pero tenían algunos establecimientos en los Estados Unidos, donde se hallaba la sede de su antigua empresa, Global Hospitality.

El rostro de Kay se iluminó.

—Debes de sentirte aliviada de no tener que volver a pasar por el proceso de evaluación. Me pregunto si será igual para los directores

locales.

—Sabes tanto como yo —murmuró Madeline con tono distraído —. Háblame de Lewis Goode —después de todo, ella sólo conocía las cosas pequeñas, como el deseo descarnado en sus ojos mientras la había desvestido lentamente o el calor de su piel al tocarlo—. He oído su nombre, creo… —aunque no la noche anterior— pero desconocía que tuviera algo que ver con la industria hotelera.

—Y no lo tiene, por lo que yo sé —con la mano indicó la mesita de centro que había detrás de Madeline, donde mantenía las revistas de empresas y economía.

Madeline hojeó un par.

El corazón se le desbocó cuando el rostro atractivo y serio de Lewis Goode la miró desde la segunda revista. Era evidente que leía las revistas equivocadas, porque esa cara resultaba inolvidable.

—Es dueño de muchas empresas, la principal es Pacific Star Airlines —continuó su amiga—. La compró a precio de ganga hace cinco años y ahora es la segunda línea aérea en importancia del Pacífico.

Madeline dejó de observar la foto y pasó al artículo, justificando su ignorancia con la distancia geográfica. Después de todo, había trabajado en los Estados Unidos y rara vez iba a casa. Y hacía un mes que había solicitado el trabajo en Premier.

¿Cómo sabía quién era ella? ¿Y por qué no había revelado su identidad? No importaba que en el ambiente idílico del Alpine Fantasy Retreat, gozosos, hubieran decidido no exponer ningún detalle personal, incluidos los nombres. ¿Qué esperaba ganar él, aparte de una excitación barata? Ella no estaba en posición de ayudar en la absorción.

—Con un poco de suerte, jugará con sus aviones y dejará el negocio de los hoteles a quienes lo conozcan —dijo.

—Por lo que tengo entendido, es un jefe agudo y participativo — comentó Kay.

«No sabes cuánto», pensó Madeline.

—Soy yo quien debería sentirse preocupada —continuó Kay—. Entre nosotras… y como eres mi nueva jefa, estoy confiando en ti… nos encontramos en la cuerda floja. Recemos para que haya una fantástica temporada de esquí.

Madeline dejó de revolcarse en la autocompasión el tiempo suficiente para asimilar las palabras de su amiga. Las dos habían empezado desde abajo y con los años habían ido ascendiendo, estudiando en los ratos libres para progresar. Madeline había potenciado su carrera en una cadena diferente de hoteles, viajando, aceptando los puestos que nadie más quería, hasta alcanzar un nivel

de éxito con el que sólo habría podido soñar. Kay había sido nombrada directora regional el año anterior después de una década en el negocio, sin contar el año sabático cuando tuvo a las gemelas.

—Aunque las cosas no estén bien —razonó Madeline—, no sería un presidente muy inteligente si sacara a Premier del destino número uno de los turistas de Nueva Zelanda.

Había cientos de alojamientos diminutos para elegir en la pequeña ciudad turística, pero Premier, con sus hoteles Waterfront, Lakeside y Mountainview, ostentaba el primer puesto. De hecho, cuando Kay y ella empezaron en el negocio, los tres Hoteles Premier eran la principal fuente de trabajo de la ciudad.

La puerta se abrió y entró la secretaria de Kay con una bandeja en la que había una botella y dos copas.

—Hay un tal señor Lewis Goode fuera que desea verte. No tiene cita.

Madeline alzó la cabeza con tanta brusquedad que el cuello le crujió. Se levantó deprisa, buscando una vía de escape.

Kay bufó y enarcó las cejas, mirándola.

—De acuerdo. Trae otra copa, Felicity.

«Por favor, por favor, tierra, trágame».

Lewis fue directamente al escritorio de Kay, con la mano extendida y una semisonrisa en los labios. Madeline se hizo a un lado y pegó las manos con las palmas húmedas contra sus lados.

—Pensé que deberíamos reunimos antes de que empiece la conferencia —le dijo a Kay—. Tengo entendido que es usted quien la organiza este año.

—Sí —Kay sonó casi relajada—. Es uno de mis muchos talentos. ¿Le han presentado oficialmente a Madeline Holland?

Lewis giró hacia ella y el corazón de Madeline experimentó un vuelco. Sus ojos verdes la evaluaron casi con frialdad, tan distintos de la noche anterior. Su boca se alzó de un lado en lo que ella percibió como un gesto de suma diversión.

—No, oficialmente no —extendió la mano—. Madeline.

Ella se la estrechó fugazmente, consciente de que la suya parecería húmeda. La de él estaba cálida y seca y se la apretó con profesionalidad, pero cuando se la soltó, sintió que la presión permanecía, como si no la hubiera dejado.

—Estuvo diez años en Global Hospitality, ¿verdad?

Asintió, temerosa de que, si hablaba, terminara por graznar.

—¿Qué la trajo a Premier? —preguntó Lewis.

—Yo… —intentó tragarse el manojo de nervios —quería estar más cerca de casa.

—¿De casa? —él enarcó una ceja.

—Mi madre está en una residencia aquí.

—Madeline y yo crecimos juntas —aportó Kay—. De hecho, las dos empezamos aquí, en el Premier Waterfront, como camareras cuando teníamos dieciséis años.

Él enarcó las dos cejas mientras seguía mirándola.

—No sabía eso.

La puerta se abrió y la secretaria de Kay entró con otra copa.

—Espero que se una a nosotras —comentó Kay—, íbamos a tomar una copa de bienvenida para Madeline.

Durante unos segundos esperanzadores, ésta esperó que declinaría. Pero entonces se volvió hacia Kay con una sonrisa cálida en la cara.

—Si de verdad piensan que no interrumpo nada.

—En absoluto —Kay alzó la botella y comenzó a servir.

Madeline se concentró en el líquido ambarino. Cualquier cosa con tal de no pensar en la sonrisa cada vez más amplia de él. Se preguntó si a los lobos, igual que a los gatos, les gustaba jugar con su presa antes de dar el golpe de gracia.

—¿Hasta ahora disfruta de su visita a casa, Madeline? —preguntó Lewis con cortesía.

A ella le pareció que la voz estaba cargada de intención, acariciando las sílabas de su nombre, volviéndolo exótico y seductor.

Pero entonces las palabras penetraron en su cerebro y comprendió a qué se refería: «¿Disfrutaste anoche, Madeline?».

Lewis Goode iba a exprimir la situación hasta donde pudiera. Respiró lentamente e inclinó la cabeza con un cuello que le pareció como un poste de acero.

Kay les entregó una copa de vino a cada uno y ella cerró los dedos en torno al cristal y trató de desterrar la sensación de la mano de él en la suya.

Kay carraspeó.

—¿Va a quedarse para la conferencia, señor Goode?

Sin dejar de sonreír, él giró la cabeza.

—Me llamo Lewis. Y sí, durante unos días.

—Queenstown es la capital del mundo de la adrenalina —continuó Kay de forma heroica—. He organizado algunas actividades movidas, mi manera de vengarme de todos ustedes, los ejecutivos.

—Deberíamos disfrutarlas, ¿verdad, Madeline?

Ésta alzó la cabeza.

—En este momento me encuentro de vacaciones —apartó la vista de esos implacables ojos verdes y bebió un sorbo de vino—. Empiezo a trabajar el día uno del mes próximo.

La sonrisa de Lewis continuó cortés, pero ella captó el tono acerado.

—Espero que no esté demasiado ocupada para la conferencia anual.

Contuvo una réplica, pero el corazón se le hundió. Mientras Kay y su nuevo jefe seguían charlando, rumió la ironía. Todas sus esperanzas de alcanzar la cima del éxito, de tener un regreso triunfal, se fueron a pique. Si eso se hacía público, y no veía razón para que no fuera así, ¿cómo iba a mirar a la cara a la gente de Queenstown, a su madre y al personal nuevo que tendría a sus órdenes?

Lewis bebía su vino y disfrutaba de la incomodidad de Madeline mientras con un oído escuchaba la charla incesante de Kay.

Tenía que reconocer que Madeline Holland era una actriz de primera. Incluso en el paroxismo de la pasión indescriptible, no había dado indicio alguno de que supiera quién era él. Jacques había elegido muy bien a su seductora.

Pero ése era Jacques de Vries. Siempre un paso por delante de todo el mundo… hasta esa mañana.

Bebió otro satisfactorio sorbo de vino. Ese día era la culminación de dos años de planificación y trabajo duro. Había puesto a sus ejecutivos en la empresa hacía meses, pero se había visto forzado a contener su impaciencia mientras el perro guardián del gobierno completaba la investigación y acordaba que la transacción era segura y transparente.

Ante sus ojos apareció la cara furiosa de Jacques y tuvo ganas de sonreír. No se consideraba un hombre cruel, pero en ese caso, la venganza resultaba dulce. Jacques se había considerado muy fuerte, intocable, más allá de cualquier daño. Pero ese día había aprendido que nadie tenía un blindaje inquebrantable, en especial aquéllos que se rodeaban de aduladores y gente acostumbrada a trepar a la espalda de los poderosos con el fin de enriquecerse.

—Confundiste su desprecio por temor y respeto, Jacques —le había dicho ese día al hombre mayor, antes de echarlo de su *suite* presidencial y del hotel—. Fue fácil ganarme a los directores.

Observó a la mujer incómoda a menos de un metro de él, reacia a mirarlo a los ojos. Al dejarla aquella mañana, la había desterrado de su mente porque había trabajo que hacer. Pero en ese momento se permitió estudiarla.

Tenía las cejas y las pestañas oscuras, el cabello una cascada de oro, aunque lo llevaba recogido en un severo moño. Con pómulos altos y piel dulce y suave que había besado por la mañana antes de

marcharse. Inhaló, y todos los sentidos recordaron la elegante fragancia. La vio fruncir el ceño perpleja al tiempo que mantenía los ojos azul cobalto clavados en sus pies.

Sí, Madeline Holland era memorable. Había tenido la intención de mantenerla en el organigrama de la empresa después de leer su ficha, debido a la reputación que tenía en la industria y al hecho de que no albergaría lealtad alguna hacia el antiguo régimen y sería fácil de moldear. Acostarse con ella representaba una bonificación inesperada y bienvenida.

A pesar de todas sus historias pasadas, la química que tenía con ella era de lejos la más intensa de toda su vida. Había ido al Alpine Fantasy Retreat con el fin de mantener un perfil bajo hasta la reunión. Cuando la belleza neozelandesa irrumpió en su espacio privado, había seguido la corriente del estúpido ardid de Jacques de querer enviarle a la espía. Disfrutó de los encantos de ella una y otra vez hasta revelarse como el dueño de la empresa para la que ella trabajaba.

Satisfecho, amplió la sonrisa. Madeline se había ganado con creces la bonificación, aunque la expresión de pánico que había mostrado al verlo entrar en la sala de juntas le había causado una cierta simpatía. ¿Cómo iba a adivinar él que estaría en la reunión? No figuraba en la lista del Comité Ejecutivo.

Se dio cuenta de que Kay esperaba una respuesta y apartó los ojos de Madeline.

—¿Perdón?

Kay le preguntó si pensaba utilizar el tiempo de palabra que le había destinado a Jacques de Vries en la Gala de Apertura la noche siguiente.

—Por supuesto —afirmó—, aunque dudo de que sea tan extenso —miró la hora y dejó la copa medio vacía sobre el escritorio. El crepúsculo bañaba el lago más allá de la ventana del despacho con una fantasmagórica tonalidad púrpura. Sabía que las carreteras se helaban pronto y había cuarenta y cinco minutos en coche hasta el Fantasy Retreat—. Kay, me gustaría trasladarme a la planta superior mañana. Tengo entendido que la *suite* presidencial está vacía —soslayó la sorpresa mostrada por Madeline, aunque eso le confirmó que estaría alojada en el hotel—. Y me gustaría que encontrara algo de tiempo en su ocupada agenda para que en los próximos días hablemos del funcionamiento de este hotel.

Le dio las gracias por la copa de vino y se despidió, diciendo que las vería en el baile que al día siguiente inauguraría la conferencia.

El comentario apenas audible de Madeline de que no estaba segura de asistir provocó un sonido de consternación de Kay, pero Lewis asintió en dirección de ambas.

—Las veré a las dos allí —anunció con firmeza.

Capítulo Dos

La noche siguiente, Madeline dejó los cubiertos en el plato y miró alrededor del salón de baile del Premier Waterfront Hotel. El inspirado tema navideño de mediados de invierno de Kay deslumbraba, completo con un árbol enorme y suntuosamente decorado. Mesas grandes y circulares acomodaban a los quinientos delegados ante un estrado de altura intermedia. Era una obra maestra visual, con estrellas en el techo, una cornucopia de cambiantes temas navideños generada por ordenador que danzaban alrededor de las paredes.

Cada una de las mesas para diez comensales exhibía como centro un pequeño árbol de Navidad con pequeños regalos primorosamente envueltos ante cada plato. Madeline pensó que Kay se había superado a sí misma mientras observaba a su amiga en el escenario, dándoles la bienvenida a los invitados a medida que comenzaba la parte formal de la velada.

Había llegado gente de todo el mundo y supo que ella jamás habría sido capaz de organizar algo de esa magnitud.

—Está desperdiciada en los hoteles —le susurró a John, el orgulloso marido de Kay, sentado a su lado—. La organización de acontecimientos de alto nivel es su fuerte.

Miró hacia la mesa principal, donde se sentaba Lewis Goode con el consejo de administración, a la espera de que Kay lo presentara. Ya se habían iniciado los rumores de los planes que tenía el presidente nuevo para los hoteles de la ciudad. Madeline desconocía si ya había tomado una decisión acerca de los hoteles supuestamente no rentables de Queenstown, Esperó que respetara el puesto de Kay.

El tema de sus pensamientos subió al estrado y estrechó con calidez la mano de Kay.

—La mayoría de los eventos de este tamaño —comenzó— requiere un equipo de coordinadores de tamaño olímpico para lograr lo que Kay ha conseguido con su pequeño grupo del personal del hotel. Es prueba de la estima que se le tiene en esta comunidad que haya podido montar todo con semejante visión y estilo.

Radiante, Kay abandonó el estrado y ocupó su sitio junto a su marido y Madeline.

Por primera vez, Lewis Goode se hallaba ante la mayoría de los ejecutivos de su corporación multinacional.

Madeline lo observó cautivar a la multitud durante los siguientes veinte minutos, en que reinó un silencio absoluto en las mesas. A pesar de sus sentimientos encontrados, no pudo evitar admirar el porte de absoluta seguridad y el impresionante conocimiento del

mundo empresarial que mostraba. Nadie que lo oyera podía dudar de que se trataba de un hombre con elevadas expectativas que sabía exactamente adónde iba. Instó a todo el mundo a trabajar con él para llevar a Premier otra vez a la vanguardia de la industria hotelera internacional.

—Durante demasiado tiempo —expuso—, esta empresa ha estado incapacitada por unas pocas personas en la cumbre que la exprimían en detrimento de todos los demás. En los últimos años, la expansión se ha estancado, se ha descuidado el mantenimiento y prescindido de contratar personal cualificado y entrenar adecuadamente a los que ya estaban con nosotros.

A juzgar por el aplauso que recibió, era evidente que los delegados internacionales coincidían con esa evaluación. Madeline se preguntó si la población local estaría tan entusiasmada con ese discurso de cambio.

Abandonó el estrado ante una ovación clamorosa. A su alrededor oyó las palabras susurradas de «magnetismo» y «carisma».

—¡Vaya! —Kay la miró con los ojos en blanco—. Lo seguiría al campo de batalla cuando lo pidiera.

A regañadientes, Madeline estuvo de acuerdo. ¿Cómo contarle a su amiga que ella había recibido el impacto de ese mismo carisma y magnetismo, pero de un modo mucho más personal? Su vergonzoso secreto era como un ancla de hierro en su pecho, que anhelaba compartir.

Pero Kay tenía más que suficiente con la carga de la conferencia y con la amenaza de Lewis de inspeccionar los hoteles bajo su jurisdicción en los próximos dos días.

—Hablando de sorpresas —continuó Kay, indicando el vestido de cóctel de su amiga.

Madeline se alisó el vestido negro de satén, estirando el bajo que se detenía justo por encima de las rodillas.

—Tú lo elegiste —gruñó, recordándole a Kay las compras que habían realizado el mes anterior cuando Kay fue a Sydney a ofrecerle apoyo moral ante su entrevista de trabajo.

—Relájate. Se te ve estupenda —le comentó Kay mientras ella se arreglaba el corpiño que potenciaba su modesto escote.

No tenía sentido arrepentirse de la compra. Sus pertenencias estaban de camino de su último destino en el Darling Harbour Premier Hotel en Sydney, su alojamiento hasta que encontrara un apartamento. No tenía nada más que resultara apropiado para una velada como ésa.

Kay se volvió a hablar con alguien de la mesa próxima y Madeline experimentó un hormigueo incómodo por la espalda, como

si alguien la observara. Involuntariamente, miró hacia la mesa de Lewis. Los ojos de él la taladraron al tiempo que inclinaba la cabeza hacia uno de sus colegas y daba la impresión de escuchar con atención.

Apartó la vista con presteza y se preguntó cómo había podido cometer semejante disparate. Era una buena chica, que jamás había escapado de las inhibiciones que le había grabado su puritana madre. Su vida amorosa era una broma. Con el paso de los años, había trabajado como una condenada para estudiar y ganarse su impresionante serie de ascensos. Su profesionalidad mantenía a raya la tentación en la oficina, y como el trabajo era su vida, aparecían pocas oportunidades. Los encuentros sexuales eran raros, en las vacaciones, lejos del terreno familiar y de cualquiera a quien pudiera conocer. Dulces, breves y, por encima de todo, secretos.

Técnicamente, reconoció que había estado de vacaciones en el Alpine Fantasy Retreat, pero acostarse con un desconocido al que sólo conocía de unas horas era estúpido en extremo.

No se parecía en nada a la mujer que Lewis Goode creía que era.

Un grupo musical subió al estrado, las luces se atenuaron y la atmósfera cambió de negocios a placer. A su lado, Kay y John conversaban en voz baja. Con la copa de champán en los labios, Madeline miró alrededor, a los nuevos compañeros de trabajo a los que no conocía. Quizá pudiera escabullirse pronto. Ya había dormido poco hacía dos noches y los sueños que había tenido la noche anterior habían estado salpicados de imágenes ominosas.

—¿Aburrida, señorita Holland?

Lewis Goode ocupó la silla vacía que había junto a ella, y su presencia le avivó todos los nervios. Se concentró en dejar la copa con mano firme.

—En absoluto —miró a Kay de reojo, aún enfrascada en conversación con su marido—. De hecho, estaba a punto de marcharme.

Lewis frunció el ceño y miró su reloj.

—Antes del postre y sin ser aún las diez. ¿Quiere dar la impresión de que la nueva directora de operaciones se cansa tan pronto?

Alzó los hombros… hasta que recordó el escote del vestido.

—No tenía intención de quedarme mucho tiempo —se obligó a mirarlo a los ojos.

—Sería una pena llevar ese vestido a casa sin bailar al menos una canción en la pista —se puso de pie y extendió la mano.

Madeline cerró brevemente los ojos y deseó estar en cualquier otra parte del globo. Su simple presencia era recordatorio suficiente de

la falta de criterio que había exhibido.

Pasar un segundo en los brazos de su jefe con todo el mundo mirando representaría una tortura.

Pero Lewis permaneció allí con sonrisa relajada, sabiendo que no era la clase de mujer que montaría una escena.

Con un suspiro, se puso de pie y enlazó el brazo con el suyo, soslayando la mano. Caminaron con andar rígido hacia la pista de baile.

Cuando la giró hacia él y le pasó una mano por la cintura, logró absorber las palpitaciones que le provocó el contacto.

—¿Por qué haces esto? —musitó, centrándose en un punto encima del hombro de Lewis.

Él ladeó la cabeza y Madeline recibió una deliciosa oleada de fragancia masculina, familiar pero prohibida.

—¿Bailar con mi directora de operaciones? —preguntó con tono ligero—. Somos nuevos aquí. Lo mejor es que permanezcamos juntos.

A pesar de que lo intentó, no logró captar ninguna inflexión sarcástica.

—Tienes toda una reputación en esta pequeña ciudad —prosiguió él, con los labios a meros centímetros de su oreja.

A ella se le hundió el corazón. De modo que ya se había enterado de su deshonra juvenil, el motivo por el que se había marchado. Quizá por eso se le había insinuado en el hotel… por considerarla una mujer de costumbres relajadas sobre la que tenía una posición de poder o tal vez había oído hablar de las excentricidades de su madre, apodada *la Mujer de la Biblia*, que solía condenar en las esquinas la malignidad del alcohol y el sexo, por lo que ella había recibido más de una burla y escarnio.

—Allí por donde voy —murmuró Lewis—, la gente habla de lo lejos que ha llegado la pequeña señorita Holland.

En la boca de él continuó el fantasma de una sonrisa.

Madeline se había mantenido lejos durante años, preguntándose si alguna vez sería aceptada. Conseguir el trabajo con base en Sydney, Australia, parecía la mejor opción. Podría mantener la distancia, pero estar lo bastante cerca como para correr a casa si la salud de su madre se deterioraba.

Lewis se echó un poco atrás con el fin de mirarla a la cara.

—Estás un poco tensa esta noche. Charlemos un poco de cosas intrascendentes. ¿Has visto alguna película buena últimamente?

¡No era justo! La maliciosa referencia a su primer encuentro en el cine privado del Alpine Fantasy Retreat le provocó un rencor que la impulsó a apretar los labios para no replicar.

Su vana esperanza de que tal vez se sintiera abochornado por la

sórdida aventura que habían tenido quedó desterrada. Era evidente que Lewis Goode no creía en la caballerosidad. Y que tampoco compartía su punto de vista de que guiarse por algo tan primario como la lujuria los rebajaba a ambos, no sólo a ella.

—¿Sabías quién era cuando me sedujiste en el hotel? —soltó mientras la conducía por la pista.

Los ojos de Lewis se avivaron.

—¿Que yo te seduje? Mmmm. Pensaba que había sido una decisión mutua.

—¿Lo sabías? —persistió con un susurro intenso.

Él inclinó la cabeza.

—Había leído las fichas de los ejecutivos. Fuiste una espía encantadora.

—¿Qué quieres decir con eso de espía?

En los ojos de él apareció un destello acerado.

—Vamos, señorita Holland. Jacques te envió al hotel para que me vigilaras.

Sin saber cómo, Madeline logró seguir bailando, aunque con rigidez. Bajo ningún concepto quería que sus compañeros pensaran que había algo más que una relación de trabajo entre ellos. Pero el descubrimiento de que sólo la creía la prostituta de Jacques de Vries representó un duro latigazo.

—Para tu información, jamás he visto al señor de Vries. El hotel fue un regalo de bienvenida de Kay. Si no me crees, puedes preguntárselo —se apartó levemente. Le resultaba abominable que la considerara capaz de acostarse con él porque se lo hubiera pedido su jefe. Bajó la vista e intentó tragarse la furia y calmar la respiración.

Lewis le apretó los dedos y luego le rozó el muslo con el suyo, poniéndole la mente en blanco con una veloz descarga de energía sexual que pareció fluir entre ambos. «Ahora no», pensó consternada. «No cuando necesito toda mi lucidez».

La acercó más.

—Baila —susurró.

De algún modo, Madeline logró que sus pies se movieran, pero no pudo hacer nada con el rubor que le quemó las mejillas.

Lewis respiró hondo.

—Debes valorar la coincidencia —le dijo con la boca próxima a su oído—. Nadie sabía que yo estaba en la ciudad, pensaba mantener un perfil bajo hasta la conferencia, y ahí apareciste tú.

—Mi llave… —murmuró con calor, pero ¿de qué serviría? Él sabía que se había dejado la llave en el asiento del cine y que eso había llevado a su encuentro.

Mientras intentaba mantener la compostura, él bajó la cabeza y

la miró a los ojos durante unos momentos. Luego se enderezó con un suspiro.

—De acuerdo, en beneficio de forjar una amigable relación laboral con mi mano derecha, te concederé el beneficio de la duda —se encogió de hombros con gesto indiferente—. Considéralo olvidado.

—¿Olvidado? —¡ojalá pudiera!—. ¿Olvidar que me tenías en desventaja conociendo mi identidad al tiempo que no revelabas la tuya?

Volvió a apretarle la cintura con el brazo, acercándola. Madeline sintió que los músculos de los muslos de Lewis se movían.

—Nada de nombres, ¿lo has olvidado? —sonrió tenso—. Creo que fue tu idea.

Madeline parpadeó. Tenía razón. Con el cerebro obnubilado por la atracción sexual, le había sugerido que se dejaran llevar por el hechizo mágico que proyectaba el lugar y que no divulgaran quiénes eran ni aportaran detalles personales. La única pregunta directa que le había hecho era si vivía en Queenstown. Resultaba evidente que era australiano y él le había respondido que se encontraba allí por negocios.

Eso fue todo lo que había querido saber. No le había interesado qué hacía él, quiénes eran sus seres queridos, qué consecuencias podía provocar una unión instigada únicamente por la lujuria. A los pocos minutos de conocerlo, había sabido que acabarían el día en la enorme cama con dosel. Habían paseado, charlado, cenado y bebido vino. Habían pasado cinco horas hasta que la besó por primera vez. Poco después, se había ahogado en la pasión.

Sonaba barato, pero ni por un minuto había sido así. No en su momento.

—¿Vas… vas a contarlo?

Él enarcó las cejas.

—Debes reconocer que me brinda cierta ventaja, y no me vendría mal una aliada.

Madeline palideció e intentó apartar la mano, pero Lewis se la sujetó con fuerza, indicando a los otros bailarines con un movimiento del mentón.

—Si los rumores ociosos te causan angustia, te sugiero que dejes de hacer una escena y hagas entender que este baile es una excusa para que dos colegas de trabajo se conozcan un poco mejor.

Odió el hecho de que tuviera razón. «Respira», se ordenó. «Fluye».

—Eso está mejor —murmuró Lewis, sin mirarla.

Se obligó a relajar el cuerpo y siguió la dirección en que él los condujo. Era un buen bailarín, pero ya sabía eso de la otra noche. El

recuerdo de aquella melodía lenta, unido al calor de la mano de él en su cintura, del contacto de los muslos, le provocó un hormigueo y la quemó.

¿Cómo iba a poder trabajar alguna vez con ese hombre cuando sólo mirarlo y sentir el contacto leve de su mano le recordaba lo que habían hecho? Abrumada por su magnetismo, se odió por desearlo de esa manera.

—Esto no va a funcionar —murmuró, sin importarle que la oyera o no.

Lewis sonrió con gesto lóbrego.

—Eres mejor que eso, Madeline. No has llegado hasta donde estás por ser cobarde.

Quizá no, pero nunca antes había sentido una atracción de esa magnitud.

—Además —prosiguió él, bajando la cabeza de modo que con la boca le rozó la oreja—, creo que poseo el suficiente autocontrol como para mantener las manos quietas en la oficina. Y si no puedo, entonces tendremos que modificar la descripción de tu trabajo.

«¡Canalla!».

Supo que, si no se defendía en ese instante, no tendría esperanza alguna de hacer carrera en esa empresa. Y era lo que quería, por encima de cualquier cosa.

—Mi posición está confirmada, señor Goode. Tú mismo lo dijiste.

—Si no recuerdo mal, puedes ser bastante flexible en lo referente a la posición.

Algo en ella murió. No había respeto ahí. Jamás lo habría. Dio un paso atrás, soltándose la mano. ¿A quién le importaba lo que pensaran sus compañeros?

—Esto no va a funcionar. Tendrás mi carta de dimisión mañana a primera hora.

Giró en redondo y se alejó lo más rápido que le permitieron sus tacones de diez centímetros, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para recoger su bolso de la mesa y dedicarle un gesto de asentimiento a una sorprendida Kay.

Salió de la sala, pero ver a Kay le hizo pensar en lo que estaba abandonando. ¿Qué había hecho? Su trabajo de ensueño, el premio por el que tanto se había esforzado. ¿Cómo podía ser tan estúpida, tan carente de carácter, para dejar que la indujera a dimitir?

La sorprendió que pudiera ser tan cruel. También habían hablado aquella noche en el hotel, no había sido sólo sexo. ¿Cómo pudo haber escuchado cuáles eran sus esperanzas y sueños y hacerle el amor con tanta intensidad, y en ese momento tratarla como a un juguete?

Sus tacones sonaron en el suelo de mármol del vestíbulo del

hotel mientras se dirigía hacia los ascensores. Agarraba con fuerza su bolso de noche como si fuera el cuello de él. Pero la verdad es que su ira y su humillación iban dirigidas contra sí misma. ¿Qué hombre rechazaría a una mujer dispuesta para una aventura sin ataduras? E incluso en ese momento, cegada por la consternación y la decepción, aún lo deseaba, y quería que él la deseara.

Las puertas del ascensor se abrieron y entró, ansiosa por estar sola. Pero de pronto Lewis estuvo allí, sus hombros anchos ocupando todo el espacio. Mareándola con la sorpresa y la excitación.

—Oh, no, no lo harás —indicó—. No me dejarás plantado. Y que ni se te ocurra dimitir. No lo toleraré.

Aturdida por su audacia, sólo pudo mirarlo y no amilanarse ante la tormenta que veía en sus ojos.

—La gente de esta ciudad sufrirá, tu amiga Kay sufrirá, si cometes la estupidez de dimitir.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¿Cómo?

Él habló con voz sombría.

—¿Crees que me importan unos hoteles de mala muerte en el fin del mundo? ¡Cerraré estos tres hoteles así! —chasqueó los dedos bajo su nariz.

A su espalda, las puertas se cerraron. Como ninguno había apretado un botón, no se movieron.

—No lo harías —apenas pudo reconocer su propia voz.

—Ahí es donde te equivocas —espetó—. El nombre de Premier en esta ciudad es de risa. Nos iría mejor recortando pérdidas.

Madeline supo que tenía que despejar su cabeza, evaluar la situación, pensar. De lo contrario, su amiga sí tendría algo de qué preocuparse. Pero la proximidad de él en ese espacio cerrado le desbocaba el corazón y la llenaba de excitación.

—¿Qué quieres? —susurró.

—¿Qué quiero? —su voz se suavizó de manera considerable.

La luz en sus ojos adquirió una tonalidad mucho más peligrosa que las amenazas de cerrar los hoteles. Porque ya la había visto justo antes de que la besara por primera vez.

Como si quisiera recalcarlo, alzó la mano para rozarle la mejilla, diciéndole lo que ella misma acababa de reconocerse a sí misma.

—Eso ya lo has tenido —murmuró con voz ronca, rezando para poder resistir.

—¿De verdad pensaste que una noche iba a bastar? —se humedeció los labios mientras miraba su boca con expresión hambrienta.

—Me despreciaste al pensar que era la prostituta de Jacques —

manifestó, aferrándose a su autocontrol, al último vestigio de su ira—. ¿Ahora quieres que sea tu prostituta exclusiva?

—Extraño, ¿verdad? —avanzó un paso—. No dejo de pensar en irme, pero entonces te veo, me acerco lo suficiente como para tocarte y olerte…

Un fatalismo ominoso le indicó que no podría ni querría resistir. No cuando lo tenía tan cerca, quitándole el aire, la capacidad de pensar y de razonar. Era como si estuviera a sus órdenes.

Entonces el ascensor se sacudió y la empujó hacia él. Su nariz terminó casi en el centro del torso de Lewis. Una excitación efervescente estalló en su pecho y alzó las manos involuntariamente para apartarlo, pero terminó por encontrar esas manos fuertes cuyos dedos se entrelazaron con los suyos.

—Y pienso —continuó él con suavidad—, sólo un contacto más, un beso más…

Tenía los labios a milímetros de los suyos. La palpitación de su cuello se disparó. Sintió la vista y el cerebro nublados mientras la cara de él descendía, pero fue lo bastante consciente como para saber que alzaba el mentón para salirle al encuentro. Y separaba los labios levemente para recibirlo, igual que la otra noche.

Y cuando se tocaron, resultó tan estimulante como recordaba, tal vez más por el absoluto tabú que representaba. Su jefe, un lugar público…

Lewis le tomó los labios con fuerza y ardor. Ella cerró los ojos y lo acercó tirando de sus dedos.

Le devoró la boca y le traspasó el calor del cuerpo. Madeline le devolvió el beso, absorbiendo todo, aceptando el peligro. El calor de él estalló por su interior, mezclándose con el vino, el deseo, la necesidad primigenia. Atrapada en una lujuria atolondrada, sólo anhelaba estar entre esos brazos.

Su lengua fue erótica y embriagadora. Se pegó a él, soltándose las manos para poder tocarlo, acariciarle la espalda y los hombros poderosos hasta llegar a la piel desnuda del cuello.

Lewis plantó una mano en la pared detrás de la cabeza de Madeline y se apoyó contra ella, pegando los cuerpos. Luego, con la mano libre le soltó el cabello recogido, haciendo que sintiera el pelo sobre los hombros antes de que él se lo agarrara y con gentileza le echara la cabeza atrás con el fin de exponer su garganta. Entonces bajó la boca, quemándole la piel mientras le recorría el cuello y continuaba hasta el inicio de la unión de sus pechos, donde se detuvo y respiró hondo durante un momento.

Bajó las manos con firmeza por su espalda hasta posarlas sobre su trasero. Extendió los dedos y los clavó con fuerza en los glúteos,

dejándola débil al tiempo que la pegaba con fuerza contra él. Con ojos encendidos, volvió a capturarle la boca y las lenguas jugaron y las caderas se encontraron.

Igual que el primer día, Madeline fue plenamente a su encuentro.

El ascensor se detuvo.

Capítulo Tres

La realidad regresó de sopetón. Mientras la cabina del ascensor comenzaba a frenar, Madeline se apartó aturdida. Por desgracia, cuando quiso rodear a Lewis para arreglarse, vio su imagen grotesca en el espejo del habitáculo con el carmín corrido y el pelo enmarañado. De algún modo, la falda del vestido había terminado en la mitad de unos muslos que temblaban de forma visible.

La indignación consigo misma y el miedo a ser descubierta hicieron que no dejara de moverse. Se bajó el vestido y luego se mesó el cabello, con la esperanza de que pudiera parecer arreglado de esa manera. Lewis se inclinó y recogió el broche que lo había sostenido, entregándoselo. No pudo mirarlo a la cara.

¡De la sartén al fuego! Nunca iba a poder trabajar con él por la simple razón de que jamás sería capaz de resistirse a él. Cada vez que chasqueara los dedos, iría corriendo.

Las puertas se abrieron en su planta y entró una pareja joven. Madeline pasó junto a ellos mientras hurgaba en el bolso en busca de la llave. Al oír pasos a su espalda, el corazón se le hundió todavía más. También era la planta donde se hospedaba Lewis, ya que ocupaba la *suite* presidencial.

Lo sintió situarse a su espalda y la tarjeta le tembló en las manos. Se le escurrió y por segunda vez tuvo que sufrir la ignominia de que Lewis Goode recogiera algo suyo. «Ya que estás ahí, recoge mi orgullo herido», pensó desesperada.

Extendió la mano para que se la entregara. Con expresión divertida, él se apoyó en la pared.

—¿No vas a invitarme a pasar?

En silencio, negó con la cabeza, esperando aún la tarjeta. Los hombres siempre salían bien parados de una situación así, pero que una mujer se acostara con alguien del trabajo podía representar el fin de sus sueños y ambiciones profesionales. Y si encima lo hacía con el jefe, era una manera segura de ganarse la enemistad de las colegas ejecutivas, no sólo la de los hombres.

Lewis alzó el brazo y en sus ojos verdes se reflejó la decepción antes de introducir la tarjeta en la puerta.

—Hablaba en serio. Si dimites de Premier en esta fase, habrá consecuencias. El futuro de esos hoteles descansa sobre tus hombros.

Madeline empujó la puerta unos centímetros.

—No veo cómo vamos a superar esto.

Lewis se apartó de la pared y le entregó la tarjeta.

—Lo que hagamos o no en privado sólo nos compete a nosotros. Te necesito a bordo para que me enseñes cómo funciona la industria

hotelera. Por lo que he visto y oído, el negocio en esta ciudad no va bien. Puedes intentar convencerme de lo contrario, o tu amiga y sus ex vecinos pueden buscarse otro jefe. Cerrar tres hoteles no rentables liberaría un montón de dinero en efectivo que dedicar a la nueva oficina central en Sydney.

—¿Acostarme contigo o todos a la calle? ¿Es eso?

—No. Acostarte conmigo es opcional y deberías hacerlo porque te apeteciera.

Madeline empujó la puerta de la suite y entró, apoyándose contra su superficie con respiración agitada. La elección era suya. Y qué elección.

Por la mañana se levantó con un dolor de cabeza consecuencia de lo poco que había dormido en los últimos días. Se asomó por la mirilla antes de abrir la puerta y usó las escaleras en vez del ascensor. El recuerdo de sí misma ante el espejo del ascensor la motivó a hacer ejercicio.

A su madre le gustaba dormir por la tarde, así que por lo general iba a visitarla por las mañanas y las noches. A menudo la encontraba mirando la televisión, algo que a ella rara vez se le había permitido de niña por temor a que se corrompiera. El Alzheimer había tardado años en asentarse, pero en ese momento parecía que con cada visita su madre a menudo no la reconocía.

Ese día le palmeó la manga del jersey y frunció el ceño por el «colorido».

«Comida sencilla, ropa sencilla y trabajo duro» había sido una frase repetida en su casa. Su recuerdo era comida insípida, ropa informe y monótona. Pero no siempre había sido así.

—Tú solías tener un vestido de este color —tomó la mano arrugada de su madre—. Recuerdo que papá y tú me llevasteis a alguna parte y lo bonita que estabas.

El rostro de su madre se suavizó un poco con el recuerdo melancólico.

—Fuimos a un baile nupcial. De los Robinson. Tú tenías cinco años.

—Papá y tú bailasteis.

Su madre parpadeó varias veces, y en los viejos ojos legañosos apareció una expresión remota. Madeline sintió el corazón henchido y experimentó la infantil certeza de que no había soñado los buenos tiempos. Había sido el ojito derecho de sus padres hasta el fallecimiento de su padre.

—Se divorciaron, ¿sabes? —musitó su madre, recobrando la

habitual expresión de censura, con los labios apretados—. ¿Quién podía pensar lo contrario? La única vez que entraron en la casa de Dios fue el día de su boda.

Madeline suspiró. No había sido tan malo, pero los recuerdos eran pocos y espaciados entre sí… y breves.

Tenía un resfriado fuerte y no tardó en sucumbir a un violento ataque de tos que sacudió su cuerpo pequeño. Por primera vez parecía frágil. Se preguntó si habría perdido peso.

—¿Ha pasado a verla el médico hoy? —le preguntó a la enfermera después de media hora infructuosa de querer convencerla de que tomara una taza de té—. No tiene buen aspecto.

—El médico hace su ronda mañana —le informó la enfermera—. La tendremos vigilada, y si le sube la temperatura, llamaremos al doctor.

—Ya mí —pidió con firmeza, cerciorándose de que tuvieran el número de su teléfono móvil.

Luego se dirigió a la granja que tenía su familia a las afueras de la ciudad. Al final había decidido entregársela a una inmobiliaria para que la pusiera en venta. Casi todas las cosas grandes se habían vendido el último fin de semana en un mercadillo. Sólo faltaba que guardara la ropa y los efectos personales de su madre y limpiar la casa antes de sacarla al mercado.

Sintiéndose inusualmente nostálgica, vagó por la casa y los anexos circundantes. Gran parte de la tierra se había vendido a la muerte de su padre, veinte años atrás, víctima de un raro accidente agrícola.

Su pobre madre había estado ahí sola, mientras la casa se le desmoronaba alrededor. ¿Qué clase de hija era? Se sentó en el alféizar de la ventana de su antiguo dormitorio, disfrutando de una vista maravillosa.

Había sido una hija tardía, con sus padres bien entrados en los cuarenta cuando nació. Si tan sólo hubiera sido un chico, o hubiera sentido un mínimo interés en hacerse cargo de la granja que había sido legado de su bisabuelo.

Pero cuando falleció su padre, la desaprobación devota de su madre y la decepción que había mostrado por ella habían penetrado en cada rincón de la casa. Madeline había soñado con escapar y con la libertad desde que alcanzó la pubertad.

En ese momento sonó su móvil y contestó de inmediato, pensando en su madre y en la tos que había mostrado.

—¿Madeline? —dijo la profunda voz masculina mientras ella intentaba identificar el número—. Soy Lewis. Kay me dio tu número. ¿Dónde estás?

La paz y la nostalgia se hicieron añicos.

—En la casa de mi madre.

—Hay un taller al que quiero que asistas en la Sala de Reuniones Tres en veinte minutos.

Colgó.

Bajó del alféizar maldiciendo para sus adentros. ¿Quién demonios se creía que era? Estaba de vacaciones, maldita sea. Miró el reloj de pulsera y sus años de profesionalidad se impusieron. Se cambió los vaqueros y llegó a la reunión únicamente con un minuto de retraso.

Lewis alzó la cabeza y la siguió todo el trayecto hasta su asiento. Ella no le prestó atención y miró la pantalla de información en la parte delantera de la sala.

¿Un simposio de residuos orgánicos en la industria hotelera? Ocultando su irritación, apretó los labios y esperó no quedarse dormida.

Escuchó durante una hora, echando chispas para sus adentros. Pero de repente Lewis se volvió hacia ella.

—Madeline, nuestra directora de operaciones, ha dirigido muchos hoteles en el extranjero. Quizá podría explicarnos cómo manejan sus desperdicios en otros países.

El corazón le dio un vuelco, pero, de algún modo, logró ocultar su consternación.

—No he preparado nada.

—Improvise —sugirió él.

Madeline frunció los labios. ¿La estaba poniendo a prueba? Quizá quería que fracasara.

No iba a dejar que ganara. Se puso de pie, carraspeó y habló durante diez minutos, y no fue hasta sentarse, al sonido de unos corteses aplausos, cuando se dio cuenta de que el sudor se le secaba en la espalda.

Al final de la sesión, se incorporó para seguir a los demás fuera de la sala, pero Lewis alzó la cabeza y las cejas, deteniéndola. A regañadientes volvió a sentarse.

—Bien hecho —dijo él con sencillez cuando se quedaron a solas.

Madeline pensó que merecía algo más.

—¿Ha sido una prueba?

Él se encogió de hombros.

—¿Una prueba? —repitió pensativo—. ¿O un castigo por hacer novillos? —luego apoyó el mentón en sus manos y la observó con intensidad—. O tal vez simplemente estaba aburrido y quería algo agradable que mirar.

Madeline se tragó su creciente malhumor.

—Como bien sabes, no debo empezar a trabajar hasta el primero del mes próximo. He de dejar la conferencia para organizar mi traslado a Sydney.

Lewis giró, como si estuviera aburrido, y cerró su maletín.

—Quedan cuatro días de conferencia, y como mi directora de operaciones espero que asistas a todos los talleres y actividades relevantes. Cuando termine la conferencia, todavía dispondrás de dos semanas para hacer todos los arreglos necesarios.

La furia danzó en la periferia de su control, pero se dijo que podía hacerlo. Por eso era una profesional consumada. ¿Quería provocarla? No le iba a dar esa satisfacción.

Si Lewis quedó decepcionado por su falta de reacción, no lo demostró. Miró la hora y se puso de pie.

—Vamos, no queremos perdernos… —miró el programa que tenía en la mano— la conferencia sobre personal en el auditorio.

—Esta tarde tengo una cita —se suponía que en una hora debía verse con el agente inmobiliario en la granja.

—Reprográmalo —le dijo, sonriéndole.

La calidez de esa sonrisa le dio de lleno en el pecho. Un placer puro hormigueó por su cuerpo hasta los dedos de los pies y sus propios labios se alzaron. Recordaba esa sonrisa de la noche ilícita que habían pasado juntos. En aquella ocasión no había sido tan poco generoso con las sonrisas.

Los siguientes tres días pasaron como un espejismo a medida que Lewis insistía en que asistiera a cada taller, reunión y cóctel, al igual que a las actividades de confraternización organizadas por Kay.

Aceptó cada desafío porque eso era lo que había aprendido a hacer para salir adelante. Quizá no fuera la esquiadora más competente ni la más rápida con el trineo, pero antes moriría que dejar que sus compañeros la vieran retirarse. En especial Lewis. Tal vez debido al modo en que habían empezado, lo que más quería era ganarse el respeto de él.

¡Además, resultó divertido!

Pero toda esa actividad era agotadora. Pasaba las veladas yendo de un cóctel a visitar a su madre, aún en la cama por el resfriado, y luego a la granja a embalar las cosas. Para ganar tiempo, o quizá para evitar cruzarse con Lewis fuera de las conferencias, pasó algunas noches en su vieja habitación en la granja.

Finalmente, llegó el último día de la conferencia. Se vistió adecuadamente para el salto en paracaídas en tándem programado, pero Lewis dijo que invitaría a cuatro voluntarios a un trayecto en helicóptero hasta la Costa Oeste a una exploración subterránea.

Madeline estaba segura de que preferiría el cielo abierto que

gatear por cuevas húmedas y oscuras. Pero los ojos de Lewis se posaron directamente en ella mientras otros ejecutivos competían por la oportunidad. En los ojos de él brillaba el desafío, y así, en contra del sentido común, se unió al grupo.

Comenzó muy bien. El viaje en helicóptero fue fantástico y el descenso de diez metros a la cueva no presentó ningún problema. Una vez bajo tierra, recurrieron a escalas para acceder a fallas y cascadas, pero pasada sólo media hora, Madeline sintió un miedo mortal emergiendo en la oscuridad. Nunca pensó que algo pudiera sobrepasar el miedo que el día anterior le había provocado estar colgada sobre un cañón, pero se había equivocado.

Comenzó a sudar, un sudor frío que chorreó por su espalda y le mojó la correa del casco. Sintió el pecho atenazado. Cada paso representaba una tortura y empezó a rezagarse, pero no lo bastante como para perder de vista a los demás. ¿Qué le estaba pasando? Las paredes de la cueva y la oscuridad la presionaron hasta que la visión se le redujo a un diminuto punto blanco ante sus ojos.

No podía fallar en ese momento. Combatiendo un pánico entumecedor, se concentró en poner un pie delante del otro mientras serpenteaban por los espacios reducidos y navegaban las cascadas. Era una pesadilla de la que le resultaba imposible despertar. La embargaba un pánico que le robaba el aliento.

De pronto la voz de Lewis se filtró hasta ella, serena y tranquilizadora.

—Estás bien. Respira hondo varias veces —le aflojó la correa del mentón.

Intentó respirar, pero el sudor cayó por su cara y sintió que un grito amagaba con ascender por su pecho.

Lewis le rodeó los hombros con el brazo y la pegó a él fugazmente.

—Te sacaré de aquí. No te muevas durante un segundo —se adelantó y habló unos momentos con el guía.

Madeline sentía tanto miedo y mareo que ni siquiera experimentó vergüenza por su actitud. Entonces regresó Lewis, guiándola fuera de ese espantoso agujero, tomándola de las manos siempre que el espacio lo permitía, sin dejar de hablarle con voz suave y reconfortante.

Y al fin estuvieron al aire libre. Ella se arrancó el casco y alzó el rostro hacia el sol invernal. Lewis la sentó en el suelo y le empujó la cabeza entre las piernas, ordenándole que respirara.

Furiosa, pero aliviada después de haber recuperado una

respiración acompasada y un poco de color en su palidez mortal, él continuó bajándole la cabeza entre las rodillas alzadas.

—¿Qué le contaste al guía y a los demás? —preguntó ella, secándose la cara.

—Que te habías torcido el tobillo —respondió con sequedad—. ¿Por qué diablos no dijiste que tenías miedo? Dios, ¿estás tan preocupada por tu preciada reputación que arriesgarías la vida con tal de que nadie piense que puedes sentir temor?

Madeline parpadeó.

—No lo sabía. Nunca antes había estado en una cueva subterránea.

Lewis titubeó, recordando que así lo había reconocido en el helicóptero.

—Bueno, ¿qué es, entonces? ¿Te da miedo la oscuridad? ¿Los espacios reducidos?

Ella movió la cabeza, confusa.

—No, pero no recuerdo haber estado jamás en un lugar con ambos al mismo tiempo —se tapó la cara, aún trémula—. Por favor, Lewis, lamento haber estropeado tu excursión, vuelve con los demás y déjame sola. Ya me encuentro bien.

—No estás bien —contradijo él con tono hosco—. Mírate, empapada en sudor y temblando como una hoja —«pero igual de atractiva», pensó desconcertado—. El guía me ha dicho que hay un botiquín de primeros auxilios en la furgoneta. Supongo que será mejor que te vende el tobillo, o te morirías si alguien supiera que no eres perfecta.

Fue a buscarlo, dejándola para que se quitara el mono. ¿Por qué la había presionado tanto? Sabía que era competitiva, que jamás huiría de un desafío. Lo había sabido desde el primer día.

Permaneció rígida mientras él le vendaba el tobillo. Durante el vuelo de regreso a Queenstown fue en silencio. ¿De verdad creía que a Lewis le importaba algo una pequeña fobia? ¿Qué le importaría a alguien? Era de carne y hueso, no una supermujer.

—Reúnete mañana conmigo a las diez delante del Waterfront.

Madeline se detuvo de camino al aparcamiento.

—La conferencia se ha terminado. ¿No te vas a casa?

—Tengo un último trabajo para ti.

Un trabajo que pondría a prueba su lealtad. Al menos, era la excusa que se daba a sí mismo. Pero ¿en realidad no era porque quería pasar más tiempo con ella?

A la mañana siguiente, Lewis se sintió aliviado al ver que parecía

plenamente recuperada de la dura experiencia, y tan vibrante y hermosa como siempre.

—Sube —dijo, abriéndole la puerta del coche de alquiler—. Vamos a ir a recorrer los hoteles Mountainview y Lakefront.

Madeline lo miró por encima del techo del coche.

—¿Viene Kay? —él negó con la cabeza y se sentó ante el volante —. ¿No deberíamos informárselo al menos? —preguntó preocupada.

—He quedado a la una con ella para repasar la situación financiera —salió del aparcamiento—. Quiero ver los hoteles a través de tus ojos expertos. ¿Se les puede aportar una solución rápida o son una causa perdida?

—¿Puedo al menos comunicárselo? Me siento desleal, tanto como su directora de operaciones como su amiga.

Lewis aparcó en el Premier Mountainview Hotel, apagó el motor y la miró.

—Estás a punto de asumir la dirección de unos ciento cincuenta hoteles —le informó con severidad—. ¿Tienes lo que hace falta, Madeline?

Giró en el asiento para encararlo.

—Sí —afirmó.

También él lo creía.

—Bien —asintió, complacido—. ¿Empezamos?

Había estado tan ocupado disfrutando, viéndola encajar cualquier cosa que pudiera ponerle en el camino, que había descuidado sus responsabilidades. Posiblemente estuviera quebrantando la cortesía debida a la directora regional al no ponerla al corriente de una inspección, pero quería comprobar dónde estaban la lealtad y la responsabilidad de su directora de operaciones. Su conocimiento del negocio ya era lo bastante incompleto como para tener que preocuparse de si podía confiar en ella.

Pasaron una hora en el Mountainview. Al marcharse, tenía el estado de ánimo tan gris como la pintura descascarillada de la pared que circundaba el edificio. El hotel exhibía una alarmante baja ocupación, y el edificio mostraba un mantenimiento tan pobre que costaba discernir la suciedad en las superficies agrietadas. Tuvo una conversación enérgica con el director acerca de la expiración de la inspección de los ascensores. Al salir, ante la entrada se detuvo un autobús con excursionistas con mochilas que comenzaron a bajar.

—Es para lo único que sirve —bramó Lewis. Fueron al Lakefront —. Comeremos allí —decidió—. No sé si tengo estómago para seguir viendo habitaciones y cuartos de baño de tercera.

—Tienes que recordar —indicó Madeline mientras estudiaban un menú poco interesante— que Kay tomó el mando hace apenas catorce

meses, y su primer trabajo fue el de reacondicionar por completo el Waterfront… una necesidad, porque era el lugar donde se celebraría la conferencia.

—Los Premier tienen un mínimo de cuatro estrellas —le indicó Lewis—. Es imposible que éstos puedan recibir semejante distinción —miró alrededor del restaurante casi vacío.

—Hemos llegado temprano para el almuerzo —expuso ella, siguiendo su mirada.

—O todo el mundo conoce algo que nosotros desconocemos —se reclinó y clavó la mirada en la camarera—. ¿Nos puede traer un poco de agua, por favor? —Madeline enarcó las cejas—. Llevamos siete minutos sentados —aclaró con sequedad, mirando la hora—. ¿Qué te parece el menú?

Pasó los dedos por el cartón barato e hizo una mueca cuando se encontró con algo pegajoso en la superficie plastificada.

—Un poco… aburrido.

—Yo diría que está comatoso.

—Lewis, en la gala de inauguración, hablaste de una mala administración a gran escala —adelantó el torso—. El predecesor de Kay se gastó todo el presupuesto de mantenimiento en invitar a gente importante para la conferencia anual, que terminó de rematar con la adquisición de un escuadrón nuevo de vehículos de cortesía.

—También soy consciente —interrumpió Lewis— de que por entonces Kay era la directora del Waterfront. Debería haberlo reportado.

La sonrisa de Madeline se cargó de cinismo.

—Yo jamás conocí a Jacques, pero sí conozco la industria hotelera. En ella impera la veteranía. Denunciarlo sólo habría conseguido que la carrera de Kay hubiera muerto en el acto.

La camarera llegó con los vasos de agua y tomó sus pedidos.

—Kay tuvo que tomar una decisión —continuó Madeline al quedarse solos—. No tenía elección acerca de la conferencia, pues ya se había concedido. De modo que empleó lo poco que le quedaba en arreglar el Waterfront.

Lewis experimentó cierta simpatía. Kay le caía bien y se hallaba impresionado con el Waterfront. Las habitaciones, los restaurantes, los servicios y las instalaciones para conferencias eran de primera clase. Aunque también reconocía que era un novato en la industria.

Cuando llegó la comida, y tal como había esperado, resultó ser mediocre en extremo.

—Tienes una buena reputación en esta industria —dijo él—. Dura, pero justa, eficiente y con capacidad de motivar. Nos espera mucho trabajo porque el cambio ha de empezar por arriba —alzó el

tenedor, miró su plato y volvió a dejarlo—. ¿Qué te parece?

Ella empujó algo de ensalada mustia por el plato.

—Poca cosa.

Veinte minutos más tarde se hallaban de vuelta en el coche en dirección al Waterfront. Lewis le había dedicado unas cuantas palabras escogidas al chef, quien había dado la impresión de querer clavarle un cuchillo de trinchar en la cabeza, pero Madeline había suavizado las cosas, diciéndole que había ido al colegio con su hija.

Entraron en el vestíbulo y Madeline quiso enfilar hacia el despacho de Kay, pero Lewis la condujo al ascensor.

—Una última cuestión —indicó cuando las puertas se cerraron detrás de ellos—. La *suite* presidencial. ¿La has visto? —ella negó con un gesto—. Se supone que es la mejor de todas las suites de Premier.

—Estoy segura de que así es —murmuró Madeline—. Todo lo que Kay ha hecho en el Waterfront ha sido de la máxima calidad.

—No obstante, me gustaría tener tu evaluación profesional —ella asintió y él apretó el botón de la última planta—. Este ascensor me trae muy gratos recuerdos —comentó con ligereza cuando empezaron a subir.

Ella frunció los labios y lo miró con frialdad. Pero entonces sus ojos se encontraron y compartieron el recuerdo de bocas ardientes, manos ocupadas y una sensación sedosa en los brazos. La vio tragar saliva de forma controlada, casi imperceptible. Continuaron en silencio, pero ninguno desvió la mirada.

Lewis abrió la puerta de la *suite*, se apartó y le indicó que lo precediera. Pero la detuvo en el umbral, apoyando suavemente las manos en sus hombros.

—¿Primeras impresiones? —murmuró, agitándole un mechón de cabello con el aliento.

Ella avanzó uno o dos pasos.

—Mmm, luminoso y amplio. Espacioso —entró en la zona del salón, recobrándose mientras desempeñaba su trabajo.

—Las cortinas son bonitas, suntuosas pero discretas, el mobiliario elegante y desenvuelto —giró para echarle un vistazo a la pequeña cocina americana—. Electrodomésticos de primera… limpios. Un minibar bien equipado. La nevera podría requerir cierta atención —recorrió la suite, tomando notas mentales, alargando el momento inevitable en que tuvo que ir al dormitorio.

Lewis apenas escuchaba, retrasado y viéndola mover los labios, pero demasiado inmerso en admirarla como para darse cuenta de otra cosa. Además, ya sabía que la *suite* era impresionante.

Ella era impresionante. Esos últimos días había llenado todos los espacios de su mente, en cada momento de vigilia. Tenía una piel

como crema de cacao, rica y cremosa, con una luminiscencia dorada.

—¿El cuarto de baño? —preguntó ella, devolviéndolo sin saberlo al presente.

—Por el dormitorio.

Cinco minutos más tarde, Lewis se preguntó cuánto tiempo necesitaría para dejar de evaluarlo. Pero percibió la renuencia de ella a centrarse en el dormitorio.

Desde luego, no era algo recíproco. Cada célula de su cuerpo estaba en alerta. Encerrados en esa suite, la deseaba con más intensidad que la que jamás había experimentado. Últimamente había descuidado mucho su vida amorosa, pero en el instante en que había visto a Madeline Holland, aquélla había vuelto a asentarse en su mente con bastante insistencia. La noche que habían pasado juntos había servido para intensificar el deseo.

Ella se volvió y a punto estuvo de chocar con él en el umbral. Lewis retrocedió para dejarla pasar; sus ojos se encontraron y Madeline los apartó de inmediato, pero no antes de que él captara la percepción que había en ese fondo azul, la tensión en la suave mandíbula.

—El dormitorio —suspiró ella.

Muebles… guardarropa… Fue enumerando a toda velocidad los complementos como en una lista de la compra, y él sonrió al ver que podía afectarla de esa manera.

—Son algunas de las mejores restauraciones que he visto jamás —comentó de forma incoherente, yendo hacia la puerta. Se detuvo—. Vaya, un estupendo centro audiovisual.

Lewis rió entre dientes.

—Jamás pude entender la necesidad de una televisión en la cama. O bien estoy dormido o bien… no lo estoy.

Madeline se ruborizó pero alzó el mentón y lo miró a los ojos.

—¿No vas a llegar tarde a tu cita con Kay?

La acompañó fuera y tomó una decisión que había estado merodeando por su mente desde hacía días. Volvería a tener a Madeline Holland o jamás se la quitaría de su sistema. Tenía que saber si aquella noche perfecta había sido única o si podían recrearla. Razonó que necesitaba una noche más para demostrar que era sexo, y entonces cada uno podría continuar con su trabajo y su vida.

Capítulo Cuatro

Daba la impresión de que cada vez que iba a la ciudad, alguien la reconocía y se detenía a charlar. Acababa de decidir que no conocía a la mujer que tenía delante en la cola del supermercado, pero entonces ésta se volvió y le sonrió. Resultó ser su profesora de Lengua del instituto.

La mujer le preguntó por su madre y luego sugirió que Madeline diera una charla a los estudiantes sobre los caminos universitarios que se podían abrir.

—Siempre es agradable ver que a alguien de los nuestros le ha ido bien.

Su corazón sintió júbilo. Era la segunda invitación que le hacían esa semana. La presidenta de la Asociación de Mujeres Empresarias de Queenstown la había llamado hacía unos días para pedirle que hablara de cómo triunfar en el mundo corporativo en la próxima reunión que fueran a celebrar. Tuvo la impresión de que detrás de aquello estaba la mano de Kay, pero no pudo evitar sentirse complacida.

Disfrutaba inmensamente dando conferencias de motivación y era lo bastante afortunada como para que se las solicitaran dos o tres veces al año.

—¿Qué piensas de tu nuevo jefe?

Sonrió. La pregunta del millón de dólares.

Era otra de las cosas que parecían obsesionar a la gente de la ciudad. Lewis había agitado un poco el oleaje con su charla de cambio e inspecciones súbitas de sus hoteles.

—Hasta ahora no he tratado mucho con él —le respondió a su antigua profesora—. No asumiré mi puesto hasta dentro de un par de semanas.

—La gente dice que en el fondo no tiene las mejores intenciones para la ciudad.

Kay había mencionado que las salas de descanso para el personal bullían de rumores. Acerca de la amenaza de cierres y del exceso de trabajadores. Parecía que todo el mundo conocía a alguien o tenía un familiar trabajando en alguno de los hoteles. Sería una pena que los habitantes de la ciudad sintieran la misma reserva hacia ella por quién era su jefe.

Se despidió y metía las bolsas de la compra en el coche cuando sonó su teléfono móvil.

Era su jefe en persona, pidiéndole que se reuniera con él en el nuevo Ice Bar. Decidió ir andando mientras gruñía para sus adentros que la conferencia había terminado y que no tenía derecho sobre un

minuto más de su tiempo. Pero su paso se aceleró, igual que su corazón, ante la idea de volver a verlo.

Al llegar, un asistente le entregó una *parka* con capucha forrada de piel y guantes, le informó de que había un límite de tiempo de treinta minutos y un límite de bebida de tres cócteles, el primero de los cuales estaba incluido en la tarifa de entrada.

El bar la dejó sin aliento, y no sólo por la temperatura gélida. Entró en una caverna enorme donde todo estaba hecho de hielo. Las paredes, la barra, las mesas y los taburetes altos, incluso un sofá cubierto con pieles de animales. La iluminación la proporcionaban velas y una asombrosa araña de hielo. A las tres de la tarde ofrecía un sorprendente perfil bajo, pero como todo el mundo lucía una *parka* igual, tardó un minuto en localizar a Lewis. Estaba sentado en un rincón, contemplando la pared mientras tamborileaba con un bolígrafo sobre la superficie de hielo.

Frenó un momento antes de que él se percatara de su presencia. Bebió su cóctel a través de una pajita y se preguntó en qué estaría pensando él. Su preocupación principal era la reunión que Lewis había tenido con Kay, pero debajo del frío y del sabor limpio del vodka al calentarle el estómago, se agitó otra sensación. Quizá ésa fuera la última vez que lo viera hasta que se presentara en la oficina de Sydney.

Desde la noche que habían compartido, la había puesto furiosa, a prueba, y en los últimos días, había mostrado señales de que la respetaba. Pero quizá la noche que habían pasado juntos significaba poco para él. Una noche más. Una ejecutiva más en su cama.

Lewis alzó la vista y la vio; ella avanzó y guardó todos sus pensamientos en un rincón de la mente.

—Sólo tú celebrarías una reunión de negocios en un lugar a cinco grados bajo cero.

Él la miró.

—La conferencia se ha acabado. Estamos de vacaciones.

Decidió no recordarle que se suponía que ella debía haber estado de vacaciones desde comienzos de la semana anterior.

Se sentó en el taburete a su lado.

—¿Qué tal tu reunión con Kay?

—Ominosa —cruzó los brazos—. Pero no te he pedido que vinieras para hablar de negocios.

—¿No? —nerviosa de repente, se movió y estuvo a punto de volcar la copa que sostenía en la mano enguantada. Él la miraba con demasiada intensidad y calor en el entorno en el que se hallaban.

—Te deseo, Madeline —le manifestó con voz grave—. Esta noche. Una última noche.

Se quedó boquiabierta, y a través de una combinación de excitación y consternación, no trató de interpretar las palabras más allá del significado que sabía que él quería darle.

Lewis no dejó de mirarla, sin disculparse ni defender su ridícula proposición.

La sorpresa parecía haberla dejado muda. Lo único que logró manifestar fue un pragmático:

—Oh.

«¡Piensa, Madeline!». ¿Cómo se sentía? Excitada. Con miedo. Escandalizada. Y, no obstante, ¿no había soñado con ello todas las noches desde aquella noche perfecta?

Quedaba descartado. Era su jefe.

—No creo que sea una buena idea.

La mirada de él no vaciló.

—Créeme, es una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque lo deseamos —respondió con sencillez—. Una última noche —prosiguió—, en el Alpine Fantasy Retreat.

«Recházalo de inmediato», le ordenó su parte realista. «Dile que no mantienes relaciones interdepartamentales, en especial con el jefe. Que lo que te propone es una locura, incluso inmoral».

¿Por qué no se había marchado ya?

Comprendió que porque también ella lo deseaba. Una noche, los dos solos, en aquel entorno mágico y completamente en secreto.

—¿He mencionado que me voy a primera hora de la mañana?

Esa última acotación le asestó un golpe a su resistencia. Dispondría de dos semanas enteras para pensar en cómo encarar la situación cuando volviera a verlo.

¿Cómo enfrentarse a sus compañeros si alguno llegaba a averiguarlo…?

—No creo que pueda hacerlo —soltó.

—La otra noche lo hiciste de maravilla.

—No sabía quién eras o jamás… Lewis, he trabajado duramente para llegar adonde estoy. Si esto se supiera alguna vez, no podría soportarlo. Necesito el respeto, es lo único que tengo.

—Tienes mi respeto y admiración —declaró él sin titubeos.

—Dime que se trata de una prueba a la que me sometes.

Él movió la cabeza.

—No te lo pido como tu jefe, sino como hombre. Y si dices que no, jamás te lo recriminaré, jamás volveré a mencionarlo. Aunque… —su boca se suavizó —no prometo no volver a intentarlo.

Ella suspiró y el vaho flotó entre ellos.

—¿Y si… y si después queremos más? —inquirió.

Él podía llegar a ser adictivo. ¡Y si se enamoraba! Nunca le habían roto el corazón y no era algo que quisiera probar.

—¿Quieres más? —preguntó él con cortesía.

Tuvo ganas de reír por el tono empleado por Lewis.

—No —respondió con igual cortesía.

—Yo tampoco.

Eso quedaba solucionado, aunque experimentó una ligera decepción porque ambos descartaran la idea de antemano, con tanta facilidad e inmediatez.

—¿Eres capaz de afirmar con sinceridad que no te sientes tentada?

Lo miró a los ojos. Por supuesto que se sentía tentada. Ahí radicaba todo el problema. ¿Quién no lo estaría? Sin ataduras, sin recriminaciones. Sin futuro.

—Una noche, Madeline. Una noche para desarrollar todas nuestras fantasías y aplacarlas para siempre.

El pensamiento desolador de no volver a tocarlo la desanimó. Anheló poder reflexionar en ello en algún lugar privado, lejos de sus ojos penetrantes.

Una noche ilícita con su fantasía más descabellada. Alzó la copa con las dos manos y bebió un sorbo para ganar tiempo. Si fuera un programa virtual con todas las elecciones del mundo, ¿cuál escogería? ¿Una noche… no, una semana con él en la villa en Grecia en la que había estado dos o tres veces?

Depositó la copa con cuidado sobre el mostrador, convencida de que no querría otra cosa que la que él le ofrecía: una noche de pasión con Lewis Goode, en una cabaña junto a la chimenea, con champán y una bañera grande.

—Antes insinuaste que era fuerte —manifestó, desesperada por darse un motivo para rechazarlo—. Si lo fuera, podría declinar esta… esta locura… sin pestañear. ¿No es una debilidad ceder a algo tan trivial como el deseo cuando sólo podrá interferir en nuestra relación laboral?

—Únicamente si nosotros lo permitimos —se adelantó ceñudo—. Y rechazo de pleno que lo que tuvimos la semana pasada fuera trivial. Fue demasiado intenso.

Casi tuvo ganas de disculparse bajo su mirada peligrosamente brillante. Estaba totalmente de acuerdo con él.

Quería lo que Lewis quería, con la salvedad de que era demasiado buena chica como para manifestarlo en voz alta, ante su cara.

Entonces, inadvertidamente, él le dio lo que buscaba. Se puso de

pie y la miró con los ojos encendidos antes de tomarle una de las manos enguantadas.

—Estaré en el Alpine Fantasy Retreat desde las seis de la tarde. Si decides no ir, será un placer darte la bienvenida a las oficinas centrales en dos semanas —luego se inclinó y le dio un beso fugaz en la mejilla fría antes de abandonar el bar.

Fue el turno de ella de sentarse sola y clavar la vista en la pared de hielo. Tenía veintiocho años. Estaba soltera. Trabajaba duramente, se tomaba muy pocas vacaciones y vivía en habitaciones de hotel. ¿No se merecía una escapada de su realidad?

Y la realidad era que se sentía sola, inhibida y sin raíces. Carecía de amigos porque pasaba todo su tiempo en el trabajo y su éxito suponía que casi todas las personas que conocía la miraran como a la jefa.

Una noche, en absoluto tiempo suficiente para enamorarse. Secreta, tal como le gustaba. Tal vez doce horas de sexo ilícito.

Claro que se sentía tentada.

El texto le llegó cuando iba de camino al hotel. «Cabaña 3», ponía.

Sintió un hormigueo en el estómago. Había ido al despacho de Kay. Quería que su amiga le dijera: «¡No seas estúpida!». Pero había llegado el marido de aquélla con las adorables gemelas. Quizá eso había forzado la decisión. Dos preciosas niñas trepando por su elegante y eficaz amiga, transformada en una maravillosa madre, mientras las niñas provocaban el descontrol en el ordenado escritorio y en la ropa de Kay.

Ante semejante felicidad doméstica, esperó poder dar marcha atrás de la idea de horas de sexo ilícito, pero sucedió lo opuesto. Salió de allí convencida de que su cuerpo carecía de reloj biológico. Era ambiciosa y quería la vida que tenía Lewis como presidente de una compañía enorme. Como su madre, en su cuerpo no había ni un hueso maternal.

No pensaba tirar por la borda doce años de trabajo duro y estudios por sentirse conmovida al ver esos deditos regordetes y manchados en la cara y la ropa de su madre, en la expresión suave que aparecía en el rostro de Kay al mirar a esos pequeños tesoros.

Esa vida no era para ella. Entró en una lencería y gastó dinero, luego fue a su suite y se mimó con caras cremas y lociones para la ducha.

En ese momento se hallaba ante la puerta de la cabaña tratando de no pensar en las películas que había visto en las que la prostituta

llega a una habitación de hotel y llama a la puerta. Respiró hondo, abrió y entró.

Como la última vez, unas velas de colores en pequeños recipientes titilaban en muchas superficies. Un fuego vivaz crepitaba en la chimenea y las pesadas cortinas de terciopelo se encontraban cerradas. Unas flores frescas sobre una mesa perfumaban el aire y la música sonaba suavemente desde un estéreo.

Dejó la bolsa con ropa en el suelo. No había ni rastro de Lewis. Se preguntó si ya estaría en la cama. ¿O dándose un baño?

Echó el cerrojo y luego fue al cuarto de baño al tiempo que él aparecía en la puerta.

Se detuvo, casi sin respirar. También Lewis se detuvo y se apoyó en el marco, tan relajado como ella tensa. La recorrió lentamente con la vista. Tenía el pelo algo húmedo y caído sobre la frente. El leve hoyuelo en su mandíbula cuadrada quedaba acentuado por haberse afeitado hacía apenas unos momentos. Como la última noche que pasaron juntos, llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta negra, sin zapatos o calcetines.

Esbozó una leve sonrisa.

—Mi primera fantasía cumplida —murmuró—. Has venido.

—¿Pensaste que no lo haría?

—No eres una cobarde —se apartó de la puerta—. ¿Me permites el abrigo?

Ella giró hacia el fuego y se desabotonó el largo abrigo de lana de color camello y se lo entregó.

—¿Champán?

Madeline asintió.

Lewis guardó su abrigo, sirvió dos copas altas de una botella en una cubitera al lado de la mesa y fue a situarse junto a ella delante del fuego. Hizo entrechocar la copa con la suya.

—¿Has traído una fantasía?

El sonido del cristal reverberó por su pecho. Se tomó su tiempo mirando alrededor de la habitación.

—Todo está aquí.

Contuvo el aliento cuando él le tomó la mano. Recordó las pequeñas cosas que había hecho aquella noche para que se sintiera atractiva, respetada, un poco más serena. Como en ese momento, al besarle la yema de los dedos.

—¿Querrías cenar en el restaurante esta noche?

Ella movió la cabeza. Si era necesario, podían recurrir al servicio de habitaciones, como la vez anterior. Tomada la decisión, no quería perder ni un minuto con otras personas, aparte de que permanecer en la habitación reducía las posibilidades de que alguien más los viera.

Él le apretó la mano.

—¿Nerviosa?

—Quizá un poco —inclinó la cabeza.

—¿Más que la última vez?

Asintió de nuevo. En ese momento era su jefe y tendría que volver a verlo, quizá de manera habitual.

Con una sola palabra o una insinuación maliciosa, podía potenciar o derribar su carrera. Pero al mirarlo a los ojos, asimiló la reafirmación que vio allí y su mundo se alineó en un eje de paz. Estaba bien haber ido.

—¿Cuál es tu fantasía? —preguntó con un hilo de voz.

La miró a los labios y desterró la distancia que los separaba.

—Tengo unas cuantas —susurró él, dándole un beso fugaz en la boca—. Pero todas empiezan de la misma manera.

Con la lengua trazó el borde de sus labios, instándola a abrirse a él mientras Madeline cerraba los ojos. Aparte de la boca y de las manos que le sostenía, no la tocó. Ella se concentró en el contacto sedoso de los labios, en la caricia hábil de la lengua, en el aliento que se derretía en su boca. Tan distinto de la embestida codiciosa del ascensor. Todo sensación, paciencia, pausa, tentándola y preparándola para algo más sustancial.

Un minuto más tarde, sin pensar; estiró la mano para dejar la copa en alguna parte con el fin de poder tocarlo. Lewis se echó para atrás, se la quitó de entre los dedos y depositó las dos sobre la repisa.

Madeline apoyó ambas manos sobre su torso, pero él le rodeó las muñecas y las mantuvo apartadas.

—No puedes tocar —le susurró, inclinando la cabeza de nuevo hacia ella.

—Pero quiero… —miró con ansia la ceñida camiseta que moldeaba esos músculos, los bíceps con la piel tensa y suave. Anhelaba tocar, sentir esa piel bronceada bajo sus dedos.

Lewis sonrió despacio.

—Mi primera fantasía tiene que ver con estar sentado ahí… —con el mentón indicó un sillón en las sombras —contigo aquí mismo, quitándote la ropa, una prenda por vez.

Madeline rió con voz trémula.

—¿En serio? ¿Eso es todo? ¿Un espectáculo para mirones?

—Oh, no es más que el comienzo —sus dientes centellearon en la penumbra.

Esperó mientras ella lo asimilaba al tiempo que le acariciaba la mejilla con el dedo pulgar. Madeline se lo capturó con la boca y remolineó la lengua alrededor de él antes de soltárselo. Vio que sus ojos se oscurecían por el placer.

—¿Me darás instrucciones?

—Desde luego.

La voz ronca le aflojó las rodillas. Luego Lewis fue a sentarse en la oscuridad y ella ya no pudo distinguirle las facciones, sólo los nudillos que reposaban sobre las piernas.

De sus labios estuvo a punto de salir una risa nerviosa. Se preguntó si podría hacerlo, si podría ser la mujer que creía que era. Si una semana atrás le hubieran dicho que conocería a un extraño sexy durante sus vacaciones y que pasaría la noche haciendo el amor con él, tal vez lo hubiera creído. Pero si alguien le hubiera revelado que iría por propia voluntad a una cabaña aislada con el propósito expreso de mantener sexo con su jefe, y que terminaría desnudándose para gratificarlo, habría reído hasta llorar.

Bebió un buen trago de Champán, satisfecha del gasto excesivo que había realizado en la lencería. La música elegida por él era lenta y seductora, y aunque no reconoció al grupo, le gustó el sonido. Se quedó un instante absorbiendo el ritmo. Se aconsejó tomarlo como una prueba. Pero al dejar la copa la mano todavía le temblaba. Luego giró hacia el desconocido sin rostro, se llevó los dedos a la blusa y desabrochó el primer botón perlado.

Capítulo Cinco

—Lentamente —murmuró Lewis mientras ella se quitaba la blusa, revelando un sujetador de color ostra que parecía luminoso a la luz titilante.

Ocultaba bien sus nervios, pero sabía que Madeline Holland se crecía con los retos y se enorgullecía de su ecuanimidad.

La estudió de arriba abajo y el corazón le dio un vuelco como cuando entró esa noche.

Tenía unos pechos insolentes y hermosos, casi ajenos a la gravedad cuando se soltó el sujetador por la parte frontal, con los pezones rosados en punta y excitados. La visión lo obligó a humedecerse los labios y se hundió en el asiento para evitar ir hacia ella con el fin de llenarse las manos y la boca. Aún no.

Onduló las caderas casi imperceptiblemente, como si el ritmo lento de la música saliera de su interior. La observó, hipnotizado mientras se bajaba la cremallera de la falda y oscilaba un poco para ayudar a que se deslizara. Lewis contuvo un juramento. Un encaje escueto y delicado le ceñía las caderas con unas tiras delgadas que bajaban para sujetar unas medias lujosas. Dejó escapar el aliento por entre los labios, tratando de recordar si alguna vez había visto a una mujer que llevara medias. De ser así, no había tenido el aspecto de Madeline.

Con la punta de una bota se deshizo de la falda. Las medias eran más pálidas que la suave piel dorada que dejaban ver arriba. Las piernas largas y ágiles resplandecían en ese brillo tan tenue y perfecto que podría haber pasado toda la noche mirándoselas. Luego sus manos fueron hacia uno de los broches en la parte superior de un muslo y él adelantó el torso con brusquedad.

—¡No!

Madeline alzó la cabeza y entrecerró los ojos, enmarcada por la luz que tenía a la espalda.

—Déjatelas por ahora —murmuró Lewis, reclinándose otra vez en las sombras. Todavía no estaba preparado para prescindir de la mayor satisfacción que había tenido al mirar a una mujer. Un sorbo de champán para humedecer la garganta seca lo ayudó a reconocer los muchos placeres que palpitaban por su cuerpo y su piel, en especial en la entrepierna.

Madeline se agachó para bajarse las cremalleras de sus botas de tacón alto. Él volvió a detenerla.

—Todavía no.

Se incorporó y bajó los dedos elegantes a los lados.

—¿Ahora qué? —preguntó con voz algo temblorosa.

Lewis adelantó el torso, con los codos sobre las rodillas.

—Ahora quiero mirar.

Sus pechos se elevaron un poco al erguirse, alta, dolorosamente hermosa, una visión de blanco y encaje cremoso. No podía quitarle los ojos de encima.

—Dime que no llevas nada debajo de ese… —señaló vagamente en su dirección— encaje.

Madeline sonrió y bajó las manos para acariciar el exterior de la prenda.

—Liguero.

A él se le resecó la boca al verla deslizar el dedo índice por el interior y alzarlo para revelar una tira de satén suave y brillante.

—Llevo un tanga.

Casi no la escucha, concentrado en el movimiento de esos dedos debajo de la tela. Juró para sus adentros.

—Pero es un tanga especial. Se suelta por los costados.

—¿Sí? —la voz se le quebró levemente.

Madeline dejó quietas las manos y se humedeció los labios.

—¿Quieres que me lo quite?

Se consideró hombre muerto.

—Eso sería… agradable.

Regresó entre las sombras, luchando para acomodar la erección que le tensaba la parte frontal de los vaqueros.

Un movimiento hábil de la muñeca aquí, un destello de cinta sedosa allí, y luego la sonrisa de Madeline mientras sostenía en alto un trofeo que superaba con creces cualquiera que Lewis podría haber deseado alguna vez.

Lo estaba matando. Ya había decidido que iba a quedarse con ese escueto tanga, aunque tuviera que arrebatárselo de las manos.

—Durante días te he tenido en la mente —dijo, poniéndose de pie, ya que se había cansado de la distancia que había entre ellos—, pero entonces no sabía que esto… —abrió la palma de la mano— era precisamente lo que quería —se inclinó y recogió una bolsa de una tienda exclusiva que había dejado en una silla y fue hacia ella—. Cierra los ojos.

—Cielos —susurró con tono trémulo.

—No te pongas nerviosa, no te dolerá nada.

Obedeció después de un último vistazo aprensivo a la bolsa. Lewis sacó el largo abrigo de piel sintética de color blanco, le tomó la mano y la apoyó en la tela. Los dedos se hundieron en la piel.

Abrió los ojos y se quedó boquiabierta. Él le pasó el abrigo alrededor de los hombros desnudos y le subió el cuello, dejándole el

rostro enmarcado de blanco.

—Lewis, es…

—Piel sintética —murmuró, uniéndole los lados en el cuello—. Casi lamento no haber hecho una reserva en el restaurante, sólo por el placer de verte llevarlo con la misma ropa que tienes ahora debajo.

Madeline bajó la vista para observar asombrada el abrigo.

—¿Lo compraste para mí? —lo miró a los ojos.

Él retrocedió sin soltarle la mano y la inspeccionó con detenimiento y una sonrisa.

—Bueno, para ti y para mí, supongo.

Se acercó otra vez y se inclinó para besarla, cerrando los ojos ante el primer contacto de los labios. Deslizó los dedos por el suave cabello, apartándoselo de la nuca mientras la acercaba para ahondar el beso.

Se besaron hasta que ambos quedaron sin aliento, hasta que las pequeñas garras de la impaciencia lo sacudieron, cuando sabía que necesitaba mantener la paciencia si quería ejecutar el resto de su fantasía. Quitándole el abrigo de los hombros, lo extendió en el suelo ante el fuego y la instó a tumbarse sobre él.

Se echó a su lado, apoyándose en un codo, y observó la maravillosa extensión de ese cuerpo. Los pezones sobresalían visiblemente y estuvo a punto de soltar un gemido. Pero aún no. Disponían de toda la noche y quería que ambos quedaran satisfechos.

Volvió a tomarle los labios con la delicadeza que le permitió el deseo tan intenso que lo dominaba. La respuesta de ella fue todo y más que lo que podía tomar. Las lenguas se unieron en una danza sexual hasta que él creyó que podría abochornarse allí mismo.

Alzó la cabeza, respirando entrecortadamente. Los labios de ella estaban maduros y húmedos, pero su boca necesitaba dispersar el placer y sus manos empezaban a alborotarse. Con el dedo índice, le trazó el contorno del mentón, le rodeó el hueco del cuello y posó los labios en el pulso errático. Bajó hasta el centro de esos pechos hermosos, rodeándolos, apretándolos con suavidad mientras Madeline se arqueaba hacia sus manos.

No pudo evitarlo, tenía que volver a probarla. Pero cuando cerró la boca sobre un capullo tenso, las manos de Madeline se hundieron en su pelo.

Él levantó la cabeza.

—Nada de tocar.

Ella respiró hondo.

—Pero quiero…

—Nada de tocar —repitió—. Seguimos en mi fantasía.

La quería tener gritando al acabar. Ella entrecerró los ojos pero

cedió. La observó hasta que deslizó las manos a los lados.

Lewis volvió a inclinar la cabeza sobre su pecho. Técnicamente, ella mantuvo su parte del trato, pero hubo contacto en el modo en que alzó el cuerpo bajo las caricias que le administró. Centró la atención en sus senos y en la piel suave del interior de los brazos, en la curva sensible de su cadera. Y una y otra vez retornaba para tentarle los labios.

Ella arqueaba el cuerpo y se frotaba contra su torso.

—Tramposa —murmuró, y sintió que sonreía bajo sus labios. Lewis supo que jamás había disfrutado tanto con una mujer.

La última vez la había tomado sin saber quién era por dentro. En ese momento la conocía un poco, sabía que tenía una mente intuitiva, que era leal y que le importaba realizar un buen trabajo. Obtuvo una gran satisfacción aceptando la confianza que Madeline había llevado al encuentro de esa noche. No pudo haber sido una decisión fácil, pero seguro que había sido la confianza lo que había terminado por desnivelarla.

Estaba listo.

Los dedos le hormiguearon de placer al deslizarse por la piel brillante, por el cabello que centelleaba con tonalidades de miel y crema y se volcaba sobre la piel blanca como la nieve. Trató de centrarse en las cosas pequeñas antes de que el cuadro general estallara en llamas por los sonidos que emitió ella cuando la succionó y le acarició la adorable piel encima de las medias, más oscura pero igual de sedosa.

Volvió a subir, y lo envolvió la fragancia de ella, excitada, acalorada, ansiosa. Y todas sus buenas intenciones se incendiaron al recordar que entre él y el paraíso no había nada.

Los minutos se transformaron en un prolongado bloque de tiempo que ella no podía medir porque no tenía otra cosa que hacer que sucumbir a la felicidad de las caricias de Lewis.

La dejó pasmada que no quisiera nada para sí mismo. Manejaba la boca y las manos con tal pericia, creando una capa tras otra de placer, que casi la dejó incoherente por el deseo y la necesidad. Su conciencia se escindió en dos, una larga parte tensa y trémula, anhelando la culminación; la otra lánguida y flotando en un éxtasis tan cálido y seguro que no quería que parara. El sexo nunca había sido así.

Se encontraba en un equilibrio precario entre el intenso deseo de liberación o continuar flotando. Dudó de que hubiera podido tomar la decisión. Lewis lo hizo por ella. Una larga, lenta y gradual presión,

creciendo y multiplicándose, hasta que su mano, su boca, dejaron de provocar y le demostraron que iba en serio.

Plantó la boca con una firmeza gloriosa y los dedos penetraron sin vacilación hasta un punto dulce que Madeline había desconocido que poseyera. Con músculos temblorosos, tanto por dentro como por fuera, sucumbió a una doble sensación que duró tanto tiempo que los temblores se extendieron durante largos minutos, que el sonido que emitió por la boca reverberó en sus oídos, que cerró los dedos sobre la piel suave del abrigo de la fantasía de Lewis, sin que le hubiera sorprendido haberle arrancado trozos enteros.

Mientras aún estaba apenas consciente, él le soltó los dedos del abrigo y le tomó la mano, se deslizó encima y dentro de ella y el placer se reflejó en sus ojos mientras la miraba a la cara y le bebía los labios.

Se movió lenta, honda y completamente dentro de ella, con el peso de su cuerpo clavándole en los muslos el liguero que aún llevaba. Los broches se le marcaron todavía más cuando levantó las piernas para rodearlo con ellas con el fin de anclarlo en su interior al tiempo que le clavaba los tacones en la parte posterior de los muslos. Lewis gimió y perdió el ritmo acompasado. Madeline sonrió al saber que al menos había participado un poco en resquebrajarle el control.

Alzó las caderas en invitación, en exigencia, y él se quedó quieto un momento. Lo sintió, pesado, palpitante, acelerándose, y entonces volvió a mirarla y los dos enloquecieron, embistiéndose como si sus vidas dependieran de ello. Ascendieron a la cima a una velocidad increíble y se lanzaron al vacío al mismo tiempo. Luego cayeron derrumbados, sudorosos, temblorosos y sin aliento.

El sonido de sus jadeos ahogó el crepitar de los troncos en el fuego y de la música en el estéreo.

Lewis quitó el grueso de su peso de encima de ella mientras lograba mantenerse aún encima. Bajó las manos con gentileza, le tomó los dedos y los pegó a su pecho.

Pasó largo rato hasta que alguno se movió. Madeline se sentía pesada, con una extenuación tan deliciosa y saciada, que pensó en dormir, y probablemente lo hizo. El peso de Lewis la pegaba a una piel suave y que la acariciaba con lujo.

Sonrió. Ningún hombre, a excepción de su padre, le había hecho alguna vez un regalo, y menos uno especial e íntimo.

Lo cual en el fondo no dejaba de ser triste.

El CD se terminó. El fuego había pasado a ser unas brasas medio apagadas. El silencio impregnaba el aire. Giró la cabeza.

—Escucha —le dijo.

Lewis abrió un ojo abotargado. Madeline le sonrió.

—Creo que está nevando.

—¿Puedes oír la nieve? —musitó él.

—¡Por supuesto! —se escurrió de debajo de él y se sentó, mirando hacia las ventanas.

Le encantaba la nieve. Las nieves de su infancia eran un regalo, al menos mientras su padre estuvo con vida. Se lanzaban por las cuestas blancas en el costado de la casa con un trineo fabricado con la vieja puerta de un coche. Y cuando su madre salía a mirar, la bombardeaban con bolas de nieve. Más adelante, después de que falleciera, casi siempre había permanecido dentro, mirando, pero los recuerdos eran todos buenos.

Se levantó y fue a la ventana, apartando los pesados cortinajes. Enfrente había una vieja farola. Era perfecto. Los copos descendían iluminados por la luz, como millones de estrellas. Dio media vuelta y regresó junto al hombre acostado en el lecho de piel.

—Mira.

Lewis se sentó, todavía con la camiseta y los vaqueros bajados hasta las rodillas.

—¿Va a ser una tormenta seria?

Madeline se arrodilló ante él y terminó de quitarle los pantalones, luego se volvió y se sentó con la espalda pegada contra la parte frontal de Lewis, quien la rodeó con los brazos y juntos vieron caer la nieve.

—¿No te preocupa tu vuelo? —aunque se sentiría encantada de quedarse allí el tiempo que fuera necesario, recordó que él salía temprano.

Sintió que se encogía de hombros.

—Ya he estado atrapado en nevadas.

Se reclinó contra él y acurrucó la cabeza en su cuello.

—¿Dónde?

—En Suiza —respondió de malhumor—. Lo que se suponía que iba a ser un mal fin de semana, se alargó cuatro días.

A ella no le importarían cuatro días.

—No parece que disfrutaras mucho de la experiencia.

—Fue la compañía, no la nieve.

Sintió un aguijonazo de inseguridad. ¿Llegaría ella a convertirse en un mal fin de semana del que hablaría con otra mujer en una cabaña similar?

—Hasta los presidentes se equivocan a veces —musitó, desterrando esos pensamientos sensibleros. Las recriminaciones eran para el futuro.

—No lo decidí yo —indicó sucintamente—. Me manipularon.

—Cuéntame —la sorprendía que permitiera que lo manipularan. Lewis era uno de los hombres más perspicaces que había conocido.

Él chasqueó la lengua, acariciándole una pequeña marca roja en la parte superior del muslo, causada por los ligueros que aún llevaba puestos.

—Se suponía que allí iba a estar su marido anciano, así lo ponía en la invitación. Ella quería algo, preferiblemente a mí, o un puesto para él en mi junta.

—Todo el mundo quiere algo —murmuró Madeline.

—Sí —convino él con seriedad—. Suelo conocer a mucha gente, especialmente mujeres, que quieren algo a cambio de nada.

Giró la cara para mirarlo.

—Lewis, no pensarás que yo…

—No —posó un dedo sobre sus labios—. Yo te invité, ¿lo recuerdas?

Cierto.

—Da la impresión de que no tienes una buena opinión de las mujeres —intentó mantener un tono ligero.

—Exceptuando la compañía presente —le dio un beso en la punta de la nariz.

Ella volvió a girar para contemplar la ventana.

—Las necesitadas y las codiciosas parecen gravitar hacia mí como un imán —explicó él, acariciándole la parte elástica de los ligueros—. Por eso me gustan las mujeres fuertes e independientes como tú.

Era ambas cosas… pero esa cita no tenía nada que ver con el futuro. Mientras no olvidara eso, podría disfrutar del resto de la noche.

Las caricias de él le recordaron que era la única noche de la que dispondrían, su fantasía perfecta, que tendría que mantenerla abrigada en las largas y solitarias noches que le esperaban.

—Lewis —dobló las piernas para que las manos de él subieran unos centímetros. Él se quedó quieto. Le cubrió las manos con las suyas, pegándoselas en la parte suave del interior de los muslos—. Yo quiero algo.

Sintió que sonreía sobre su pelo y una presión interesante en la zona lumbar. Era su turno.

Se dio la vuelta para mirarlo, colocando las piernas a cada lado de él y se inclinó para darle un beso largo y húmedo. Con las bocas unidas, le subió la camiseta e interrumpió el beso el tiempo suficiente para quitársela.

Admirada, apoyó las manos en su torso y pensó que estaba magníficamente tonificado. Se lo acarició y se inclinó para

mordisquearle la oreja y el cuello. Lewis se adelantó y Madeline jadeó al sentir esa protuberancia de acero ardiente pegada a ella. Pero cuando alzó las manos para coronarle los senos, le aferró las muñecas y se las colocó a los costados.

—Ahora es mi turno.

Bajó para lamerle las tetillas. La respiración de Lewis se entrecortó y la mirada se le llenó de un deseo oscuro. Se retiró un poco y le acarició el abdomen, viendo cómo subía su torso y los ojos le brillaban.

—Es mi turno —repitió con un murmullo, frotándolo con suavidad, sintiendo el salto de respuesta hasta su mismo núcleo—. Y ahora —lo empujó despacio hasta dejarlo boca arriba y quedar a horcajadas de él —te vas a dedicar a recibir. En este momento no eres el jefe, señor Goode —y para recalcar sus palabras, se llenó las manos con él—. Te tengo en la palma de la mano.

Despertó sintiéndose fantástica a pesar de haber dormido sólo tres horas.

Y entonces recordó dónde estaba. Otra vez en el Alpine Fantasy Retreat.

Se tapó la cara con la almohada, de pronto encendida con un placer adolescente. Qué noche gloriosa. ¿Cómo había podido siquiera contemplar la posibilidad de decir que no?

De ser posible, la noche anterior había sido más perfecta que la primera, con el abrigo hermoso, el champán y la nieve inesperada.

Se estiró con placer, pensando que, si nunca más volvía a acostarse con un hombre, no se sentiría decepcionada.

Después de un minuto más de reminiscencias prohibidas para menores, se levantó y fue a enfrentarse al caos que habría en el cuarto de baño, después de haber sobrevivido a una ducha y a hacer el amor en la bañera de hidromasaje.

Más tarde, mientras se maquillaba un poco, creyó recordar que al acurrucarse adormilada en el edredón de plumas, había sentido un leve contacto en la mejilla. ¿La mano de Lewis? ¿Sus labios? Probablemente sólo fuera un sueño.

Al salir del cuarto de baño, vio el abrigo blanco colgado en la parte de atrás de la puerta. Lo acarició para sentir la suavidad, dobló su abrigo y lo guardó en la bolsa en que Lewis había llevado el regalo. ¿Cuán decadente era escabullirse de esa guarida de discreción luciendo la fantasía de su amante?

Nada podía nublar la luz en sus ojos. Olvidó estar cansada. La noche había provocado una entrega completa en brindarse placer mutuamente, y de algún modo supo que también para él había sido especial y que jamás le faltaría al respeto o lo emplearía en su contra.

Ya estaba de vacaciones. Pasaría mucho tiempo con su madre, arreglaría la venta de la granja y de la casa y tal vez convenciera a Kay de ir a Christchurch para asistir a la ópera o algo por el estilo.

Tenía un trabajo nuevo estupendo, amigos y desafíos nuevos, siendo el mayor de ellos que trabajaría con Lewis. Algo que anhelaba, incluso sabiendo lo exigente que podía llegar a ser. Con él al timón, jamás se moriría de aburrimiento.

¡La vida era fantástica!

Entró en el camino de la granja y sonrió. Era un lugar tan hermoso, aunque estuviera abandonado. Se preguntó si el agente inmobiliario con quien había contactado habría recibido ya alguna oferta. No había prisa. Por el momento, podía permitirse cubrir los gastos generados por su madre.

El teléfono sonó al entrar en la cocina y dejar el bolso sobre la mesa.

—¿Para qué sirve un teléfono móvil si no lo enciendes? —dijo Kay.

Se sintió culpable. En la cabaña no había cobertura, por eso lo había apagado.

—Lo siento.

—¿Estás sola?

—Sí —repuso con ciertos recelos.

Antes de que pudiera respirar, Kay continuó:

—¿Tienes el coche en el garaje?

—No —frunció el ceño mientras miraba por la ventana—. ¿Por qué?

—Necesito que lo guardes en el garaje, que cierres la puerta y que no respondas a nadie, ¿de acuerdo? Estaré allí en menos de una hora.

Madeline se dejó caer en una silla.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Y tampoco contestes al teléfono.

—Oh, Dios, ¿es mamá?

—No, no —se apresuró a tranquilizarla. Suspiró—. No sé cómo contarte esto, así que voy a tener que soltártelo sin rodeos.

Una sensación desagradable empañó su brillante estado de ánimo.

—Lo siento mucho, Madeline. Alguien del hotel vendió una cinta de seguridad de Lewis y tú en el ascensor la noche de la Gala de Apertura. Apareces en las noticias nacionales.

Capítulo Seis

Se sintió mareada. ¿Alguien del hotel había vendido una cinta?

—Dios mío —musitó—. ¿Quién? ¿Por qué?

—Sé quién lo hizo —repuso Ray con tono lóbrego—. Ahora mismo está sentado fuera de mi oficina, a la espera de que lo despida.

Madeline cerró los ojos. Se preguntó cómo podía estar pasando algo así.

—¿Por qué?

—Mi conjetura es que se trata de un reflejo a todo el cambio insinuado por Lewis —Kay suspiró—. La gente se siente amenazada.

—Anoche ni siquiera hablamos de eso —expuso. Le había preguntado por la reunión que había tenido con Kay, pero no había querido hablar de negocios.

—¿Lo viste anoche? Se marchó de aquí ayer.

Su mente bulló con imágenes horribles… Lewis y ella acariciándose, esa expresión en la cara de su madre…

La persona esperando ante el despacho de Kay… Por su apetito carnal, alguien iba a perder el trabajo.

—Sí —confirmó—. Anoche estuve con él.

Imaginó la cara de su amiga en el prolongado y cargado silencio que siguió.

—Con él —Kay adornó las palabras con la misma inflexión—. ¿En la granja?

—En el Alpine Fantasy Retreat —aclaró—. Donde nos conocimos la semana pasada.

Otra pausa, luego un suspiro sonoro.

—Santo cielo, Madeline. ¿En otro hotel? ¿Te vio alguien?

—No lo creo.

—Quédate ahí, no contestes al teléfono ni abras la puerta, serán periodistas. A propósito, ¿dónde está Lewis?

—Probablemente en Christchurch, a punto de marcharse para Sydney.

—Qué afortunado —comentó Kay con sequedad—. Estaré allí en una hora. ¿Necesitas comida?

Se hallaba bajo asedio.

Lewis se sorprendió a sí mismo al quedarse dormido en el avión después de un retraso de una hora en Queenstown, mientras quitaban nieve de la pista. No despertó hasta que el piloto anunció el aterrizaje inminente en el aeropuerto de Christchurch. ¡Había perdido la

conexión con Sydney!

Odiaba los cambios de planes, pero sólo podía pensar que había valido la pena. Con treinta y cuatro años acababa de descubrir que se podía mejorar la perfección. Había creído que la primera noche había superado cualquier expectativa sexual. Se había equivocado.

Ni podía pensar en las promesas de que a partir de ese momento mantendría una relación estrictamente laboral. Era lo bastante mayor como para saber que una química de ese tipo se daba muy rara vez. Madeline se resistiría al principio. Sonrió, sabiendo la importancia que le daba a la reputación profesional, era una de las muchas cosas que admiraba en su nueva directora de operaciones.

Desembarcó y fue directamente al mostrador de salidas de primera clase.

—El próximo vuelo a Sydney sale a las cuatro y media.

Gimió.

—¿Y qué hay de algún vuelo indirecto?

—¿Vía Melbourne? En tres horas.

No tenía más alternativa que esperar en la sala VIP de Pacific Star. Lo peor era que podría haber tenido una hora más en la cama con Madeline. Al alejarse del mostrador, recordó su rostro mientras dormía. Se había detenido para darle un beso en el lunar, igual que la última vez. Probablemente, ella no lo recordaría.

Miró alrededor con aprobación. La sala estaba silenciosa. Se sirvió un zumo del bufé y eligió un sillón cómodo junto a una ventana por la que entraba el sol.

Por primera vez en su vida, permitió que su mente considerara algo más que alguien que le calentara la cama de vez en cuando. Imaginó a Madeline en su antigua villa en Double Bay. Despertando en su cama. Sonriendo mientras desayunaba en la terraza que daba al océano.

Podrían ir juntos al trabajo…

Se dijo que no tenía sentido adelantarse a los acontecimientos. Ella ni siquiera había empezado en la empresa, aunque una cosa era segura, una o dos noches jamás serían suficientes.

Las cosas iban a cambiar. Era hora de que tomara algo para sí mismo. Tendría a la directora de operaciones y también su dulce cuerpo.

Alguien le tocó el hombro.

—¿Le importa si enciendo el televisor? —el hombre indicó el mando a distancia que había en la mesita junto a él.

Lewis se lo entregó.

Bebió un sorbo de zumo y captó la palabra «Queenstown». Giró la cabeza y vio la nieve y luego un primer plano del Waterftont Hotel.

Era asombroso cuánto se había encariñado con la pequeña meca del turismo después de sólo una semana…

¿Cómo iba a poder mostrar otra vez su cara en la ciudad?

Con el corazón desbocado, encendió el televisor, sabiendo que no debería hacerlo, pero era mejor que ir de un lado a otro de la casa mientras esperaba a Kay.

Era peor que lo que había temido. Ya se había incorporado el Alpine Fantasy Retreat. «Una fuente anónima ha sugerido que una alta ejecutiva del Premier Hotel Group y el nuevo presidente, el empresario australiano Lewis Goode, han pasado más de una noche juntos en unas instalaciones de lujo en Queenstown».

Su pobre madre. Había demorado llamarla, con la esperanza de que la llegada de Kay le diera valor. Pero era obvio que esa historia no paraba de crecer.

Llamó a la residencia y pidió que le pasaran con la señora Holland. Se puso el director y le informó de que habían tenido un par de llamadas de periodistas V. incluso una de una televisión local solicitando una entrevista con su madre.

—Adele aún no ha encendido el televisor. Está durmiendo.

Miró el reloj y pensó que era inusual.

—¿Puedo contar con su discreción para no hablar con ningún medio?

—Por supuesto, y nos cercioraremos de que ningún periodista se acerque a su madre, aunque me temo que no podemos impedir que ella vea la televisión.

Su madre se había suavizado con el paso de los años, pero sin duda habría algún periodista en la ciudad que recordara sus antiguas y acaloradas peroratas. La Mujer de la Biblia le presentaría una gran noticia, en especial porque sería la segunda vez que clamara en público contra su hija.

En la televisión, en las tertulias de la radio, en los diarios… estaba por todas partes. También habían colgado la dichosa cinta en *Internet*. Eran imágenes con una mala resolución, pero perfectamente reconocibles. Se trataba de una toma superior, y desde ese ángulo sus pechos daban la impresión de que querían escapar del escote del vestido. La mano de Lewis le había alzado una de las piernas, de modo que la falda se le había levantado y casi se podía creer lo que hacían. En un momento, parecía que él le succionaba un pecho, y ella sabía que no había sido así, que sólo era un efecto del ángulo. Lo peor de todo eran los dos recuadros pequeños con primeros planos de las caras mientras se devoraban mutuamente.

Quiso morirse. Cuando llegó Kay, se arrojó a sus brazos.

—¿Cómo puede ser noticia esto? —le preguntó a su amiga.

Kay le acarició el cabello.

—Lewis siempre es noticia importante en Australia, y ahora mismo es noticia aquí por la amenaza percibida a la economía de la ciudad si cierra los hoteles.

—Mi pobre madre —gimió contra el pecho de su amiga mientras ésta la abrazaba—. En lo que atañe a nuestra relación, será el último clavo en mi ataúd.

—No lo será. Te lo recriminará durante una hora y a la hora del té se le habrá olvidado.

Madeline se secó los ojos.

—Supongo que ya puedo olvidarme de mi disertación sobre las mujeres en el mundo de la empresa, y ni qué decir del instituto.

Kay le apretó las manos con simpatía.

—Cielos, Madeline, jamás te había visto llorar —se miraron—. ¿Te gusta Lewis?

—Eso no importa. Sucedió y ya se acabó e incluso esta mañana anhelaba empezar a trabajar con él —cruzó los brazos, recordando la suavidad y el valor del abrigo—. Sólo cosa del deseo, clásico y natural —miró a su amiga—. Todo fue por tu culpa. Nos conocimos en ese hotel de cabañas la semana pasada. De hecho, fue tan perfecto, que incluso en su momento me pregunté si formaría parte del paquete.

Kay sonrió y se levantó para llevar la cafetera a la mesa.

—Hago los mejores regalos —llenó la taza de Madeline—. Cuéntamelo todo. Probablemente no pueda ayudar, pero me proporcionará un estímulo licencioso.

Madeline se preguntó por qué no lo había hecho antes, y si debería contárselo a su subordinada… la subordinada de Lewis. Aunque nunca había ido a contarle sus problemas de amor.

Le habló de la llave que había olvidado en el cine del hotel, de que él la había encontrado y de que al conocerse no habían podido dejar de mirarse. Mirar la cara de Lewis aquella primera vez había sido como estar atada a las vías de un tren.

—Supe que tenía que huir, pero no pude.

Al terminar, Kay se reclinó y suspiró con expresión pensativa.

—¿Y ninguno de los dos sabía quién era el otro?

Madeline movió la cabeza.

—En el baile me contó que creía que Jacques me había enviado allí.

—¿Te lo contó en el baile? —Kay frunció el ceño—. ¿No antes? —la expresión se le iluminó—. ¿O sea, que te marchaste, él te siguió, te besó en el ascensor y entonces continuasteis donde lo habíais

dejado?

—No, no aquella noche. Estaba tan enfadada con él que lo eché.

Kay miró sin disimulo la foto del periódico.

Madeline suspiró.

—De acuerdo, lo besé, pero luego recuperé la cordura.

—¿Y anoche?

Había parecido tan idóneo… y llegó a la conclusión de que incluso con el escándalo que se había formado, seguía sin poder lamentarlo.

—No fui capaz de resistirme —respondió con sinceridad—. Una última noche para comprobar si estaba a la altura de la primera —rió con un deje de amargura—. Fui virgen hasta los veintidós años… ¿crees que intento compensar el tiempo perdido?

Kay sonrió sin humor.

—Sólo espero que el recuerdo te mantenga firme después de lo que está a punto de caerte encima.

El teléfono no paró de sonar durante una hora hasta que lo descolgó. Y tres veces se presentó un coche en la granja, y al no poder identificar a ninguno de los visitantes desde la ventana de su dormitorio, no abrió.

A media tarde llamó el agente inmobiliario para informarle de que tenía una oferta sobre la propiedad. A regañadientes, aceptó verlo, a pesar de que se sentía demasiado avergonzada. Pero no podía soslayar una oferta en firme, y menos cuando lo único que deseaba era escabullirse de la ciudad, a ser posible en la oscuridad, igual que había hecho doce años atrás.

El agente no rechazó la taza de café que le ofreció. Sin importar que fuera real o imaginaria, le imaginó una sonrisa irónica y ojos maliciosos. Las mejillas le ardieron durante toda la reunión.

—Es una muy buena oferta, señorita Holland —le indicó mientras ella leía los papeles—. Un contrato limpio como éste debería aprobarse sin ningún problema, aunque, por supuesto, usted podría solicitar una contraoferta.

El comprador era una empresa de construcción. Madeline sabía lo que eso significaba. La vieja casa y las estructuras anexas serían demolidas y se levantaría un hotel o un ostentoso bloque de apartamentos.

Su padre había nacido en esa casa…

La sonrisa satisfecha del agente le recordó que era una ciudad pequeña con habitantes de mentes pequeñas.

Se inclinó y firmó el contrato en los lugares que él le indicó y lo

echó antes de que acabara el café.

Esa noche iría a hacer las paces con su madre. Rezó para que no tuviera uno de sus escasos intervalos de coherencia y lucidez. La casa estaba casi levantada y podía encargarle a una empresa de limpieza que se ocupara de lo que ella aún no había podido hacer. Y luego podría marcharse a Sydney sin llamar la atención y con relativo anonimato.

Alguien aporreó la puerta y volvió al dormitorio para mirar por la ventana, reprendiéndose por ser tan patética. Tantos años de duro trabajo y respeto duramente ganado para nada.

Volvieron a aporrear.

—¡Madeline, por el amor del cielo! Sé que estás ahí.

La voz frustrada de Lewis se filtró a través de su vergüenza. Pero… ¿no se suponía que ya debía de estar en Sydney?

—Llevo llamando diez minutos —musitó él cuando la puerta delantera se abrió apenas una fracción.

Con aspecto sombrío, la obligó a dejarlo pasar.

—Te hacía en Australia.

—Vi las noticias al llegar a Christchurch. Cielos, hace frío aquí —fue hacia el viejo calentador de brasas y lo abrió.

Su traje estaba arrugado.

Madeline se pasó una mano por el pelo y preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—¿Te encuentras bien? —Lewis se volvió.

Madeline le dio la espalda y comenzó llenar la tetera, pero luego la dejó y se apoyó en el banco con un nudo en la garganta.

Él se acercó y apoyó las manos en sus hombros, apretándoselos. Haciendo que su tensión fuera diez veces peor.

—No está tan mal, ¿verdad? —la giró con suavidad y le sonrió—. No es la primera vez que mi nombre se ve asociado con una mujer hermosa.

—¿Se supone que eso me hará sentir mejor?

La condujo a la mesa y la sentó.

—Cariño, no es el fin del mundo. Cuando llegas a la cima, siempre hay gente que quiere derribarte. Debes saber eso.

Ella movió la cabeza. Ni siquiera se lo veía irritado.

—¿Crees que para mí estas cosas son habituales? —hizo una pausa—. Para ti no es más que otra conquista, ¿verdad? ¿Cómo esperas que mantenga la cabeza alta en mi propia ciudad, que mire a mi madre a la cara?

Lewis frunció el ceño.

—¿Por qué te importa tanto? Hace años que no vives aquí —

suavizó un poco el tono—. En cuanto a tu madre, puede que sea un poco bochornoso, pero el histrionismo virginal es un poco excesivo. Eres una mujer adulta.

Madeline se irguió y retorció las manos.

—Tú no conoces a mi madre —dijo con vehemencia, y regresó al banco sin un propósito concreto, quizá para huir de su escrutinio.

Él apoyó el codo en la mesa, mirando por la ventana como si le diera una oportunidad para recobrarse.

Pasado un minuto, se irguió.

—¿Tienes algo en contra de que encienda ese fuego?

Madeline suspiró distraída.

—Los periodistas han estado llamando todo el día a mi puerta, no quiero que nadie sepa que estoy aquí.

Lewis se quitó la chaqueta y se remangó la camisa.

—No sé tú, pero anoche no llegué a dormir ni un poco. ¿Qué te parece si tomamos café y luego puedes contarme por qué una pequeña indiscreción te ha catapultado de pronto al rango de enemiga pública número uno?

Hizo lo que pidió, aliviada en cierto sentido, después de tantas horas de autocompasión, de recibir órdenes. Era extraño, ya que estaba más acostumbrada a darlas.

¿Podría lograr que entendiera por qué la salaz publicidad era diez veces peor debido a lo que le había sucedido con dieciséis años? Hasta Kay le decía que debería olvidar la vergüenza, que ya nadie la juzgaba por aquello. Pero eso había sido antes de que los medios cayeran sobre ella.

Se sentaron con café delante y las pastas que le había llevado Kay.

—Mi madre es… difícil —comenzó—, y muy conocida por aquí —si quería que lo entendiera, era necesario revelarle algunos de los rasgos de su madre, como las peroratas públicas que le gustaba lanzar y que insistiera en que ella desfilara por la ciudad con un sayal y cenizas después del incidente de la iglesia—. No era… no es cruel, pero no le importaba que siendo adolescente me sintiera avergonzada por ella, en particular cuando muchos de mis amigos y casi todos los padres de éstos recibieran de manera habitual sus ataques verbales.

—¿Dices que ahora padece Alzheimer? Puede que ni siquiera se entere.

—Iré a verla luego.

—¿Fue por eso por lo que te marchaste de casa, de Queenstown? —preguntó, aflojándose la corbata.

Lo miró y deseó poder volver a capturar la pasión devoradora que habían compartido. Qué final triste para lo que podría haber sido

un magnífico recuerdo.

Pero su placer egoísta era lo que la había metido en problemas.

—Me marché porque incendié la vieja iglesia.

Lewis masticó una galleta de chocolate sin dejar de mirarla.

—Kay y yo trabajábamos a tiempo parcial como camareras en el Premier Waterfront. Teníamos dieciséis años, las dos aún en el instituto, pero socialmente a años luz la una de la otra. Yo estaba demasiado protegida —de hecho, su vida social estaba atrofiada.

Pero tenía una curiosidad y unas hormonas normales en una adolescente. De manera que cuando Kay le contó que parte del personal iba a celebrar una fiesta en la vieja iglesia, y que Jeff Drury, uno de los camareros, iba a estar presente, no pudo dejar de pensar en ello. Por ese entonces estaba loca por Jeff, a pesar de que era cuatro años mayor que ella.

—Esa noche, me escabullí de mi dormitorio por la ventana y me reuní con Kay al final del camino —habían dedicado unos minutos en el coche a pintarse. Kay había llevado algo de ropa para ella, ya que las prendas que le hacía su madre en la vieja máquina de coser a pedal no podían considerarse a la moda—. Nunca antes había probado el alcohol. Me bebí dos rones con cola y al principio me sentí muy bien. Todo el mundo terminó por emparejarse y alejarse. Jeff empezó a besarme y, de algún modo, terminamos dentro de la iglesia, solos. Y supongo que entonces el alcohol me afectó y empecé a sentirme mareada. Nos besamos y acariciamos, pero pasado un rato, ya no quise sentir sus manos encima y me aparté y él me rompió la blusa… la blusa de Kay.

Se sentía tan avergonzada; la blusa era nueva y la había estropeado. Todo empezó a abrumarla. El alcohol que había ingerido, la desesperación por alejarse de él y la culpa por comportarse de esa manera en una iglesia, teniendo en cuenta la postura de su madre ante la moralidad y la religión.

—Empecé a luchar y debimos de tirar las velas que habíamos encendido y colocado en el pulpito. Había un tapiz hermoso y muy antiguo que lo cubría. Pero no lo notamos al principio. Él no me dejaba.

El pánico se sumó a la mezcla. Jeff tenía la mano plantada firmemente en la entrepierna de sus vaqueros aunque ella no dejaba de golpearlo y empujarlo.

—Cuando nos llegó el olor a quemado, el pulpito contra la pared estaba en llamas y abundaba el humo —miró a Lewis, aún sorprendida por el recuerdo—. Fue aterrador. No esperas que sea tan negro. Pensaba que las llamas lo iluminarían todo. No podía ver nada. No paraba de chocar contra las paredes y de caerme, y tampoco podía

respirar. Cuando logré salir, estaba casi histérica.

Había vomitado hasta vaciarse por completo, con el sonido de las ventanas al quebrarse y el rugido de las llamas. Tuvo la certeza de que iría directamente al infierno.

Jeff y los otros chicos se largaron. No sé por qué yo me quedé. Me era imposible hacer algo. Ni siquiera los bomberos pudieron salvar la iglesia. Pero no pude irme. Era demasiado culpable. Kay también se quedó.

En aquel entonces la iglesia era el orgullo de la ciudad. Era una estructura de madera pequeña y antigua, situada en la zona más colorida posible al lado del lago Wakatipu. Aparecía en muchas postales de la zona y de todas partes llegaban turistas para fotografiarla.

Sus conciudadanos quedaron consternados, pero eso no fue nada comparado con la ira de su madre.

—Tuvimos suerte de que no se presentaran cargos contra nosotras. Creo que cuando la policía me dejó en casa, con la ropa rota de Kay, cubierta de humo, apestando a alcohol y vómito, sin duda pensó que ya había sufrido suficiente castigo —sonrió con ironía—. Por ese entonces a mi madre la llamaban *la Mujer de la Biblia*.

—¿Qué pasó con los otros chicos?

Madeline se encogió de hombros.

—Creo que la mayoría de la gente supo qué había pasado, pero la policía lo dejó estar.

Lewis abrió la puerta de la estufa y echó más carbón.

—Supongo que eso explica lo que sucedió el otro día en la cueva —fue al fregadero para lavarse las manos—. Espacios oscuros y cerrados.

Ella asintió.

—Tal vez.

Él volvió a sentarse, secándose las manos con la servilleta.

—¿Te echó o te fuiste voluntariamente?

Sonrió.

—Estaba impaciente por irme. Mi madre era insoportable —la vergüenza podría haberse desvanecido mucho antes si aquélla no hubiera insistido en predicar sobre el error de los actos de su propia hija ante cualquiera que quisiera escuchar—. Había ahorrado lo suficiente como para llegar a Australia. Y eso fue lo que hice.

—¿Y es la primera vez que vuelves a casa?

Negó con la cabeza.

—No, he vuelto cada año para una visita rápida, pero no creo que ella me perdonara jamás. Con la edad se ha suavizado mucho, pero entonces llegó el Alzheimer —soltó una risa triste—. Te parecerá

gracioso. Pero siempre pensé que un día entraría en la ciudad y sería la chica de oro. El retorno triunfal de la hija pródiga. Haría que todos dijeran: «Vaya, empezó mal, pero mira lo que ha conseguido» —suspiró—. Y mira lo que he hecho.

Lewis emitió un sonido impaciente.

—Vamos, Madeline. Bien, nos besamos en un ascensor. Diablos, esperemos que el Alpine Fantasy Retreat no tenga cámaras en sus cabañas.

Lo miró fijamente.

—¡No! No puedo creer que hablaran. Ese lugar es famoso por su discreción.

—Créeme, puse firme a su director —le dijo con tono sombrío—. Llamó hoy para disculparse y afirmó que se encargaría de que quien realizó la filtración no vuelva a trabajar en el negocio hotelero en esta ciudad —Lewis se frotó los ojos cansado—. Pasará. Vuelve ahí afuera, mantén la cabeza alta y demuéstrales que no te importa. Es lo que yo voy a hacer.

Madeline cruzó los brazos sobre el estómago.

—Sí me importa —cerró los ojos angustiada—. Si la noticia ha llegado a Australia, ¿cómo voy a encarar a mi nuevo equipo?

¿Cómo iba a esperar que la tomaran en serio en cuanto vieran la cinta? Iba a empezar su nuevo trabajo para una empresa multinacional sin ninguna credibilidad.

—Lo harás —afirmó él—. Porque eres mejor que todo eso.

Para él era fácil decirlo. Era un hombre. Otra muesca en su historial no le hacía ningún daño.

—El respeto es primordial para mí, probablemente debido a lo que te acabo de contar. Seré un hazmerreír.

—No hay lugar para la debilidad en el nivel que te encuentras —indicó él con impaciencia—. De lo contrario, te devorarán viva.

—Lo he visto pasar una y otra vez —arguyó Madeline—. No importa lo que consiga en la sala de juntas ni si al principio sobrevivo a la humillación. Saldrá a la luz cada vez que logre algo, cada vez que consiga un ascenso o solicite un trabajo nuevo. Dirán que llegué porque me acosté con el jefe y me filmaron.

Lewis se incorporó con brusquedad.

—Vuélvete dura, Madeline —espetó—. Mueve el trasero a Sydney o tendrás que preocuparte de algo más que de comentarios sarcásticos. Recuerda, el destino de los hoteles en Queenstown descansa sobre tus hombros.

Se quedó boquiabierta. Que aún la amenazara con eso después de todo lo sucedido, le dolió.

Recogió el abrigo que había dejado sobre una silla y se lo puso.

Madeline tenía que tomar otra decisión. Si aceptaba el puesto en Sydney, empezaría sin ninguna credibilidad. Si se quedaba y sobrevivía a las alusiones y a las humillaciones de sus conciudadanos, por no mencionar a su madre, entonces podría ser la responsable de la pérdida de muchos trabajos, incluido el de su mejor amiga.

Lewis metió las manos en los bolsillos y la miró con severidad.

—Tengo una cita. Reúnete luego conmigo para cenar en la ciudad.

—No —movió la cabeza—. Lewis, no… no podría soportarlo.

Se inclinó hasta casi pegar la cara a la de ella.

—No puedes enfrentarte a la ciudad ni a tu madre. No puedes enfrentarte a tu personal en Sydney. Decídete, Madeline, porque no puedes tener ambas cosas —se irguió—. A las siete y media en el restaurante del Waterfront.

Lewis subió a la *suite* presidencial del Waterfront sin hacer caso de las miradas del personal. Tenía una hora libre antes de la cita y la dedicó casi en su totalidad a desterrar el rostro angustiado de Madeline a un rincón de su mente.

Se negaba a dejar que ella tirara por la borda una gran carrera por un poco de publicidad embarazosa y negativa y ya había puesto en marcha un plan de contingencia para arreglarlo. Pero mientras se daba una ducha con el fin de eliminar los efectos de haber dormido poco, no dejaba de oír esa voz familiar que le susurraba al oído.

«Puedo ayudarla», pensó. «Puedo mejorar las cosas».

Siempre había pensado eso… hasta dos años atrás, cuando la venganza se había convertido en su principal motivador. Había dedicado toda su vida a proteger a la gente y no pensaba ir otra vez por ese camino. Por eso Madeline representaba un cambio tan refrescante, razón por la que la quería en Sydney. No para que le enseñara los entresijos del negocio de la hostelería; para eso podía contratar a alguien. Sino porque no buscaba nada de él. Lo tenía todo claro, gobernándose con la cabeza y no con el corazón.

Y entonces había aparecido y la había besado en un ascensor. Él era el responsable del rostro desdichado que había tenido ese día.

Sonó el teléfono de la *suite*.

—Señor Goode, lo llamó del Queenstown Daily. Hemos oído que había vuelto a la ciudad.

La red de los rumores estaba bien viva.

—¿Qué quiere?

—¿Tiene algún comentario que hacer a la historia que ha aparecido esta mañana? ¿La ha visto? Podría enviarle una copia…

—¿Por qué iba a hacerle un comentario a usted? —lo cortó.

—Bueno, señor, a veces ayuda situar estos temas en su correcta perspectiva. Usted no es el hombre más popular en esta parte del país. Podemos proporcionarle una dimensión humana.

—No tienen ninguna historia —gruñó Lewis—. Tienen una foto, nada más, y quieren arrastrar el nombre de alguien por el barro.

—Hemos intentado ponernos en contacto con la señorita Holland para escuchar su versión, pero no parece predispuesta a aceptar nuestras llamadas.

Tuvo ganas de gritarle que la dejaran en paz, pero eso podría empeorar las cosas para ella. ¡Maldita sea! Él quería mejorarlas.

De modo que no era el hombre más popular de la ciudad. Quizá el motivo por el que la cinta de seguridad había terminado en el pasquín local se debía a él. Había aparecido en la ciudad anunciando cambios, insinuando exceso de puestos, ordenando exámenes, llevando a cabo inspecciones por sorpresa. Esas cosas se podían asimilar en las ciudades grandes, pero con un gran porcentaje de la población de la ciudad trabajando bajo el paraguas de la Premier, tal vez debería haberse contenido un poco.

—Quizá si quedáramos abajo para tomar una copa —dijo el hombre—, podríamos charlar sobre sus intereses empresariales aquí. Eso podría desviar un poco la atención de la señorita.

Lewis respiró hondo, preguntándose si podría sentarse en un bar sin plantar el puño en la cara de ese hombre.

Estaba seguro de que Madeline podría manejar los cotilleos de la oficina, aunque ella no lo hubiera creído ese día. Pero ¿podía hacer algo él para restablecer su manchada reputación en la ciudad y suavizar las cosas con su madre?

Hirviendo por dentro por el repentino papel de protector de la única mujer que admiraba por su fortaleza, le dijo al periodista que lo vería en el bar en cinco minutos.

Mucho después, terminada su cita en la ciudad, regresó al bar del Waterfront para esperar a Madeline. Pasadas las siete y media, sintió un poco de decepción y furia ante la idea de que no se presentara. Quince minutos después, decidió llamarla al móvil, dudando ya de que fuera la mujer que había creído que era.

Contestó de inmediato.

—Llegas tarde —espetó, sin desear ninguna excusa.

—Oh, Lewis.

Sonó como si la sorprendiera que fuera él.

—Estoy en la residencia. Mi madre ha desaparecido.

Capítulo Siete

Lewis voló hacia la residencia y encontró a Madeline, de pie en la entrada, hablando con una pareja de policías. Desde la distancia tenía la cara pálida. Kay se hallaba a su lado, retorciendo las manos enguantadas. Todos los ojos se posaron en él al abrirse paso entre el gentío e ir hacia ellos.

La preocupación en los ojos de Madeline lo atravesó, pero en vista de los acontecimientos del día, consideró mejor no tomarla en brazos.

—Hace dos horas la vieron cenando en su habitación —le informó Kay—. Ya no estaba allí cuando fueron a recoger la bandeja.

—Han comprobado su ropa —aportó Madeline con voz que contenía el llanto—. Sólo llevaba puesto el camisón y unas zapatillas.

En el suelo se veían restos de la nieve de la noche anterior.

—¿Se le ocurre algún lugar al que haya podido ir? —preguntó un policía—. ¿A ver a una amiga? ¿Un lugar que para ella sea especial?

Madeline se mordió el labio y movió la cabeza con tristeza.

—La granja —un hombre mayor, con un impermeable con capucha oscura y guantes gruesos avanzó un paso—. Quizá trate de ir a casa —palmeó el brazo de Madeline—. Hola, cariño. No te veía desde que eras pequeña…

Madeline estudió su cara.

—Lo siento, yo…

—No puedes recordarme. Soy Brian Cornelius. Amigo de tu madre de toda la vida.

Una mujer con uniforme blanco asintió.

—Brian visita a Adele a menudo.

El señor Cornelius bajó la cabeza.

—Bueno, visito a todo el mundo. Así paso el tiempo del domingo desde que murió mi esposa.

—¿Qué le hace pensar que iría a la granja? —susurró Madeline.

El anciano pareció abochornado de ser el centro de atención.

—Echaba de menos a su hija y a su marido —tosió con timidez—. No todo el tiempo, claro.

—Tal vez deberías volver a la granja —le dijo Lewis a Madeline.

—No —movió la cabeza—, siento… siento que debería estar aquí.

Aunque nadie lo había mencionado, todo el mundo se preguntaba hasta dónde llegaría la anciana en dos horas bajo ese gélido aire nocturno y apenas vestida.

—Iré yo —dijo el señor Cornelius.

—¿Sí? —Madeline le tomó la mano—. Muchas gracias. La llave está bajo el felpudo, entre y caliéntese. Si hay alguna noticia lo llamaré al teléfono de la casa.

Todo el mundo se dividió y se desplegó por la ciudad. Al parecer, Adele Holland había vivido allí toda la vida y disfrutado de una razonable salud física hasta los últimos días. Lewis sintió un aguijonazo de culpa al haber monopolizado todo el tiempo de Madeline en la última semana, cuando era evidente que su madre no se encontraba bien.

Pareció que toda la ciudad se volcó con la búsqueda y el quieto aire nocturno resonó con el nombre de Adele Holland. Pero a medida que pasaban las horas, las esperanzas de Madeline fueron declinando.

En repetidas ocasiones le preguntó si no preferiría ir a la granja y esperar en casa, pero le respondió que se volvería loca sin nada que hacer.

Se mordió el labio inferior.

—Lewis, no puedo quitármelo de la cabeza. ¿Y si… y si nos vio en la televisión?

Él mismo se lo había preguntado. Le tomó las manos y se las apretó.

—Tiene Alzheimer —respondió con firmeza—. Cualquier cosa podría haber detonado su confusión.

Ella no pareció convencida. Lewis experimentó la honda necesidad de consolarla. No le importó quién los viera o que fueran las estrellas de las páginas de sociedad. Comenzó a atraerla hacia él, pero alguien se acercó y Madeline apartó las manos, dejándolo allí de pie con los brazos extendidos y sintiéndose tonto.

Bajó los brazos y comprendió que ella odiaría que la vieran aceptando confort a la vista de todos, en especial del hombre que le había mostrado cómo ser humana.

Buscaron durante tres horas con cero grados y completa oscuridad antes de que se oyera un grito y la noticia se diseminara como un incendio. Adele Holland se encontraba a salvo. La habían encontrado en uno de los helados caminos comarcales que salían de la ciudad. Su viejo amigo había tenido razón; iba en dirección a casa. De no haber sido por las muchas personas dedicadas a buscar cada calle, cada parte y cada metro del paseo marítimo, las consecuencias habrían sido demasiado terribles.

Corrieron al hospital y descubrieron que se hallaba ilesa pero con hipotermia y una posible infección de pecho. Kay y Lewis se quedaron mientras Madeline se sentaba junto a su madre en el departamento de urgencias, pero la anciana no la reconoció ni mencionó su aventura y no tardó en dormirse.

Era la una de la mañana cuando Lewis llevó a Madeline de vuelta a la granja. El caballero amigo de su madre se había marchado después de que lo llamaran para informarle de que la búsqueda había concluido, pero había encendido la estufa de la cocina.

Madeline permaneció en el centro de la habitación, tan cansada y emocional como jamás había creído sentirse.

—¿Tienes algo para comer? —preguntó Lewis, abriendo algunos armarios.

Ella se encogió de hombros, luego lo miró con expresión culpable. Él parecía tan cansado como se sentía ella, sólo que mejor vestido. Probablemente tampoco había comido, ya que le había estropeado los planes para la cena.

La orden que le había dado esa tarde la había enfurecido. Había asistido a talleres, bailes, incluso había permitido que la colgaran de un risco. Que le insinuara que el futuro de los hoteles seguía dependiendo de ella si no hacía lo que quería había sido la gota que había colmado el vaso.

Mientras había estado allí ensimismada, Lewis había abandonado la cocina. En ese momento volvió, la tomó de la mano y la llevó al salón. Había encendido la chimenea y la empujó sobre el sofá.

—Prepararé algo para comer.

Aliviada de estar a solas unos minutos, clavó la vista en el fuego, agradecida por el apoyo recibido esa noche por sus viejos amigos y vecinos. A pesar de todo, parecía que su madre era querida en la comunidad.

Por primera vez se cuestionó si hacía bien en irse. Esa noche ninguna persona había mencionado el escándalo, pero muchas habían dicho lo orgullosas que se sentían por todo lo que había logrado y le habían preguntado cuándo iría para quedarse definitivamente.

La reserva que mostraban hacia Lewis era evidente, pero nadie lo cuestionó, ya fuera por el asunto del ascensor o por las intenciones que tenía respecto de los hoteles.

Demasiado cansada para pensar con claridad, se preguntó cuáles serían las ramificaciones legales de cancelar el precontrato firmado por la granja. Quizá llamara al agente al día siguiente. Bostezó y se reclinó en el sofá, sintiendo el calor del fuego en la cara.

Lewis se presentó con una bandeja con tostadas con mantequilla y algo más que no alcanzó a ver.

—Sólo es sopa —dejó la bandeja con un par de cucharas—. Pero te hará entrar en calor.

Lo observó regresar a la cocina, conmovida por los mimos que le dedicaba. Se dijo que a veces podía ser agradable. Ciertamente, esa noche había sido una roca de apoyo. Anhelaba conocerlo. ¿Habría

estado alguna vez casado, enamorado? ¿Por qué trabajaba tanto y qué le brindaba placer?

Se acurrucó en el sofá y supo muy bien qué le daba placer. ¿Habría sentido alguna vez él lo mismo? Nadie la había hecho sentir a ella jamás de esa manera. ¿No sería agradable si hubiera tocado en ese hombre algo a lo que nadie hubiera tenido acceso?

Lo siguiente que supo fue que estaba en brazos de Lewis y que la llevaba a un sitio frío. Le rodeó el cuello con los brazos, contenta de que estuviera presente para ofrecerle calor.

La llevó por el pasillo y, adormilada, ella le indicó el camino. El dormitorio estaba frío. Las cajas que contenían todo lo que había querido y dejado se alineaban contra una pared. El fue hacia la cama individual y apartó las colchas. Madeline metió la nariz en la piel de su cuello e inhaló, extrañamente avergonzada de que se hallara en el dormitorio que había ocupado en la infancia, en absoluto parecido al lujo al que debía de estar acostumbrado.

Él le dio un beso fugaz en la mejilla mientras la depositaba en la cama. Con sorpresa borrosa, Madeline pensó que con anterioridad nunca había unido la ternura a Lewis.

Se sentó en el borde de la cama junto a ella.

—Alza los brazos.

Obedeció y él le quitó el jersey, dejándola con la camiseta de manga larga. Volvió a tumbarse sobre el colchón y él giró para quitarle las botas.

—Podría llegar a gustarme este lado tuyo más amable —murmuró, sin darse cuenta hasta muy tarde de que había hablado en voz alta.

Lewis sonrió y dejó las botas en el suelo.

—He tenido mucha práctica.

Madeline frunció el ceño.

—¿Práctica?

La cubrió hasta el mentón.

—Mi madre era alcohólica —repuso—. La tuve que acostar cientos de veces.

¡Vaya! Un detalle personal. No era muy aficionado a revelarlos. Aunque ella tampoco. Pero sólo se quedó con la palabra «madre» y la embargó la tristeza.

—Lewis, no creo que pueda dejar a mi madre —murmuró, arrebujándose bajo las mantas y cerrando los ojos.

Él tardó tanto en contestarle que sus pensamientos vagaron al sueño que había tenido en que se inclinaba y le besaba la mejilla. La añoranza de que hiciera eso mismo entró unos instantes en su mente.

—Creo que te encuentras demasiado cansada y emocional para

tomar alguna decisión ahora —musitó—. Duerme un poco.

«Por mí, perfecto», pensó con un suspiro, «si no vas a besarme».

—¿Puedes decirme dónde puedo encontrar algunas mantas? Me echaré en el sofá.

Madeline movió vagamente la cabeza.

—En la habitación contigua —farfulló—. Cajas. Estaba dormida cuando él salió.

Durmió nueve horas.

Al llegar al salón encontró unas mantas perfectamente dobladas en el sofá, las cortinas abiertas y ni rastro de Lewis o del coche ante la casa.

Al llamar al hospital le informaron de que su madre se hallaba cómoda y en el pabellón, y que querían tenerla un día más para vigilar su infección de pecho.

Aliviada, desenrolló el periódico que Lewis debió de dejar allí. De algún modo, el escándalo había pasado a un segundo plano debido a los acontecimientos del día anterior.

¡Lewis y nuestra Madeline son pareja!, ponía el titular. Su lado pragmático suspiró al considerar que un rumor pasaba por noticia en el único diario serio de la ciudad.

Respiró hondo y leyó el artículo.

El señor Lewis Goode, de Pacific Star Airlines y nuevo presidente ejecutivo del Grupo Hoteles Premier, ha roto su silencio acerca del asunto del beso en el ascensor que publicó ayer este periódico.

—Madeline Holland y yo tenemos una relación desde hace un tiempo —afirma.

Le había solicitado a la alta ejecutiva que se trasladara a Australia para estar más cerca de él. Niega haber tenido noticia de que ella solicitara y consiguiera el puesto de directora de operaciones de Premier en el momento en que la semana pasada concluyera la adquisición de la enorme empresa. Anoche fue imposible contactar con la señorita Holland para conocer su opinión.

La población local quedará aliviada al saber que el señor Goode insinuó que la señorita Holland en persona lo había convencido de reconsiderar sus planes para cerrar los tres hoteles Premier de la ciudad.

Se llevó el periódico y la taza de café al escalón del porche para releerlo al sol.

¿Qué lo había impulsado a hacer algo así? ¿Sentiría Lewis algo por ella? Las posibilidades bulleron en su cerebro. ¿Quería una relación? Lo más probable fuera que sintiera pena por ella por lo

sucedido con su madre… no, tenía que haber hecho esa declaración antes para que apareciera en la edición de la mañana.

Se sintió conmovida. Lo había dicho porque quería hacer que se sintiera mejor. Sabía lo avergonzada que se encontraba por la cinta grotesca que había saltado a las noticias. Debía reconocer que desde luego lo conseguía y que tal vez apaciguara a su madre.

Su alegría duró tres minutos. El hecho era que no había hechos. Era una gran mentira y eso la incomodaba. Las mentiras debían sustentarse. Pero tenían la costumbre de salir a la superficie. El periódico, si no ése, otro, seguiría tratando de contactar con ella. Le harían preguntas para las que no tenía respuestas, como dónde se habían conocido o cuándo. ¿Qué diablos podía decir que tuviera un halo de verdad?

Sonó el teléfono y, para su sorpresa, era la presidenta de la Asociación de Mujeres Empresarias, confirmando la invitación para que hablara ante ellas al día siguiente. Sintiéndose mejor que lo que había estado el último día y medio, llamó al agente inmobiliario para hablar sobre la situación del contrato que había firmado.

—En este momento ha pasado a manos de los abogados.

—Digamos que, hipotéticamente, cambio de parecer acerca de vender. ¿Cómo saldría eso?

Le indicó que en ese momento el único que podía cancelar el trato era el comprador.

—Habría multas sustanciales si reniega de un acuerdo de compra ya firmado —expuso con un deje de irritación.

—Sólo era una pregunta —dijo, y colgó, ceñuda. Aún no había tomado una decisión final acerca de su futuro, pero era agradable disponer de opciones. ¿Podía considerar la idea de quedarse en Queenstown y no vivir en la granja?

Contempló el lago y las montañas.

No lo creyó.

Entonces, tendría que pagar las multas. Podía permitírselo, siempre y cuando tomara esa decisión.

Su madre estaba saludablemente estridente esa tarde.

—Gracias a Dios que has venido —dijo cuando Madeline entró en el pabellón—. Tienes que llevarme a casa.

Madeline ya había hablado con la enfermera de guardia. Su madre tenía fiebre y les preocupaba la tos que padecía. Era alérgica a los antibióticos fuertes, otra cosa que había desconocido.

Le tomó una mano y se sentó junto a la cama.

—Mamá, tienes que dejar de dar problemas. Sufres una infección de pecho. Necesitan tenerte aquí un poco más y mantenerte cobijada.

Por una vez, su madre pareció confortada por su presencia.

Hablaron de la granja y de los perros que habían tenido. Madeline pensó que se la veía muy mayor. Suponía que lo era, pero por primera vez parecía frágil. Y ésa era la última palabra que habría empleado para describir a su madre.

—Madeline —dijo la anciana de pronto, con voz perfectamente serena y lúcida… algo raro en esos días—. He de contarte algo muy importante.

Madeline se temió lo peor, y si conocía a su madre, la reprimenda la oirían todos.

Se equivocaba. De hecho, descubrió que había estado equivocada toda la vida.

Su madre había tenido una relación amorosa que había durado varios años, pero el día que la rompió, dándose cuenta de que quería a su marido y a su hija demasiado para continuar, fue el día en que murió el padre de Madeline.

Todo el mundo había pensado que después del fallecimiento de John Holland el dolor había cambiado a su madre y la había convertido en la fanática que era. Pero era mucho más que eso.

—¿No lo ves? —exclamó su madre—. Jamás obtuve su perdón. Por eso he sido tan horrible y te he apartado todos estos años. Fui la mayor pecadora en el reino de Dios y por eso castigué a todos los demás, principalmente a ti.

Se sintió aturdida por esa revelación. ¿Cuándo iba a detenerse esa montaña rusa emocional? Intentó tranquilizar a su pobre madre, dominada por la culpa y la vergüenza, que no paraba de disculparse por haberla alejado todo ese tiempo.

Cuando finalmente se fue del hospital horas más tarde, no pudo desterrar la ominosa sensación de que les quedaba poco tiempo para perdonarse la una a la otra. ¿Acaso Madeline no tenía culpa también por permitirle librarse de proyectar la culpa sobre ella? Simplemente, había aceptado que así eran las cosas y había abandonado a su madre, cuando tal vez un poco de amor y comprensión habrían podido forjar una relación más íntima y Adele habría podido perdonarse a sí misma.

Al entrar en el camino de la granja vio las luces encendidas y humo saliendo de la chimenea. Y la decisión quedó hecha.

Se encontraba en casa.

Capítulo Ocho

Lewis olvidó la idea de intentar seguir fingiendo.

Madeline estaba sentada frente a él a la mesa de la cocina, jugando con el entrecot y las patatas que le había hecho. Acababa de contarle los detalles de su visita al hospital y parecía exhausta. Y él había dejado de fingir que ya no quería ayudar.

Sabía muy bien cómo los actos de un padre impactaban en la vida de un hijo y lo modelaban. Si era lo bastante afortunado como para tener hijos, pensaba cerciorarse de que cualquier error fuera admitido y compensado, no enterrado hasta que los niños quedaran marcados para siempre por él.

—Un día duro, ¿eh?

Ella sonrió con tristeza.

—Más de uno.

Tampoco él había tenido un día bueno. La declaración que le había hecho al periodista había causado cierto revuelo entre el consejo administrativo. Por las llamadas recibidas, a nadie le molestaba que se acostara con la nueva directora de operaciones. Sin embargo, sí albergaban dudas acerca de un posible conflicto de intereses.

Con la ayuda de Kay, había pasado el día organizando una conferencia telefónica con todo el consejo para el día siguiente. La mayoría regresaba a su país de residencia. Sólo dos de los consejeros vivían en Nueva Zelanda y por la mañana iba a recogerlos en el aeropuerto. Había varios en Australia, y algunos tan lejos como París y los Estados Unidos, de modo que había que tomar en consideración sus zonas horarias. Al final había podido comprometerlos para el mediodía del día siguiente. Esperaba recibir una reprimenda severa por sus actos, pero no lo lamentaba. Madeline era inocente. Había conseguido el trabajo por mérito propio. Por lo que a él concernía, no existía ningún conflicto de intereses.

Al final ella apartó el plato, apoyó los codos en la mesa y juntó los dedos.

—Acerca de la declaración que hiciste…

No lamentaba haberse expuesto por ella. Si se mantenían en la misma onda, estaba seguro de que podría manejar a los consejeros.

—Espero que mitigue parte del bochorno que has sufrido con esto.

—Lo hace y te lo agradezco —guardó silencio un momento—. Pero no es verdad.

—No te obliga a nada en ningún sentido —se apresuró a aclarar Lewis—. No es más que un frente unido hasta que se acabe el alboroto.

Ella respiró hondo.

—Me obliga a perpetuar la mentira.

Lewis la imitó y juntó los dedos.

—Suena un poco mejor que lo que piensa todo el mundo, que bebimos demasiadas copas y decidimos echar uno rápido en un ascensor público.

Ella parpadeó.

—Como he dicho, te estoy agradecida. Lo que hiciste fue… amable. Pero estas cosas tienen la mala costumbre de salir a la luz. La gente va a querer conocer los detalles. Estamos cavando nuestra propia tumba.

«Pero estamos juntos en esto», pensó él.

—Bueno, creo que ahora se olvidará pronto. Cuando vayas a trabajar y la gente te vea en acción…

Ella se mordió el labio inferior.

—Quizá mi posición en la empresa podría quedar comprometida.

Lewis debería haber sabido que ella comprendía cómo funcionaba la mente corporativa. Se encogió de hombros.

—He organizado para mañana una conferencia telefónica con el consejo de administración, pero no te preocupes por eso. Creo que podré aplacar sus preocupaciones.

Ella enarcó las cejas.

—Tema de conflicto de intereses. Cuánto sabías sobre la adquisición y todo eso. Déjamelo a mí. No hay nada de qué preocuparse, mientras mantengamos el mismo guión.

—¿El mismo guión? —inquirió.

Lewis suspiró con paciencia.

—Si alguien pregunta, nos conocimos en el extranjero y yo te pedí que te trasladaras a Australia. Tú no sabías nada de la adquisición, ya que llevabas años fuera y no perdimos el poco tiempo del que disponíamos hablando de negocios.

Sus cejas subieron aún más.

—Mantuviste en secreto la noticia del trabajo en Premier y viniste para asistir a la conferencia y arreglar algunos temas personales. Diremos que representó una gran sorpresa para ambos vernos en la reunión del comité ejecutivo —sonrió irónicamente—. Al menos eso era verdad.

Madeline mantuvo su mirada.

—Suena como si necesitáramos un guionista para todo eso.

Eso lo irritó. Creía estar ayudando.

—Los periódicos me persiguen en pos de un comentario —indicó ella—. Son muchas mentiras las que hay que decir. ¿Y si piden fechas

y lugares, dónde y cuándo nos conocimos?

—Sólo di «sin comentarios». No tardarán en aburrirse y yo me ocuparé del comité ejecutivo, por eso no te preocupes —afirmó confiado.

—No tendrías que hacerlo si lo hubieras hablado primero conmigo —indicó ella con serenidad.

Lewis se reclinó en la silla y juntó las manos detrás de la cabeza.

—Ahora estás muy ocupada.

—Es mi madre —apartó la vista de él—. No sé cuánto tiempo le queda.

—¿Qué dicen los médicos?

—No se trata de los médicos. Soy yo. Creo que ahora debería permanecer aquí para ella.

Lewis suspiró.

—Bueno, tómate un permiso. Un par de semanas, y luego, cuando parezca estable…

—Quiero compensárselo para que al menos no me tenga también a mí en su conciencia.

Recogió los cubiertos y comenzó a pasar los restos de su plato al de Lewis.

—Deja eso —espetó él—. Tómate un tiempo…

—Mis prioridades han cambiado —comenzó ella.

Él se preguntó por qué se tomaba tantas molestias.

—Usa la cabeza, Madeline. ¿Qué diablos harías aquí? Eres una mujer de negocios, no una chica de pueblo.

Recogió los dos platos y se puso de pie.

—Eso creía, pero… —dio la vuelta y fue hacia el fregadero.

—¿No crees que te estás dejando llevar por la emotividad en toda esta situación?

Soltó los platos de forma ruidosa.

—¡Es mi madre, por el amor de Dios! Tengo derecho a ser emotiva —se le tensaron los músculos de la espalda y se quedó ante el fregadero, sin mirarlo.

Lewis perdió la batalla con su paciencia.

—Hay residencias en Sydney. Le pediré a mi secretaria que te envíe información.

Madeline giró en redondo con los ojos encendidos.

—Éste es su hogar. Ha vivido aquí toda su vida.

Él pudo ver que algo había cambiado. Respiró hondo y decidió ser claro.

—Padece Alzheimer, Madeline. La mayor parte del tiempo no sabrá ni le importará dónde diablos esté.

Se sacudió como si la hubiera abofeteado. Sus ojos proyectaron la decepción que sentía y dejó de mirarlo, haciendo que se sintiera vacío. Se marchó al salón.

Diablos, no había tenido la intención de sonar tan duro.

Pero nadie lo había dejado plantado. La siguió y se detuvo al verla sentada en el sofá con la cabeza en las manos.

¿Su formidable directora de operaciones? ¿Su amante sexy y entregada? ¿Cuál era? De repente los límites se habían tornado borrosos y no supo quién era más importante para él. Lo único que sabía era que la quería en Sydney para averiguarlo.

Ella alzó la cabeza y lo vio observándola.

—Careces de corazón —afirmó.

Y Lewis supo que, si no le daba algo, algo de sí mismo, la perdería.

Se sentó junto a ella y vio que lo miraba con la misma decepción. Retorció las manos en el regazo.

—¿Qué te ha vuelto tan duro? —susurró ella.

—He tenido que serlo.

Jacques de Vries había sido su única razón de vivir durante los dos últimos años. Una vez extirpada esa espina contaminada de su costado, lo sensato era establecerse unos objetivos más y expurgar la venganza de la que había estado alimentándose.

O de lo contrario, con demasiado tiempo en las manos, corría el peligro de enamorarse de una rubia hermosa con ojos azul verano.

Jamás le había hablado a alguien de su infancia. No quiso analizar por qué se sentía impelido a contárselo en ese momento a Madeline. Quería tomarse tiempo con ella, y para eso, debía ir a Sydney, de modo que más le valía compensarle el dolor que acababa de causarle.

Ella aguardó con una ceja enarcada.

—Jacques de Vries mató a mi padre.

Se quedó boquiabierta.

—¿No es lo que esperabas? —preguntó Lewis con ligereza—. Descubrí esa maravillosa noticia hace un par de años, mientras identificaba el cuerpo de mi hermano, en cuya muer te Jacques también participó.

Madeline dobló las piernas bajo su cuerpo y se reclinó en el sofá sin dejar de mirarlo.

«Empieza por el principio», pensó él.

—A comienzos de los ochenta, mi padre y Jacques eran socios de negocios. Dirigían una empresa de transporte que llevaba ayuda por todo el continente africano. Nosotros, mis padres y yo, vivíamos a las afueras de Nairobi.

Era una vida fantástica para un niño. Kenia era tan colorido y la gente tan cálida. Sus padres no eran ricos, pero vivían con la suficiente holgura como para tener una casa amplia a las afueras de la ciudad, con un ama de llaves y una cocinera. Lewis asistía a la escuela en Nairobi y pasaba los demás minutos teniendo aventuras.

—Pero un día, cuando yo contaba siete años, la policía vino a buscar a mi padre para encerrarlo, acusado de robar los suministros de ayuda y venderlos en el mercado negro. Jacques se hallaba en Francia visitando a su esposa. Mi madre trató de obtener ayuda, algunas respuestas, pero no lo consiguió. Pasada una semana, me sacó de la escuela y me llevó de regreso a Australia. Me dejó en la casa de mis abuelos en Sydney y eso fue lo último que vi de ella en meses. Volvió a Kenia para ver qué podía hacer para sacarlo de la cárcel.

Fue la peor época de su vida. Sus abuelos eran personas severas que jamás habían aprobado a su padre. Creían que llevarse a una esposa joven y a un niño a África era de una irresponsabilidad extrema. Metieron a Lewis en la escuela y le prohibieron hablar de su padre. Él odiaba la casa mortalmente silenciosa, con el gran reloj de pared y todas las superficies brillantes.

—Cuando al fin mi madre regresó a casa, estaba embarazada y muy deprimida. No había conseguido que liberaran a mi padre y tuvo que confiar en que Jacques obraría algún milagro. Intentó prepararme para lo peor. Al ritmo en que la justicia se movía en África, podían pasar años hasta que volviéramos a verlo.

Todo el dinero de la familia estaba metido en la empresa. A pesar de lo mucho que su madre y él odiaban alojarse en casa de los hostiles abuelos, carecían de medios propios. Lewis jamás había dejado de insistirle en que se fueran, algo que en ese momento lamentaba, pero había detestado vivir en aquella casa. Su madre conocía, algo que entonces él no, las penurias que se podían pasar sola con un hijo y la inminente llegada de otro.

—Cuando Ed, mi hermano, tenía un par de años, mi madre solicitó ayuda a la seguridad social y nos trasladamos a un apartamento pequeño. Creo que por ese entonces mis abuelos se alegraron de deshacerse de nosotros.

Su madre jamás salió de la depresión y, en cuanto se alejaron de sus abuelos, comenzó a beber. Muchos días Lewis tenía que saltarse la escuela para cuidar del pequeño, porque su madre recorría la ciudad en busca de dinero para la bebida o se encontraba inconsciente en la cama. Pero debía ir con cuidado. Sus abuelos sospechaban algo y sabía que llamarían a las autoridades si tuvieran alguna duda de que no cuidaba adecuadamente de los niños.

—Mi padre murió de cólera, pero no nos enteramos en mucho tiempo. Aún seguía en la cárcel, pendiente de juicio, pero sin condena.

Era como si todo el mundo se hubiera olvidado de él. El pobre Ed jamás lo conoció. Los años siguientes fueron duros en términos económicos. Mamá puso a Ed en cuidados infantiles y se dedicó a limpiar casas. Yo repartía periódicos, pero gran parte del dinero se gastaba en bebidas. Y Ed crecía salvaje —sonrió con cariño—. Fue un bala perdida desde el día en que nació, siempre queriendo lo que no podía tener. Cuando empezó a ir al colegio, simplemente les quitaba las cosas a los otros chicos si las quería. Mis nudillos estaban permanentemente magullados de mantener alejados de él a los matones de la escuela. Todo el mundo decía que parecía raro. Tenía la cabeza redonda… —le daba vergüenza contarle la verdad.

Los matones decían que Ed apestaba. Y era porque mojó la cama cada noche de su vida, y con trece o catorce años, Lewis carecía del sentido común para insistirle en que se duchara antes de ir al colegio.

—Supongo que Ed heredó la depresión de mamá —musitó, reacio a entrar en muchos detalles. Recordó un día en que había encontrado a su hermano borracho con una botella de whisky que su madre no había terminado la noche anterior. El pequeño apenas tenía siete u ocho años.

Cuando Lewis iba a la escuela, jamás sabía lo que se vería en casa al regresar. A veces había un hombre, tan ebrio como su madre. A menudo la encontraba boca abajo, con la cara metida en vómito propio. Ed y él la arrastrarían por el pasillo hasta el dormitorio, luego Lewis la limpiaría, le colocaría una almohada bajo la cabeza, la taparía y la dejaría durmiendo la mona en el suelo. En cuanto se hizo mayor, pudo meterla en la cama.

Alzó la vista y vio que lo observaba atentamente.

—Supongo que los cuidé. Nadie más iba a hacerlo. Dejé la escuela con dieciséis años y conseguí un trabajo en un almacén de una empresa de mensajería, pero estando todo el día fuera de casa, Ed apenas fue al colegio y mamá ya no se molestó en volver a trabajar. Pero las cosas mejoraron. Con algo de ayuda de mi jefe, con dieciocho años inicié mi propio negocio, una franquicia de mensajería. No dejamos de reinvertir y al poco tiempo el dinero empezó a entrar generosamente. Gané mi primer millón al cumplir los veintitrés años.

Sin importar lo bien que iban las cosas, su madre siguió siendo una alcohólica… sólo que una alcohólica mejor vestida y con una casa mejor.

—Pero Ed —añadió con pesar—, se me escapó de las manos. Abusó de las drogas durante toda su adolescencia.

Era imposible que pensara en abandonar la casa familiar… ¿quién habría cuidado de ellos? Eso frenó su vida amorosa durante la década de sus veinte años. Como jamás sabía qué encontraría en casa al llegar del trabajo, era imposible incorporar una novia a esa

combinación.

Entonces las cosas mejoraron durante una temporada.

—Al cumplir los veinte años, de pronto Ed decidió que ya había tenido suficiente de drogas. Era un mago de la tecnología, de modo que le ofrecí todo el apoyo que pude. Al fin tuve mi propia casa al cumplir los treinta. Mamá seguía bebiendo, pero asistía a reuniones de Alcohólicos Anónimos y conoció a alguien allí. Siguen juntos, siguen bebiendo, pero se tienen el uno al otro y una casa agradable en la que emborracharse.

Madeline sonrió sin humor.

—Y entonces, hace un par de años, recibí una llamada de la policía, o de Interpol, diciendo que debía ir a Singapur para identificar el cuerpo de Ed. Fue una sobredosis. No podía creérmelo. Llevaba tres años limpio.

Sintió que el pie de ella le rozaba el muslo y con gesto distraído apoyó la mano en él y allí la dejó. No se iba a molestar en contarle ese horror. Que lo clasificaran como culpable por asociación y soportar inspecciones exhaustivas tanto en Singapur como cuando regresó a Australia. No iba a contarle el fracaso que sintió al estar ante el cuerpo pálido y sin vida de su hermano menor en una morgue lejos de casa.

Ella movió el pie bajo su mano y lo pegó contra su pierna.

—¿Por qué? —murmuró.

Él se encogió de hombros.

—En su momento no lo entendí. Tardé semanas en acabar con la burocracia, en llevar el cuerpo a casa y tratar con la policía de allí y de Australia.

—Tu pobre madre —se compadeció ella—. Pobre tú.

El dolor y la culpa lo habían consumido, pero había tenido que ser fuerte para su madre, que se entregó por completo a la bebida. En un punto, había pensado seriamente en meterla en un programa de rehabilitación o algo parecido.

—En el funeral apareció una mujer, Natasha, que dijo ser amiga de Ed. Yo… llegué a conocerla.

No estaba orgulloso consigo mismo por el modo en que se había comportado. Natasha era francesa, hermosa, salvaje. Después de la tensión de las últimas semanas, se entregó a una lujuria desbocada. Pasaron una semana en la cama antes de que él empezara a preguntarse si de verdad estaba loca o, peor, era drogadicta como Ed.

—Quería conocer a mi madre, de modo que un día la llevé a su casa, y de pronto se puso a gritarle, la atacó y la abofeteó y tuve que quitársela de encima. Me enteré de que Ed no era el hijo de mi padre. Era de Jacques. Se trataba de la hermanastra de Ed. Después de echar

a Natasha, mi madre lo confesó todo. Jacques se mostró amable, había sido la única persona en Nairobi que intentó ayudarla a que las autoridades comprendieran que su marido no era un estafador. Pero no pasó nada. Día tras día iba a la prisión, suplicaba ante la autoridad necesaria. Jacques le dijo que el soborno era el único modo, así que también recurrió a eso. Los abogados no querían tocar el caso. No sucedió nada, todo el mundo no paró de decirle que fuera al día siguiente, que entonces tal vez pudiera pasar algo. Finalmente, supongo que mi madre se vino abajo —«y Jacques de Vries estuvo ahí para recoger las piezas», pensó amargamente—. Jacques la «consoló». Pero en cuanto le contó que estaba embarazada, la echó. No quería una relación con la esposa de su socio encarcelado. Regresó a Francia junto con su esposa y su hijo. Mi madre no dispuso de más opción que volver a casa. Él le dio unos miles de dólares, ni por asomo lo que le correspondía por el negocio; y ella se rindió, regresó a casa y trató de llevarlo como mejor pudo.

—No me extraña que estuviera deprimida —murmuró Madeline—. ¿Qué fue de Natasha?

—Regresaba a Singapur cuando la alcancé. Dijo que tenía pruebas de que era Jacques, no mi padre, el responsable de haber desfalcado millones destinados a la ayuda. No podía demostrarlo, pero sospechaba que había sobornado a la policía y a funcionarios de seguros. Pero sí tenía documentos que mostraban que había recibido una vasta cuantía del seguro cuando la empresa cerró. Regresó a Francia, se divorció de su esposa y estableció su corporación hotelera con las ganancias de la compañía de transporte, aparte de lo que supongo que obtuvo de sus tratos en el mercado negro. El idiota dejó un montón de papeles en la casa familiar, y de ahí los sacó Natasha.

—¿Puedes demostrarlo? ¿Limpiar el nombre de tu padre?

Lewis respiró hondo. Si hubiera manera de lograrlo en ese momento, sería un hombre feliz.

—Es complicado. Contraté a algunos investigadores privados. Los hallazgos que hicieron y algunos de los documentos que aportó Natasha, conseguirían establecer un caso bastante sólido contra Jacques. Pero algunos de los documentos tienen la firma de mi madre. Ella jura que no sabe nada del fraude, pero había firmado cosas bajo la supervisión de Jacques. Creía que se trataba de certificados de regalo que él le había dicho que ayudarían a liberar a mi padre. Desde luego, ella no se beneficio del pago del seguro o con el cierre de la empresa. Jacques le dijo que también él lo había perdido todo. No hay nada que quiera más que verlo entre rejas —soltó una risa breve—. De hecho, me gustaría más ver cómo se le salen los ojos de las órbitas por la presión de mis manos en su cuello. Pero no puedo estar absolutamente seguro —concluyó— de que las autoridades no

actuaran contra mi madre. Madeline se acercó y no pudo contener un bostezo.

—De modo que te decidiste por apoderarte de su empresa.

Sus brazos se tensaron alrededor de ella.

—Mi empresa —gruñó—. Nacida de la destrucción de mi familia.

Permanecieron en silencio unos minutos y Lewis se preguntó si se habría quedado dormida. Él mismo se sentía cansado. De pronto ella emitió un suspiro sonoro y él apoyó el mentón en su cabeza.

Pero sigo sin entender por qué Ed hizo lo que hizo.

—¿Quién sabe? Natasha se puso en contacto con él por correo electrónico y le dijo que sabía quién era su padre verdadero y que se reuniera con ella en Singapur. Le dio el nombre de Jacques. Es lo único que sé con certeza. Creo que encaró a Jacques y las cosas fueron mal; eso lo dejó tan angustiado que recurrió a las drogas. Es mi punto de vista personal, pero podrían haber influido muchos factores. Jacques niega haberlo visto en persona aunque admite que Ed discutió con él por teléfono. Sea cual fuere la cadena de acontecimientos, algo llevó a Ed a tomar una dosis masiva de heroína. Una dosis que, con su experiencia, debía saber que lo mataría.

—Bueno, ¿qué dijo Jacques cuando le contaste que conocías su historia?

Sintió que un puño de odio le estrujaba el corazón. Pero estaba demasiado cansado.

—Se rió en mi cara y me deseó suerte para poder demostrarlo.

—¿Qué me dices del chantaje… —no pudo contener otro bostezo— no se lo puede convencer con las pruebas de que dispones?

—Señorita Holland —rió entre dientes—. Cómo funciona tu mente —había dedicado meses a evaluar sus opciones antes de decidirse por apoderarse de la empresa—. Jacques creía que era intocable, pero en su caída es capaz de arrastrar a todo el mundo, mi madre incluida. Mi manera requirió más tiempo, pero está bien. Yo gané.

Un leño crepitó en la chimenea, haciendo que se elevara un torrente de chispas. Lewis tenía las manos unidas alrededor de su cintura y en ese momento ella se las cubrió con las suyas y las acarició.

—¿Estoy perdonado por mostrarme tan desconsiderado antes acerca de tu madre? —murmuró sobre el fragante cabello.

Ella asintió.

—Estás perdonado —convino con sencillez.

Capítulo Nueve

Madeline despertó y se encontró pegada a un cuerpo grande y cálido, con un brazo pesado sobre su cintura.

Debieron de quedarse dormidos mientras él finalizaba su historia acurrucados en el sofá. Lo último que recordaba era el tono perplejo de su voz al manifestar que lo que le había contado esa noche jamás se lo había revelado a alguien.

En algún momento debió de acercar la manta que había usado la noche anterior y que estaba en un extremo del sofá para cubrirlos. Pero en ese momento Madeline no sentía el frío. Metió el estómago, no para apartarse, sino para contener la sensación de sentirlo allí, justo debajo de unos pechos que de pronto estaban bien despiertos.

No quería moverse.

Lewis estiró el tronco inferior y se pegó al hueco que había debajo de sus nalgas, provocándole un estallido de deseo mañanero al que no estaba acostumbrada. Los pezones se le endurecieron y empujaron contra el sujetador y el jersey.

«¡Que ni se te pase por la cabeza!».

Ya habían tenido su última noche. ¿Cuánta perfección podían querer un hombre y una mujer? Era luchar contra las probabilidades buscar tres noches perfectas seguidas.

—Buenos días —murmuró él en su oído.

Madeline cerró los ojos y se contuvo de gemir. Las orejas eran otras de sus zonas erógenas… lo había descubierto al descubrir a Lewis. Se afanó en no responder, en fingir que dormía. Cualquier cosa con tal de no ceder a algo que ya sabía que sería sensacional.

Él casi ronroneó, un sonido ronco y de placer. Madeline se dijo que igual que ella, estaba despierto a medias, abrigado, cómodo. No excitado.

Salvo que no tenía sentido negar que podía sentir su erección. En particular porque fue incapaz de resistir no pegarse contra ella.

Lewis continuó el gentil asalto a sus sentidos y ella fingió que soñaba, un sueño encendido y sudoroso que necesitaba que él la explorara y le acariciara los pechos mientras ella se afanaba en aplastarlo contra el respaldo del sofá con su trasero.

Cuando finalmente él empezó a acariciarla de forma íntima, fue como un sueño hecho realidad; y cuando lo sintió pesado y ardiente entre sus muslos, misteriosamente carentes de prenda alguna de vestir, avanzando y retrocediendo, dejándola trémula con un veloz y descoordinado éxtasis, la cabeza le dio vueltas.

Lo único que podía mejorar el sueño era tenerlo dentro; encontrándolo milagrosamente dentro de ella, en un ángulo que no

había sentido antes y gustándole, moviéndose con él… hasta que cayeron del sofá. Y entonces ya no pudo fingir que su peso encima no la había dejado sin aire, y que reía en voz alta cuando Lewis le retiró el codo del estómago y ella luchó con los pantalones que le encorsetaban las piernas.

No pudo fingir que no veía la diversión en los ojos de él cambiar a una percepción aguda, y luego, de forma desconcertante, a una ternura que hizo que el corazón le sangrara cuando le tomó los dedos y se deslizó otra vez encima y dentro de ella. Se quedó quieta y toda la diversión se desvaneció con un beso lento y prolongado, hasta que él comenzó a moverse, lenta y hondamente.

Deseó estar soñando, porque no quería ver lo que veía en los ojos de él. Vio todas las cosas que ella misma sentía: ternura, atracción, respeto, seguridad. El deseo de apoyarlo, la necesidad de que él… fuera más deprisa para acariciar ese punto de placer. ¡Oh! «No pienses, siente, no pares». Perdió el control cuando la aplastó contra él y Lewis mismo tuvo un orgasmo que manifestó con un borrascoso suspiro de placer y alivio.

Permaneció allí escuchando los latidos de su corazón, sabiendo que no quería volver a mirarlo a los ojos, que debía mantener cierta reserva o perdería el corazón.

De hecho, ya lo había perdido.

Lo supo por el dolor que sintió cuando él se separó, cuando el cuerpo de Lewis abandonó el suyo y no albergó duda alguna de que ésa era la última vez, a pesar de que la última vez había tenido lugar la noche anterior. Igual de exquisita que todas las otras veces, pero con la dimensión añadida de un sentimiento real. De un dolor real.

Lewis se echó para atrás, sonriendo un poco. Madeline bajó la cabeza. Tuvo que hacerlo porque los ojos se le estaban humedeciendo y bajo ningún concepto quería llorar delante de él. Pero él la descubrió con celeridad. Situó la cabeza hasta dejarla en su línea de visión.

—No hagas eso. Jamás lamentes esto.

Ella movió la cabeza.

—Es demasiado tarde para lamentaciones —musitó, sabiendo que Lewis no tendría ni idea de lo que hablaba. ¿Cómo saber que al hacer el amor ese día se había enamorado por primera vez en la vida?

Era demasiado vulnerable, ya necesitaba demasiado estar con él. No iba a convertirse en uno de sus proyectos. Quizá un día se bajaría de esa montaña rusa emocional que la había secuestrado y volviera a ser la mujer pragmática, fuerte y competente que sabía que era. Pero, por el momento, era un manojo de emociones, y Lewis necesitaba fortaleza.

Entonces comenzó a sonar el teléfono de él y se levantó, dejándola vulnerable y sintiéndose tonta. Permitió que fuera primero al cuarto de baño porque los directores de Nueva Zelanda acababan de llegar a la ciudad y querían adelantar un poco la conferencia y reunirse antes con él.

Mientras esperaba que terminara de hacerse el café, pensó que al menos él pronto dispondría del consuelo de la familiaridad, ya que no tardaría en regresar a su apartamento, su ciudad, su despacho. Invitaría a salir a la mujer con la que estuviera viéndose por entonces. Visitaría a su madre.

Mientras que ella estaba empezando desde cero. Había dejado un gran trabajo, estaba a punto de rechazar uno aún mejor, la habían convertido en un hazmerreír y descubierto que su madre no sólo era falible, sino aterradoramente mortal.

Lewis entró en la cocina con un aspecto magnífico y limpio y de un trago se bebió media taza de café.

—Lewis, acerca de esa conferencia… —comenzó, no tenía sentido que hicieran eso juntos cuando Madeline jamás iba a formar parte de su equipo.

—Ahora no —dijo él con rapidez, dejando la taza—. Iré a esa conferencia telefónica y luego hablaremos, ¿de acuerdo? —se acercó a ella, la levantó con un brazo alrededor de la cintura, le dio un beso en los labios y volvió a sentarla—. Hablaremos —repitió con expresión seria—. Mantén tu teléfono encendido.

«Tal vez», pensó ella, todavía sin aliento por el beso. Hablarían de su madre y de por qué dudaba acerca de la oportunidad de su vida para alcanzar la cumbre en el mundo corporativo en Australia. Hablarían de lo bueno que había sido el sexo y de cómo jamás sería feliz en una ciudad pequeña. Pero no hablarían del tema real.

Que ella tenía que quedarse; y él marcharse. Sus negocios y su vida estaban allí. Y Lewis había dedicado la vida a cuidar de los que lo necesitaban, y, a pesar de que la idea la avergonzaba, ella lo necesitaba en ese momento.

Su vida se había descontrolado y no podía ser la mujer fuerte y competente que él necesitaba y quería.

Y eso le dolía como mil demonios, porque la única otra certeza que tenía en el tobogán en que se había convertido su vida, era que estaba enamorada de él.

Sonó su teléfono. Era el periodista del diario local. Quería darle a Madeline «la oportunidad de contar su versión de la historia» y hacer un comentario acerca de la declaración de Lewis sobre la relación que mantenían.

No estaba lista para eso.

Era el momento de la verdad.

De pronto comprendió lo que podría pasar si rebatía su declaración, si contaba la verdad. Lewis se enfadaría. Odiaría que hubiera descartado su intención de ayudarla y que lo hiciera en público. Ya no querría que fuera su directora de operaciones. No la querría a ella.

A regañadientes quedó con el periodista más tarde en un cibercafé de la ciudad.

—Lo siento, señorita Holland —el agente inmobiliario colgó el teléfono con una expresión de disculpa—. El abogado dice que está todo confirmado. No hay hada que usted pueda hacer.

Madeline lo miró con expresión desconcertada.

—Pero… si sólo firmé los papeles ayer —¿o había sido anteayer? Habían pasado tantas cosas en los dos últimos días que ya no estaba segura—. ¿Cómo han podido procesarse con tanta rapidez?

—El acuerdo de venta y compra que usted firmó aceptaba la oferta del comprador y sus condiciones. Se trata de un contrato vinculante. Como ya le dije, la única persona que puede romper el contrato en esta fase es el comprador, y únicamente si le es imposible cumplir las condiciones que usted aceptó en el contrato —recogió unos papeles y los ordenó, evitando sus ojos.

Madeline sabía cuándo era despedida con cortesía.

Con el corazón atribulado, vagó por la calle hasta que se encontró en el exterior del cibercafé donde se suponía que debía reunirse con el periodista. Llegaba una hora antes, pero pidió un café, se sentó ante un ordenador y luego tecleó el nombre de la empresa constructora que le había dado el agente inmobiliario: PacAsia Enterprises.

Frustrada, martilleó los dedos mientras la página tardaba su tiempo en cargarse. Cuando al fin había tomado la decisión de quedarse en Queenstown, daba la impresión de que todo conspiraba contra ella. ¿Dónde iba a vivir? Sabía que le partiría el corazón dejar el hogar familiar.

Finalmente, PacAsia Enterprises apareció en la pantalla.

Escribió la dirección que tenía registrada. No aparecía ningún número de teléfono, sí tres directores, y bajó para ver quién era el mayor accionista. Resultó que una sola empresa poseía todos los valores. Leyó el nombre, comprobó que no se equivocaba y volvió a leerlo.

Todas las acciones de PacAsia Enterprises estaban en manos de Pacific Star Enterprises.

Con gélida expectación, alzó los ojos hacia los directores que aparecían listados.

«Goode, Jay Lewis».

El murmullo de las conversaciones a su alrededor cesó cuando el corazón se le fue al suelo. Lewis Goode le había robado su granja.

Los dos consejeros con base en Nueva Zelanda estaban sentados a la mesa de juntas con Lewis. La conferencia había sido reprogramada un número de veces, pero al final se estaba celebrando. Se preparó para recibir oposición.

Los consejeros estaban preocupados por el posible conflicto de intereses… lo que sabía Madeline Holland sobre la adquisición corporativa de Lewis en el momento de haber solicitado el puesto. La explicación que les dio fue muy similar a la que le había esbozado a ella la noche anterior.

La mayoría de los consejeros parecía agradable. Los de Nueva Zelanda habían volado para estar en persona como una muestra de fuerza porque conocían la oposición que recibiría al menos de dos lacayos de Jacques. Esos dos hablaron en ese momento, ofreciendo el punto de vista de que Madeline no tenía lo que se necesitaba para el puesto por permitir situarse en esa posición.

De pronto la puerta se abrió y ésta irrumpió en la estancia.

—¡Canalla! —exclamó con los ojos encendidos.

Rápido como un relámpago, Lewis apretó la tecla que cancelaba el sonido.

—No te saldrás con la tuya.

Lewis se levantó y dirigió una mirada a los dos hombres sentados a la mesa.

—Por favor, disculpadme —luego avanzó hacia ella. Cada músculo de su cuerpo vibraba de furia. La sujetó por encima del codo, la giró y la sacó de allí.

No se detuvo al cerrar la puerta a su espalda y el impulso los llevó a la pared opuesta, y entonces, cuando ella no tuvo adonde ir ni espacio para moverse, plantó las manos en la pared, a ambos lados de la cabeza de Madeline.

Los ojos de ella echaban chispas y abrió la boca para hablar, pero Lewis no tenía la intención de concederle una segunda oportunidad. No recordaba la última vez que había estado tan enfadado. Probablemente, desde la noche en que descubrió la parte desempeñada por Jacques de Vries en los fallecimientos de su padre y de su hermano.

—No toleraré que me interrumpas, ¿lo oyes? —ordenó con voz

baja y letal que lo sorprendió incluso a él.

Madeline tenía los ojos muy abiertos, pero observó que estaba decidida y en absoluto intimidada.

—Tú. Compraste. Mi. Granja —las palabras salieron de su boca como cuatro bofetadas.

¡Condenación!

—No me interrumpas —espetó— en una reunión importante como ésta cuando me estoy jugando el pellejo para defender tu integridad.

Ella parpadeó. Durante un segundo, Lewis percibió una mínima vacilación, pero se desvaneció. En su lugar reapareció el frío y la furia ecuánime.

—No me hagas ningún favor, señor Goode. Quiero recuperar mi propiedad, y me lo vas a asegurar ahora mismo.

Era buena. A pesar de la tensión, Lewis volvió a sentir admiración. Madeline Holland era su directora de operaciones y eso lo complacía sobremanera.

Aunque no pensaba hacérselo saber en ese momento.

—Discutiré este asunto privado contigo en una ocasión más propicia, Madeline —estiró las sílabas de su nombre, recordándole que era el jefe y ella una subordinada.

Abrió la boca para protestar, pero Lewis fue más rápido.

—Vete a casa y te veré allí después —se apartó de la pared y permaneció mirándola con ojos centelleantes.

Madeline se irguió en toda su importante estatura. Nunca había deseado tanto besarla como en ese instante, pero tuvo cuidado de no reflejarlo.

—No te saldrás con la tuya en esto, Lewis —manifestó con el mentón alzado—. Vas a cancelar el contrato y vas a hacerlo hoy.

—Ya veremos. No vuelvas a interrumpirme jamás de esa manera.

Se miraron furiosos durante un momento más, luego asintió con movimiento seco, giró en redondo y se marchó.

Lewis la observó, no porque temiera que pudiera regresar en cuanto se diera la vuelta, sino porque la sangre le bombeaba con fuerza, casi toda en dirección sur. Si no fuera imperativo que volviera a la conferencia, habría ido tras ella y la habría tomado contra la pared.

El intervalo hizo más para ayudar su caso que cualquier cosa que hubiera intentado antes. Regresó tan encendido de admiración y obstinado en que Madeline Holland resultaría la mejor directora de operaciones que podría tener Premier, que los consejeros quedaron convencidos. Y la reunión concluyó poco después.

Ya sólo le quedaba convencer a la propia Madeline.

Había comprado la granja el día en que se difundió la historia del ascensor. Su intención era que nada se interpusiera en que ella se trasladara a Sydney, y menos un escándalo insignificante. Además, el lugar había salido al mercado, había sido juego limpio. En el último día se había felicitado por la decisión, en particular desde que ella empezó a vacilar y a pensar en quedarse ahí con su madre. Quitarle la propiedad de las manos, y por un precio muy justo, era una razón más para que hiciera las maletas y se fuera.

Quizá debería habérselo contado, y más antes de hacerle el amor esa mañana. No había sido el encuentro de dos desconocidos, ni una última fantasía planeada antes de despedirse. Esa mañana algo había cambiado. Era más profundo que desearla o que le inspirara admiración profesional. Se había sentido cobijado con ella. Se había ido a dormir teniéndola en la mente y despertado de la misma forma. Y no temía que pudiera suceder otra vez. Y otra.

Desde luego, en cuanto empezó a amarla, no podía estropear el momento contándole que había comprado su granja.

La llamó en cuanto los dos hombres se marcharon. Aparte de unos pocos rumores, que ella se encargaría de silenciar con rapidez, Madeline iba a ir a Sydney para empezar de cero. ¿Qué necesidad tenía de la granja? Ciertamente, su madre no iba a usarla.

Marcó su número, pero o estaba ocupado o había apagado el móvil. Decidió no dejarle ningún mensaje en el buzón de voz y eligió ir a tomar un almuerzo de celebración en el restaurante del hotel. Justo cuando terminaba, alguien se acercó.

—¿Intenta sorprendernos? —Kay sonrió y apartó la silla de enfrente.

Lewis le sonrió.

—El salmón de Akaroa estaba excelente. ¿Se une a mí para el postre?

—Ya he comido —llamó a la camarera—. Pero tomaré un café, si no le importa.

Charlaron durante unos minutos y luego Lewis le preguntó si había visto a Madeline.

—He estado llamándola durante una hora, pero sin suerte.

Kay apartó la vista hacia la camarera que se acercaba. En cuanto le pidió lo que deseaba, carraspeó.

—Vino a verme después de que lo… sorprendiera en la sala de juntas —concluyó de forma ponderada.

Lewis asintió y sonrió.

—Confío en que no adquiera el hábito de sorprenderme en mis salas de juntas. ¿Alguna idea de dónde está ahora?

—Bueno, tenía una cita con un periodista, pero eso fue hace una

hora, aproximadamente.

La miró fijamente.

—¿Para qué diablos habla con un periodista?

—Por si no lo ha notado —murmuró Kay—, los dos son el furor del momento. Él la llamó. Creo que lo que expuso fue que los medios habían hablado, usted había hablado, y que ya era hora de que ella contara su versión de la historia.

Lewis cruzó los brazos y estudió pensativo a Kay. Sabía que Madeline no se sentía a gusto con las mentiras.

¿Y si contaba la verdad, que no había relación y que lo que revelaba la cinta de seguridad era cierto, que todo era lujuria, pura y simple lujuria?

Desde luego, eso crearía problemas.

—No se preocupe —lo aplacó Kay—, Madeline es muy discreta, aunque no esté muy contenta con usted en este momento.

Y Lewis dejó de estar preocupado, porque quien le hablaba era Kay, la amiga más antigua y querida de Madeline. Y no se la veía preocupada.

Capítulo Diez

Tres horas más tarde, Lewis desembarcó del vuelo desde Queenstown y entró en el aeropuerto de Christchurch, con noventa minutos de antelación para su vuelo a Sydney.

En esa ocasión no le sonrió a la encargada de la sala VIP ni se molestó con el bufé. Permaneció frente a la ventana, con la vista clavada en la pista y preguntándose cómo había podido salir todo tan mal.

Sentía que lo habían traicionado. Hasta la noche anterior, jamás había experimentado la necesidad de compartir su historia personal. Todo fue por la errónea noción de que quería que Madeline lo entendiera y de distraerla de la emoción y la angustia de los últimos días.

No buscaba ninguna relación al llegar a Queenstown, sólo disfrutar de su venganza. Pero entonces la encontró, la deseó, y en ese momento, tonto él, podía estar enamorado de ella.

Mientras la oscuridad caía sobre la pista, se preguntó si se equivocaba, si no había sido Madeline. ¿Habría confundido ser dura y competente con ser cruel y calculadora?

Claro que era ella. Había comprado su granja. Y delante de sus colegas le había informado de que no se saldría con la suya. Y luego había quedado con un reportero.

Resultaba increíble la celeridad con que se había desarrollado todo. El periodista y la policía de Sydney batieron todos los récords, pero ¿no sucedía así cuando estaba involucrado un personaje público? Al ver el número de su madre en la pantalla de su móvil, había dado por hecho que llamaba para hablar de los informes escandalosos que aparecían en los medios.

De hecho, lo había llamado para comunicarle que la habían arrestado con cargos de fraude histórico al seguro, y todo por los escándalos amorosos de su hijo. Se dijo que debía dejar de acostarse con mujeres. No eran buenas para la salud de su madre. Había soportado un ataque físico y verbal de Natasha y en ese momento las acciones de Madeline la tenían sentada en una celda.

Con qué rapidez Madeline se había metido en su corazón.

Entonces anunciaron su vuelo y sacó el móvil para apagarlo en el instante en que sonó.

—¿Dónde estás? —le preguntó Madeline con voz fría.

—En el aeropuerto de Christchurch —esperó con el pasaporte y la tarjeta de embarque en una mano.

—¿Christchurch? No entiendo.

Volvió a experimentar dudas. ¿Era una fantasía pensar que

Natasha pudiera ser la culpable? Pero a pesar de lo que odiaba a su padre por abandonar a su madre, le había suplicado que fuera discreto en la venganza. ¿Era posible que el mismo Jacques hubiera tenido un ataque de conciencia?

Lo descartó de inmediato. Madeline era la única posibilidad.

—¿Lewis? Creía que ibas a venir esta noche. Pero ahora he de salir; la conferencia para las mujeres empresarias.

—¿Disfrutaste de tu pequeña conversación con el periodista? —preguntó con sarcasmo. Otra pausa. Imaginó ese rostro hermoso empañado por la culpa—. ¿No te queda nada que decir?

—Lewis… —su voz apenas fue audible—. Lo siento. Hice lo que tenía que hacer. Al final la verdad siempre sale a relucir.

Él rió con aspereza.

—En este caso, la fantasía fue mejor que la verdad.

La oyó contener el aliento y eso lo desgarró, pero una vez confirmada la traición de ella, la erradicaría de su vida como si jamás hubiera existido.

—Tengo una exclusiva para ti, señorita Holland. Estás despedida —esperó una reacción de que eso le importaba—. El Waterfront se venderá y los otros dos hoteles serán derribados en cuanto pueda conseguir un comprador para las parcelas —oyó un sonido de angustia del otro lado de la línea, pero no le prestó atención—. Y… —una última pausa por simple diversión—. ¡Dispones de un mes para largarte de mi granja!

Aturdida, Madeline se deslizó al suelo, con el teléfono aún en la mano. Sus palabras no habrían podido cortar más hondo.

En el espacio de unos minutos, una indignación justa se había convertido en confusión y luego en miedo, dolor y desilusión. La culpabilidad que sentía por haber refutado públicamente la declaración de Lewis se desvaneció. La reacción de él era exagerada e inmerecida.

Lo había perdido todo. Su trabajo. El respeto de sus colegas, que en ese momento la odiarían por hacer que perdieran los trabajos. Su hogar. Y su amor.

Sintió un nudo en la garganta y las lágrimas le escocieron los ojos, pero no iba a llorar, no podía. En media hora, estaría ante un grupo de mujeres de negocios, contándoles la forma de tenerlo todo.

Cuando ella acababa de perderlo todo.

Se dijo que su mundo ya no podía empeorar.

Dos días más tarde, oyó que llamaban a la puerta y vio a Kay abrirse paso entre la gente que había en el salón de la granja. Personas de toda la ciudad y el campo habían ido a darle el pésame y en ese momento hablaban con voz queda, mientras ella estaba quieta como un muñeco, fortificada entre la amabilidad y el afecto que le mostraban.

Su madre había perdido la batalla contra una súbita y feroz aparición de neumonía. Resultó que había sido afortunada, porque las radiografías revelaron que tenía los pulmones llenos de tumores. Grandes e imposibles de operar.

Ese día había recibido más abrazos y palabras de consuelo que los acumulados en veintiocho años de vida. Y pensar que había pensado que no tenía un hogar. El hogar estaba allí, lamentablemente no en la granja, pero en la ciudad, con esa gente con la que ella, y antes sus padres, habían crecido.

—Por desgracia, no —le dijo a la señora Lucan, que vivía camino abajo—. No podré quedarme aquí, pero sí me quedaré en Queenstown.

—La granja es demasiado grande para ti sola —la anciana asintió con gesto comprensivo.

—La vendí cuando pensé que me iba, luego traté de frenar la venta, pero ya era demasiado tarde.

Alguien le tocó el brazo; se volvió y vio a Brian Cornelius, el amigo de su madre.

Ésta le había contado que el nombre de su amante era Brian. La enfermera le había dicho que visitaba a Adele todos los domingos. De pronto todo encajó.

Quiso darle las gracias por visitarla con asiduidad, por quedarse a su lado y tratar de mostrarle que no era una mala persona.

Le dio un beso en la mejilla.

—Quizá el domingo podría venir y esparcir juntos las cenizas de mamá.

Brian le apretó las manos, incapaz de hablar durante unos momentos. Su rostro esbozó una sonrisa gentil.

—Eso me gustaría —aceptó—. Mucho.

Ella le devolvió el apretón.

—Creo que a ella también.

Kay se abrió paso entre la gente con el teléfono en la mano.

—Es Lewis —le susurró al oído—. ¿Quieres que le diga que se pierda?

Madeline cerró los ojos unos momentos. Había dispuesto de poco tiempo para concentrarse en su corazón roto. A través de Kay se había enterado de que al parecer a la madre de Lewis la habían arrestado

por sospecha de fraude al seguro. Lo lamentaba y deseaba que la pobre mujer tuviera fuerzas para sobrevivir. Pero eso sólo sirvió para que pensara en la suya.

Tomó el aparato.

—Hola, Lewis.

—¿Madeline?

Al menos la voz no denotó frialdad y odio como la última vez.

—Suena como si tuvieras la casa llena. Madeline, lo… lo siento. Lo siento de verdad.

Por fortuna, Kay debió de contárselo. Ella aún no había encontrado una manera de hacerlo.

—Gracias, Lewis. ¿Cómo está tu madre?

Él carraspeó.

—Ha sido duro, pero se repondrá, mientras haya whisky.

Madeline sonrió.

—Cuida de ella. Nunca se sabe… —se le cortó la voz y se alejó de una vecina para recuperar el control.

—Madeline, las cosas que dije, yo… no sé cómo compensártelo.

Tampoco ella lo sabía. Y ni quería pensarlo en ese momento. Tenía el sistema sobrecargado.

—Adiós, querida —le dijo una vecina, acariciándole la mejilla.

—Gracias por venir —la abrazó—. La veré el miércoles.

—Sí —dijo Lewis—. Estaré allí el miércoles. No puedo marcharme hasta que arregle el asunto de los abogados de mi madre.

—¿Vas a venir el miércoles? —preguntó desconcertada—. ¿Para el funeral? —era agradable recibir una llamada de condolencia, pero no había esperado eso. Reinó un silencio prolongado—. ¿Lewis? —preguntó, pensando que se había cortado.

—¿Funeral? ¿El funeral de tu madre? —musitó él.

—Sí —por la ventana notó que llegaba más gente—. He de cortar, Lewis. Gracias por llamar.

—Al funeral Holland —soltó, subiéndose al taxi en el aeropuerto.

—Llega tarde —comentó el taxista, arrancando.

Tarde. Condenadamente tarde para reconocer que amaba a Madeline Holland.

No tenía idea de cuál sería la reacción de ella a su presencia en el funeral. No habían hablado desde la muerte de la madre. Por todo lo que sabía, hasta podía hacer que lo expulsaran de la iglesia.

Tratar de limpiar el caos que había dejado Jacques de Vries con su súbito e inesperado ataque de conciencia había durado una

eternidad.

No podía abandonar a su madre para librar sola las batallas legales en semejante estado. La compañía de seguros no se había opuesto a una fianza mientras entregara el pasaporte. La situación no se había acabado, pero al final había podido dejarla con su novio para que olvidara con la bebida los horrores de la última semana.

La iglesia daba a un bonito patio, de modo que permaneció bajo la llovizna como otros cientos de personas más mientras escuchaba el final del servicio a través de un pequeño sistema de altavoces.

Entonces comenzó a sonar el órgano y la multitud que tenía delante retrocedió para dejar que salieran los del interior. Él se mantuvo firme, con la cabeza sobresaliendo por encima del resto, aguantando miradas curiosas.

Al rato apareció Madeline, caminando lentamente hacia él, dando la impresión de que una simple ráfaga de viento pudiera llevársela, con la excepción de que Kay la sujetaba por el brazo. El abrigo negro marcaba un contraste acentuado con la calidez de su piel. La gélida llovizna caía sobre su lustroso y dorado cabello.

Se la veía tan triste. Lewis esperó que hubiera podido reconciliarse con su madre antes de que muriera.

Levantó la cara y lo miró directamente a los ojos. Su paso titubeó un momento, y se preguntó si huiría de él o se mostraría vaga y cortés como el otro día al teléfono. Si la conocía algo, reflejaría fortaleza y desde luego no aprobaría ninguna muestra pública de emoción.

Pero no se detuvo ni tampoco dejó de mirarlo. De hecho, mientras la gente se apartaba ante ella, siguió andando hasta caer directamente en sus brazos.

Lewis la abrazó con fuerza y apoyó el mentón en su cabeza. Ella escondió la cara en el hombro de él y le rodeó la cintura con los brazos. No quería dejarla marchar nunca.

La acompañó hasta la tumba, parecía que con toda la ciudad, incluso debajo de la fría llovizna.

Acabadas todas las ceremonias y cuando la mayoría de la gente se había marchado y Kay le había preguntado si quería quedarse con ella en su casa, movió la cabeza.

—No, quiero ir a casa.

La lluvia había cesado y un sol indeciso atravesó las nubes cuando el taxi entró en el camino de la granja.

—Va a ser un bonito crepúsculo —comentó el taxista antes de que bajaran.

Lewis se ocupó de encender un fuego en el salón y la estufa de carbón en la cocina. No tenía idea de qué hacía allí, ni si ella quería que se quedara o deseaba hablar.

Madeline salió del dormitorio. Se había puesto unos vaqueros, un jersey negro de cuello vuelto y una rebeca blanca encima. Durante un momento se miraron.

Ella le dedicó una sonrisa trémula.

—Gracias, Lewis.

Él enarcó una ceja. ¿Gracias por qué? ¿Por acusarla de hacer algo de lo que no era capaz? ¿Por no escucharla y obrar a su espalda? ¿O por no decirle lo que sentía por ella después de que hubieran hecho el amor en el sofá?

—Si no te importa —Madeline miró hacia la terraza—. Me gustaría sentarme fuera un rato y ver la puesta de sol.

Lewis fue a recoger su abrigo, pero ella alzó la mano.

—Sola, si te parece bien. Tengo que despedirme.

Él asintió, pero de todos modos recogió el abrigo y se lo pasó alrededor de los hombros, queriendo estar cerca de ella de un modo simbólico.

—Te llevaré algo para beber.

—Gracias. Será perfecto una copa de vino.

Le llevó la copa y luego regresó dentro, se sirvió una y acercó una silla a la vieja estufa de carbón. Pero sus ojos no dejaban de girar hacia la mecedora que ocupaba Madeline, de espaldas a él.

Se despedía mientras el sol se ponía sobre la vida de su madre. Aunque ansiaba estar con ella, sabía que necesitaba tiempo y espacio para hacerlo en privado.

Madeline se arrebujó en el abrigo de Lewis y respiró hondo, meciéndose despacio en la vieja mecedora. Las lágrimas no derramadas resultaban casi dolorosas.

El sol descendente atravesó las nubes y envió un rayo amarillo a sus pies.

—Adiós, mamá —susurró, sintiendo otra vez las lágrimas y la garganta en un puño—. Te quiero y lo siento, y te doy las gracias porque me dijeras que tú también lo sentías. Quizá ahora podamos ser amigas.

Mantuvo los ojos en la última veta anaranjada en el cielo, se centró en ella hasta que los ojos casi se le cruzaron y no quedó nada salvo un gris crepuscular.

Perdido. Todo perdido… cruzó los brazos y al final cedió a las lágrimas.

La puerta se abrió y entonces Lewis estuvo en cuclillas delante de ella, con las manos apoyadas en sus rodillas.

—Sólo deja que te abrace.

Sin aguardar una respuesta, la alzó y luego se volvió y se sentó con Madeline en brazos.

La inusual sensación de las lágrimas, la desconocida experiencia de estar envuelta en seguridad y fortaleza, sólo sirvieron para que llorara más. Tal vez tenía derecho a hacerlo. Se arrebujó contra el torso cálido y soltó todas las lágrimas que jamás había sido capaz de derramar. Todas las veces que había echado de menos su hogar, a sus padres, que se había preguntado por qué era tan terrible como para que su madre diera la impresión de no quererla. Había creído que tendría tiempo para arreglar esos puentes, pero el tiempo se le había agotado. Lloró mucho y Lewis la abrazó y la meció despacio sin decir nada, justo lo que ella quería.

Mucho rato después, regresaron dentro y él rellenó las copas mientras Madeline se secaba la cara con una toallita de papel.

—Lo siento —musitó mientras él se sentaba a su lado.

—¿Qué? ¿Por ser humana?

Un leve dolor de cabeza amagaba entre sus ojos.

—Estoy segura de que era lo último que necesitabas después de los días que debes de haber tenido —tiró la toallita al fuego—. ¿Cómo se encuentra tu madre?

—La policía está segura de que no hubo intención de cometer fraude. Ahora depende de la compañía de seguros el que quieran seguir adelante con el proceso o dejarlo.

—Pero ¿cómo está ella?

Le dedicó una sonrisa irónica.

—Aliviada. Vieja.

Madeline sonrió en dirección al fuego.

—¿Quién habría pensado —continuó Lewis— que el viejo Jacques tendría un ataque de conciencia en esta fase de su vida?

—¿Jacques?

—Se entregó —le informó—. Supongo que no has dispuesto de mucho tiempo para leer la prensa.

Ella negó con la cabeza.

—¿O sea, que se entregó por sobornar a los funcionarios para mantener a tu padre en la cárcel?

—Por eso, el fraude al seguro, llevar la empresa a la bancarrota, vender en el mercado negro —frunció el ceño—. ¿Por qué crees que te culpé por el arresto de mi madre? Jamás, ni en mis sueños más descabellados, imaginé que se sinceraría ante las autoridades. Pensé que le habías contado todo a ese periodista.

Giró para mirarlo.

—¿Pensaste que había vendido a tu madre?

Él extendió las manos.

—Eras la única que conocías toda la historia, con la excepción de Natasha, y no la veía a ella revelándolo después de tantos años —movió la cabeza—. Y me odiabas, ¿recuerdas?, por comprar la granja.

Madeline emitió una risa resignada.

—Y yo que pensaba que estabas enfadado conmigo porque le había contado al periodista la verdad sobre nuestra relación —la realidad era que, con todo lo sucedido desde entonces, todo parecía tonto. Respiró hondo—. Lewis, quiero que me revendas la granja.

—La compré porque te quería en Sydney.

Lo había deducido por sí misma una vez que se había calmado.

—¿Es lo que de verdad quieres? —agregó él.

—Sí —asintió con vehemencia.

La miró largo rato y ella no apartó la vista, a pesar de que sabía que debía de tener un aspecto horroroso, con los ojos hinchados y la piel manchada, si los rumores sobre llorar eran ciertos.

—La confirmación es mañana —le indicó Lewis—. No lo confirmaré. El contrato quedará cancelado.

—Gracias —dijo con alivio. Sabía que ya podría aguantar todo.

—¿No hay esperanza? —quiso saber él—. ¿De que vengas a Sydney? Las cosas que dije fueron por el acaloramiento del momento. No estás despedida. No cerraré los hoteles.

Madeline clavó la vista en las llamas y finalmente sintió un vestigio de la antigua seguridad que tanto había luchado por alcanzar.

—Pero ya no quiero ser ejecutiva —respondió, encantada de haberlo encontrado—. Sé que debe de parecer una pérdida, pero estoy harta de carecer de raíces. De vivir en hoteles. De tomar decisiones importantes que afectan a miles de personas, cuando no tomo ninguna en mi propia vida.

Le apretó la mano porque parecía desolado y quería mostrarle que era feliz.

—Quiero quedarme aquí, iniciar algo, quizá un hostal… no sé con exactitud —continuó—. Un retiro de fin de semana, o tal vez hacerme entrenadora vital… ¡no te rías! —la verdad era que sonaba ridículo después del lío en que había convertido su vida.

—Sonrío —corrigió Lewis— porque suena perfecto para ti. ¿Recuerdas nuestra primera noche en el Fantasy Retreat? Me dijiste que querías enseñar, pero no a niños.

Los ojos le brillaron.

—¿Sí? —¡no recordaba muchos detalles salvo los físicos!—. Quiero llegar a conocer a la gente, quizá tener un jardín, hablar con los vecinos. Vivir entre esta gente que tanto quiso a mi madre, sin importar sus peculiaridades —suspiró—. ¿Sabes? Puede que dedique dinero a rehabilitar aquella vieja iglesia.

Estaba tan contenta con sus nuevos planes, tan aliviada de haber recuperado la granja, que tardó un rato en notar lo pensativo que se veía a Lewis. Había muchos ejecutivos disponibles. No tendría problema en encontrar a alguien que dirigiera sus hoteles.

—¿Tengo algún sitio en esto? —preguntó él al final, y le tomó la mano.

Ella le entrelazó los dedos.

—La vida ha sido muy loca últimamente. Sólo sé dos cosas. Una es que, por ahora, éste es mi hogar. No sé si lo será para siempre, pero por el momento necesito estar aquí —le besó las yemas de los dedos —. Desde luego, podrías visitarme. Conozco un sitio estupendo en las montañas.

Él la imitó, acercó la mano de Madeline y le besó las yemas de los dedos una a una.

—Eso dejaría boquiabiertos a tus conciudadanos —sonrió. Luego se puso serio—. ¿Y lo segundo que sabes?

Se preguntó por qué había dejado escapar eso. ¿Cómo podría decirle que lo amaba con todo su corazón cuando era imposible que estuvieran juntos? No en serio, sino como amantes a larga distancia, que tarde o temprano se cansarían de ese obstáculo y encontrarían a otra persona con la que construir un futuro.

Lewis y ella eran buenos en la fantasía. Pero en ese momento Madeline quería realidad, aunque doliera.

—Ahhh —le mantuvo la mirada y se mordió el labio. Se lanzó a lo desconocido—. Sólo que te amo —algo se movió en los ojos de él—. No te preocupes —se apresuró a añadir—. No te obliga a nada.

Lewis suspiró.

—¿Siempre tienes que intentar ganarme a todo? —preguntó, apretándole los dedos—. En la pista de esquí, en la montaña…

Ella sonrió, contenta de que el momento de incomodidad hubiera pasado.

La sonrisa de él se desvaneció.

—Habrías sido una estupenda directora de operaciones.

—Gracias —era cierto, pero también que ya no era esa persona.

Él movió la cabeza con suavidad para captar su atención.

—¿Quieres casarte conmigo?

Se quedó atónita al observar que hablaba en serio.

—¿Qué?

Sus ojos la taladraron.

—Bueno, te adelantaste a lo que te iba a decir, que te amo, así que pensé que sería mejor plantear primero la proposición.

—¿Me amas? —el corazón se le desbocó.

—Absolutamente —corroboró—. Cuando te vi por primera vez, pensé que eras lo más hermoso que había visto jamás. De verdad dio la impresión de que habíamos entrado en una fantasía de la vida real: tú, el entorno, el modo en que nos conocimos… y el sexo fuera de este mundo. Era el paquete entero —sonrió—. Como un sueño, no se podría haber mejorado.

Madeline sonrió y asintió, ya que era lo mismo que ella pensaba.

—Pero una noche de felicidad jamás sería suficiente. Te observé trabajar, te vi sufrir, nos consolamos mutuamente. Me enamoré, pero los acontecimientos nos desgarraron y siento mucho haberme marchado sin averiguar la verdad, sin brindarte la oportunidad de explicarte. No quiero pasar otro minuto separado de ti.

Los ojos de Madeline volvieron a llenarse de lágrimas. El llanto empezaba a descontrolarse. Ella nunca lloraba.

—No soy uno de tus proyectos, ¿verdad? ¿Algo que arreglar porque estoy… estaba teniendo problemas y lo pasaba mal últimamente? —él movió la cabeza despacio—. Me he sentido tan mal con todo lo que ha pasado, que no podría soportar que me vieras como una carga. Por lo general soy una persona fuerte y capaz… y volveré a serlo…

—Madeline, tienes todas las cualificaciones para el trabajo —volvió a besarle los dedos—. Di que sí, y nos quedaremos aquí y transformaremos tu casa, esta casa, en lo que tú quieras.

Su corazón ya se había desbordado ante la declaración de amor y la proposición de matrimonio. Pero pensar que quería quedarse con ella en la granja… Las lágrimas volvieron a caer y subió las manos de ambos a su mejilla y las retuvo allí. Era la mejor fantasía que habría podido tener.

—¿Cómo podemos quedarnos aquí? ¿Y tus negocios?

—Con las comunicaciones modernas, puedo dirigir casi todo desde aquí. Ya lo arreglaremos —le secó las lágrimas—. Soy dueño de una compañía aérea, así que los traslados no representarán ningún problema.

—Me has hecho la persona más feliz del mundo —murmuró Madeline, acariciándole la mejilla y acercándose para un beso empañado.

Luego lo puso de pie, fueron hacia la ventana y contemplaron la luna casi llena que centelleaba sobre el lago, convirtiendo los irregulares perfiles de las montañas en sombras borrosas y tristes.

—Es una vista de un millón de dólares —comentó él, acercándola.

—Es más que eso —musitó ella—. Es donde la fantasía se encuentra con la realidad.

Fin